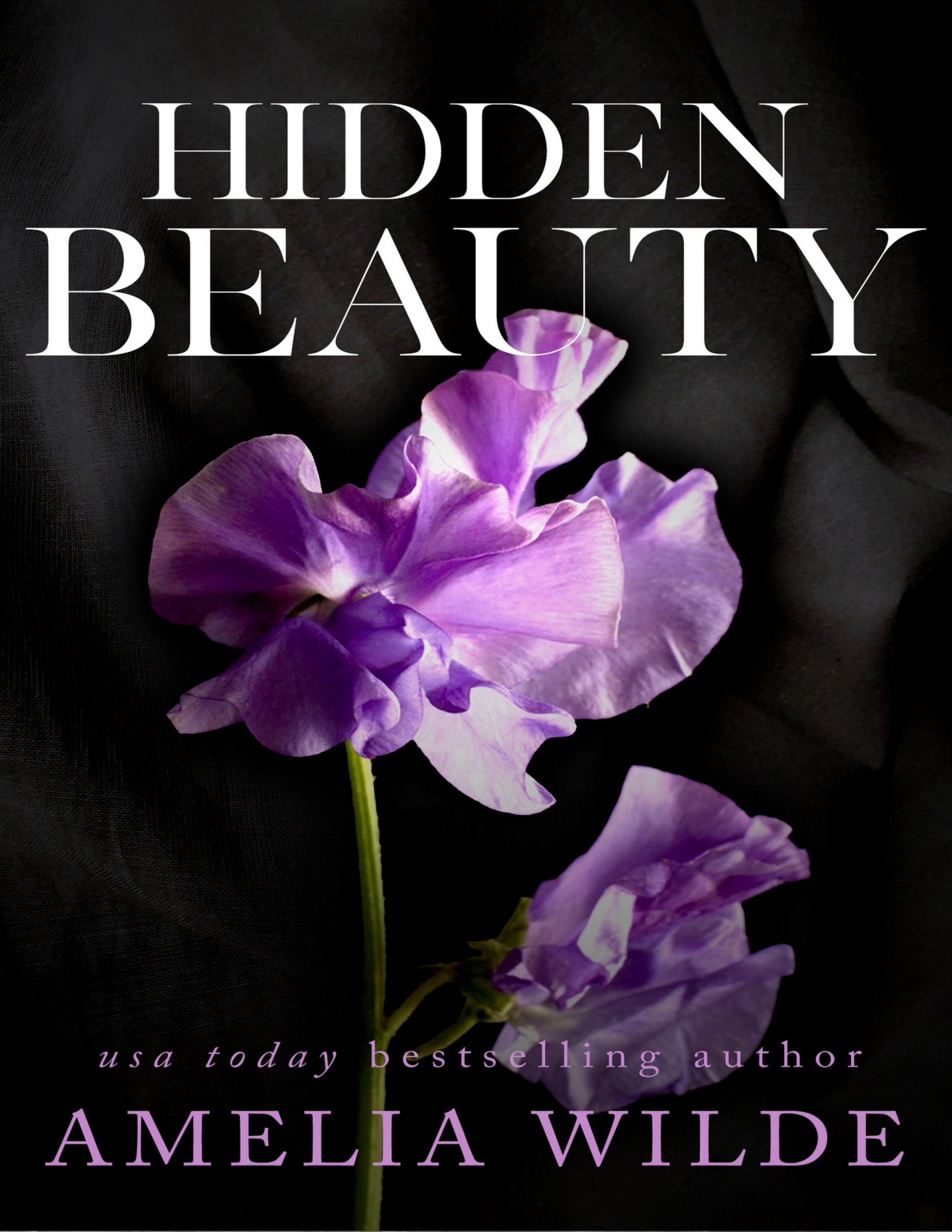
HIDDEN BEAUTY



usa today bestselling author

AMELIA WILDE

BEAUTY

AMELIA WILDE

HIDDEN BEAYTY



AMELIA WILDE

BEAST OF BISHOP'S LANDING # 2

HIDDEN

BEAUTY

AMELIA WILDE

¡Importante!

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno. Es una traducción hecha por fans y para fans. Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo. No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro. Por favor no menciones por ningún medio social donde pueda estar la autora o sus fans que has leído el libro en español si aún no ha sido traducido por ninguna editorial, recuerda que estas traducciones no son legales, así que cuida nuestro grupo para que así puedas llegar a leer muchos libros más en español.

Team Fairies

Instagram: Team_Fairies

Facebook: Team Fairies

BEAST OF BISHOP'S LANDING # 2

HIDDEN

BEAUTY

AMELIA WILDE

CONTENIDO

Staff _____ 5

Sinopsis _____ 6

CAPÍTULO UNO _____ 7

CAPÍTULO DOS _____ 18

CAPÍTULO TRES _____ 31

CAPÍTULO CUATRO _____ 41

CAPÍTULO CINCO _____ 52

CAPÍTULO SEIS _____ 66

CAPÍTULO SIETE _____ 75

CAPÍTULO OCHO _____ 88

CAPÍTULO NUEVE _____ 98

CAPÍTULO DIEZ _____ 110

CAPÍTULO ONCE _____ 121

CAPÍTULO DOCE _____ 135

CAPÍTULO TRECE _____ 146

CAPÍTULO CATORCE _____ 157

CAPÍTULO QUINCE _____ 166

CAPÍTULO DIECISÉIS _____ 175

CAPÍTULO DIECIOCHO _____ 196

CAPÍTULO DIECINUEVE _____ 206

CAPÍTULO VEINTE _____ 220

CAPÍTULO VEINTIUNO _____ 234

Próximo Libro _____ 259

BEAST OF BISHOP'S LANDING # 2

HIDDEN



Staff

Traducción

Hada Lila

Hada Nisha

Hada Eolande

Hada Nayade

Hada Gwyn

Corrección

Hada Tinkerbel

Corrección Final

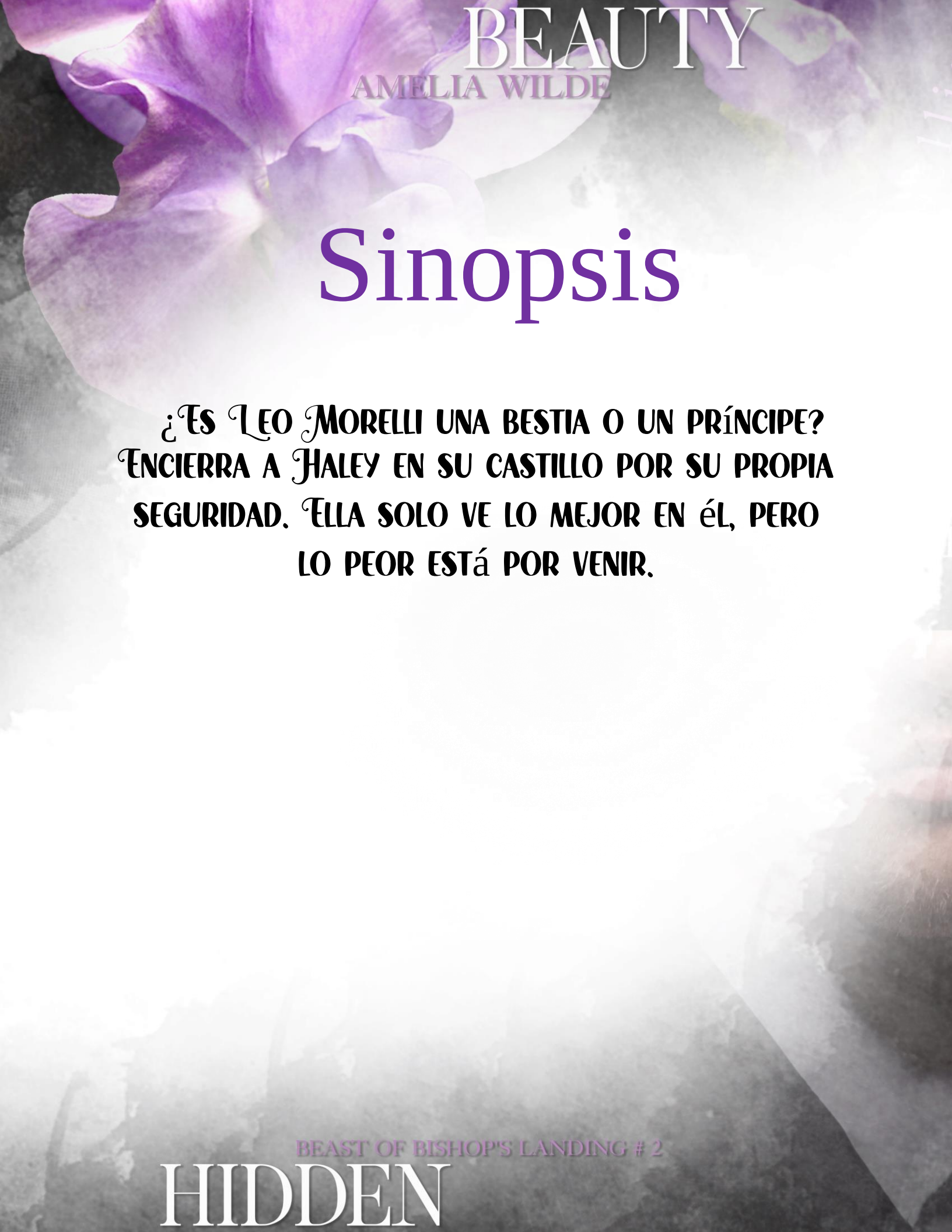
Hada Itaca

Lectura Final

Hada Mir

Diseño

Hada Anjana



Sinopsis

¿Es Leo Morelli una bestia o un príncipe? Encierra a Haley en su castillo por su propia seguridad. Ella solo ve lo mejor en él, pero lo peor está por venir.



CAPÍTULO UNO

Leo

Levántate.

No puedo.

No puedo, porque estoy en el infierno. Duele más de lo que jamás creí posible para estar en el infierno. Fuego y llamas. Cenizas y carne abrasadora. Mi piel se chamusca y se desprende. Arde. Arde tanto que esto podría ser el purgatorio. ¿Pero por qué? No hay posibilidad de salvación. No hay posibilidad de que sea purificado por el dolor. Perdóname, Padre, porque he pecado, y duele.

El dolor es una sombra con cuerpo y forma y empuja los nudillos hacia mis ojos. Veo el purgatorio en la oscuridad. Nunca veré el rostro de Dios. Solo será una noche bordeada de llamas parpadeantes. El fuego me muerde las rodillas y los dedos de los pies. No hay parte de mí que no toque.

Dante estaba equivocado. Pensó que la piel no se quemaría.

Pero el calor... tenía razón sobre el calor.

Yo también me metería en un vaso hirviendo.

Si pudiera saltar.

Levántate.

No puedo.

Mi cama es ahora parte del purgatorio. Se agita debajo de mí. Sacude los huesos. Si se supone que esto es purificador, entonces haz que se acabe. Llévame al infierno, donde al menos pueda quedarme quieto. Me duele la mandíbula por el traqueteo. Jodidamente miserable. ¿Cuándo llegaremos a la parte en la que no hay más dolor?

La oscuridad en el centro de mi visión se desplaza, aclarándose lo suficiente como para ver la forma de una puerta. Si pudiera atravesar la puerta. Si tan solo pudiera levantarme. Introduzco una mano en las mantas y empujo. Nada. Mi estómago se revuelve. Las llamas llegan más alto. Sobre mi cabeza, ahora. Sobre mi cara...

—Más Advil, pero no creo que... mierda. —Un ángel atraviesa la puerta, vestido con un uniforme de colegio privado católico y difuminado con lo que solo puedo suponer que es la luz del cielo. Un *ruido sordo* anuncia su llegada cuando ya ha atravesado la puerta, y un traqueteo, como de plástico sobre madera dura. Intento levantar una mano para advertirle que se aleje. Se quedará atrapada aquí y morirá.

El ángel ignora mi mano. Su rostro se acerca: está horrorizada. No me extraña, ya que estoy en llamas.

Maldice en voz alta, lo cual tiene que ir en contra de las reglas.

—¿Qué ha pasado? —exige—. ¿Papá te encontró? Creía que no iba a estar por el resto de la semana. Si no, no te habría dejado. —La

furia en sus ojos es hermosa y terrible—. Lo detendré. No volverá a hacer esto. Lo juro, joder.

Tengo la boca seca por respirar el aire sobrecalentado del infierno, pero consigo que funcione.

—No —sueno desgarrado. Chamuscado—. Él no.

—¿No? —Sus ojos buscan en los míos una mentira. Como si tuviera la energía para mentir—. Leo, si no fue él, entonces... —De un parpadeo a otro, el rostro del ángel se convierte en uno que reconozco. Eva. Entonces, su mano está en mi frente, tan fría y suave que las lágrimas pinchan las esquinas de mis ojos—. Oh, no. Estás ardiendo.

Ardiendo. Ardiendo. No es suficiente para ser purificado, maldita sea.

Se levanta y se da la vuelta, y luego está arrodillándose, con la cabeza inclinada. No es el momento de rezar. Es demasiado tarde para eso. A menos que la oración me saque del purgatorio. Reza una misa por mí. Mil. Eva no está rezando, ahora lo veo. Está revisando su mochila. Lo que cayó al suelo cuando entró en el infierno.

La luz se derrama de sus manos a su cara, tan brillante que me duelen los ojos. Donde hay dolor, hay más dolor. Está hirviendo mis pensamientos. Estallan como burbujas rodantes, una por una. La comprensión es difícil de alcanzar.

¿La luz?

Su teléfono.

—Para.

Me mira, con los ojos muy abiertos.

—Leo.

—¿Quién...? —Tragar duele, un rasguño irregular—. ¿Quién...?

—Una ambulancia. —Eva viene a arrodillarse junto a mi cama. Al lado del infierno—. No tenemos tiempo.

Tenemos todo el tiempo del mundo. El purgatorio es un estado liminal. No hay garantía de que salgamos de aquí, y si lo hacemos, solo será hasta el séptimo círculo del infierno. Porque he pecado. Una y otra vez. No tuve elección.

—Nadie puede saber sobre esto. Si llamas, lo sabrán.

Eva se muerde el labio ¿Cuánto tiempo he estado aquí? Días. Al tercer día, Jesús resucitó. ¿Pero estaba en llamas cuando lo hizo?

—Tienes que ir al hospital.

Conozco ese tono. Su tono de -no admito ninguna tontería- hermana mayor. No es mucho mayor.

—No puedo.

—Traeré los papeles. Traeré dinero en efectivo. — *Los papeles*. No los papeles de verdad. *Documentos* sería una palabra mejor, pero ¿a quién le importan las palabras cuando se trata de la muerte por fuego? Pone su mano en mi mejilla, y su cara palidece.

—Creo que tenemos que irnos ahora mismo. Por favor. Déjame llamar a una ambulancia, pueden llegar más rápido y...

—Preferiría morir.

Mi hermana aprieta los labios en una fina línea. Puedo ver que está asustada. Yo no lo estoy. Ya me estoy muriendo. Ya estoy muerto. Probablemente ya haya pasado de la salvación. Odio decepcionarla.

—Ahora mismo —pronuncia, como si me ordenara rezar cien avemarías como penitencia. Espero que me absuelva. No lo hace. Eva pasa su brazo por debajo de mí y me separa del edredón. Una vez en movimiento, un nuevo instinto de pánico se apodera de mí. Si sigo rodando, acabaré de espaldas. Demasiado. Eso superará las llamas y el calor. Saco una mano segundos antes de que ocurra y me empujo para sentarme.

La habitación rueda, girando cada vez más y más, y Eva pone ambas manos sobre mis hombros.

—¿Puedes caminar?

—Sí.

Excepto.

Que no puedo.

La habitación vuelve a girar. Mi visión parpadea. El fuego consume todo el oxígeno y no queda nada para alimentar mi cerebro. ¿Por qué no puedo morir ya? Sería más sencillo que esto. Mucho más fácil.

—Eva.

Todavía está cerca. Todavía puedo sentir sus manos.

—¿Sí?

—Tienes que... —Otro giro enfermizo—. Vas a tener que...

—Jesús, Leo. Te haré daño.

No puedo hacer esto por mucho más tiempo. Levanto la cabeza con bastante esfuerzo y la miro a los ojos.

—Tienes que hacerlo.

Eva no quiere hacer esto, pero no hay otras opciones. Es morir, o herir.

—Está bien —susurra, sobre todo para sí misma, y luego se aclara la garganta—. Bien. Lo siento.

Se sienta a mi lado en la cama y duda. Una rabia pura y caliente me recorre en espiral hasta llegar al fuego. Estoy muy cabreado. No puedo levantarme. No puedo ayudarme a mí mismo. No puedo ayudar a nadie más. Si pasa algo, no podré estar delante de mis hermanos y hermanas.

—Esperar. No. Ayuda.

—Lo siento. Uno, dos, tres.

A la *de tres*, me rodea la espalda con un brazo y tira de los dos hacia delante y hacia arriba. Casi no funciona. No es lo suficientemente grande, con los centímetros que he ganado en los últimos dos años, pero no podemos hacer esto dos veces. No podemos. Yo no puedo. Mis pies hacen contacto con el suelo. El suelo no es estable. Es un campo de minas, que se derrumba bajo mis pies, pero me mantengo en pie. Tengo que permanecer en pie.

—Lo siento mucho —dice Eva, y oh, soy yo quien jadea. Cada jadeo es una tortura. El aire me abrasa los pulmones. Su brazo es una banda de hueso fundido alrededor de mi espalda y ha hecho estallar

todos los demás cortes de los azotes como si fueran explosivos. Uno tras otro. Todos seguidos—. Vamos. Tenemos que irnos.

Debemos estar en la ventana. Hay un espacio entre cuando llegamos a casa del colegio y cuando mi madre vuelve de cualquier mierda de caridad en la que pretenda trabajar. No puedo dar un paso con Eva tocando las heridas. Lo que sale es un siseo, apenas nada. De alguna manera, ella lo entiende. Me pasa el brazo por los hombros y me coge la muñeca con fuerza. Sus dedos se sienten fríos. Pequeños círculos de hielo.

—De acuerdo. —Se quita los mechones de cabello caídos de la cara—. Estamos arriba. Un paso. Otro más. Bien. Otro más... —Si fuera cualquier otro momento, pondría los ojos en blanco y le diría que no tengo cinco años. No necesito que me enseñen a caminar. Pero no pongo los ojos en blanco. No puedo. Se agacha para recoger su mochila y mi equilibrio amenaza con escaparse.

Fuera de la puerta del estudio de arriba, apoya mis manos contra la pared y desaparece en otro borrón angelical. El viento y el calor me azotan, el suelo se balancea bajo mis zapatos. En algún momento del pasado lejano, debo haber pensado en la escuela. Apoyo la cabeza en la pared y miro los pantalones oscuros del uniforme y la camisa blanca. ¿Cómo me he puesto todo esto? ¿Por qué? No puedo vestir de blanco. Ya no. La sangre...

Eva vuelve, sus manos moviéndose rápidamente hacia sus bolsillos, hacia un sobre, hacia su mochila. No puedo ir más lejos. No puedo. Pero ella vuelve a poner mi brazo sobre su hombro y damos un paso.

Otro.

Otro.

La voz de mi hermana se convierte en un eco susurrante que se derrama desde los techos de nuestra catedral. Una oración. Soy más alto que ella. Más pesado. Ella tiene su mochila y a mí. Demasiado para una sola persona. Pero no vacila. Hay un olor a incienso quemado. Alguien debe estar dándome la extremaunción. Se supone que la persona que recibe la extremaunción no debería de estar caminando. Tal vez esta es la última penitencia, esta larga, larga caminata. No puedo apoyarme en la pared del ascensor de personal o no volveré a caminar. Eva se balancea, tratando de mantener el equilibrio. O tal vez sea yo. Cuando el ascensor nos deja bajar, murmura algo a una forma oscura. El dinero pasa por su mano, dejando un rayo verde en el aire.

Otra esquina. Otra sala. Afuera.

El aire primaveral es agua helada en mi piel ardiente. Un escalofrío recorre mi columna vertebral, pero no puede apagar el fuego.

—Ya casi estamos. —Eva es estoica. Decidida—. Casi estamos en mi coche.

Obtuvo su permiso hace dos semanas. Todavía no tiene licencia. Otra eternidad hasta el garaje, que tiene una flota de coches. Gracias a Dios que el de Eva es el más cercano. Gracias a Dios que es uno de esos todoterrenos compactos, así que no tengo que subirme a él. Sus manos alrededor de mi brazo me dan la suficiente estabilidad para

caer en el asiento del copiloto y acurrucarme. Entra más luz por la puerta del garaje que se abre.

Me siento tan mal. Nunca me he sentido tan mal. Eva da un portazo que hace temblar la tierra. Toda una vida después se desliza en el asiento del conductor y aprieta el botón para arrancar el motor.

—Jesús ¿Cómo te has puesto así de mal tan rápido?

Un rayo de sol procedente de la ventana del garaje hace un halo alrededor de su cabeza.

—Purgatorio.

—No. —Toma una respiración profunda y pone el todoterreno en marcha—. No, esto es real.

La transición del garaje a la calzada hace que me tiemblen los dientes. Más llamas lamen mi nuca. La cara de Eva está blanca bajo el sol de la tarde. Esto la está asustando mucho.

—Lo siento.

—¿Por qué?

Mi garganta es de grava y cristal, y todo duele tanto que mi visión se ennegrece.

—Debería haberlo sabido mejor.

Una admisión que no quería hacer. Que esto es mi culpa. Que me lo merezco. Si tan solo Eva pudiera entender que me merezco esto. No estoy realmente aquí, en este todoterreno. Que me lleve más lejos de aquí.

Por favor.

—Estás absuelto —dice Eva. Creo que lo dice ella. No estoy seguro. Su voz viene de lejos. A través del agua profunda. A través del viento y el rugido de un fuego en una enorme rejilla.

—No puedes absolverme.

—Leo, lo que dices no tiene sentido.

Giramos hacia la carretera principal y el mundo se estremece. Es lo suficientemente violento como para destrozar mi columna vertebral. Para exponer más carne. Las heridas de mi espalda se retuercen y escuecen y oh, Dios, oh, joder, duele.

—Me he metido demasiado —le anuncio al Ángel de la Muerte a las puertas del infierno. Más de lo que quería decir. Más de lo que quería admitir, incluso a mí mismo. ¿En qué estaba pensando? ¿En qué estaba pensando?

—¿Con quién?

Eva acelera. Lo que está haciendo es ilegal, pero hay leyes mayores en juego, como las leyes del cielo y del infierno. El sol brilla en su cabello. Otro halo.

—Un ángel.

No era un ángel. Era un demonio disfrazado de cabello rubio y ojos cómplices. Debería haberlo sabido. Debería haberlo sabido. Todo este dolor es una penitencia.

—¿Quién, Leo? —exige. Insiste–. Dime quién ha hecho esto.

—Ella lo hizo.

—Dime su nombre. —No puedo decirlo. Estoy cayendo, dando tumbos hacia la consola central, arrastrado por la pura gravedad y el colapso de mi esqueleto. Eva me empuja hacia arriba—. Dímelo ahora.

—No.

Caroline. Son solo tres sílabas. Juntas significan dolor. Significan infierno. Significan fuego, y llamas...

Muerdo a través del aire tan caliente que se ha convertido en cristal, pero no diré su nombre.

Eva gira la cabeza, y hay lágrimas en sus ojos. Lágrimas brillantes. Se parece a María en la tumba, justo antes de que María llorara por Jesús.

—Solo dime quién es —susurra—. Esa mujer. Esa *perra*.

En mi siguiente respiración algo sucede. Un pequeño milagro. El calor se hace soportable. Mi visión se aclara. Ahí está Eva, ya no está borrosa en el asiento del conductor. Sus nudillos están blancos sobre el volante. Estoy lleno de una nueva convicción. Una directiva de Dios. Me indica el camino para salir del purgatorio. Miro los enormes y oscuros ojos de Eva. No tengo mucho tiempo para decir lo que quiero decir. Siento que el dolor está volviendo. Solo se mantiene a raya durante unos segundos.

—Eva.

—¿Sí?

—Algún día te devolveré el favor. Lo juro.



CAPÍTULO DOS

Haley

Parezco salida de una película de terror.

Si no pudiera ver mi camiseta y mis leggins, lo sabría por la forma en que la gente palidece cuando me mira. Nadie está en el hospital por una buena razón, pero yo soy la pesadilla. Yo soy la que está cubierta de sangre seca. La sangre de Leo. Hay mucha. Porque Ronan le disparó. Porque me estaba protegiendo. Porque, porque, porque. He seguido el bucle cientos de veces desde que estoy en esta sala de espera, en la entrada del ala quirúrgica del hospital Katherine Campbell.

Le dispararon protegiéndome.

Podría morir por intentar salvar mi vida.

Esta sala de espera es lo más lejos que me dejaron llegar. Llegué aquí en la misma ambulancia que Leo, empujada a un asiento por un paramédico que no se creía que la sangre no fuera mía. Mi garganta todavía está en carne viva por lo que pasó cuando llegamos aquí.

Intenté quedarme con él. Seguían diciendo cosas como "*solo la familia*" y "*cirugía de emergencia*", pero nadie quiere ser el que arrastre a una mujer con la ropa empapada de sangre fuera del hospital. No han llamado a seguridad para que lo haga.

No me levantaré. No me acercaré a la máquina de café, ni usaré el lavabo del baño para intentar quitarme la sangre de las manos. No les daré la oportunidad de atraparme.

Mis opciones son limitadas. Mirar mis manos, que están manchadas de la sangre de Leo. O mirar al resto de la sala de espera, donde hay algunas otras personas que evitan el contacto visual. Había más cuando llegué. No estoy segura de cuánto tiempo ha pasado. Horas, por lo menos.

Estoy mirando a media distancia e intentando no pensar en los disparos cuando las puertas de la sala de espera se abren de golpe.

Trajes negros. Todo lo que puedo ver son los trajes negros. Seis hombres... no. Ocho ¿Diez? Un *montón* de hombres con trajes oscuros entran por las puertas, moviéndose rápido. Seguridad. He visto hombres así en lo de la tía Caroline, pero siempre en las sombras. Nunca ocupando una sala de espera. Eso es lo que están haciendo. Los dos primeros se separan, cada uno yendo en diferentes direcciones. La enfermera que está detrás del mostrador de registro se levanta, y los hombres de traje negro rompen su formación, mostrando a la mujer del centro que es...

La hermana de Leo. Esta tiene que ser Eva.

Lo sé sin haber visto una foto, porque se parece a él. Los mismos ojos. El mismo cabello oscuro. La misma mirada de no-me-pongas-a-

prueba. Tiene los ojos rojos por el llanto, pero su barbilla está levantada y definitivamente no está llorando ahora. Más hombres entran detrás de ella. Es como una presidenta, o una reina. Se me encoge el alma. De cualquier manera, ella podría hacerme salir. Podría ordenarme que me fuera.

Ella es *familia*. Solo familia.

La enfermera que está detrás del mostrador sale corriendo a recibirla, a esta reina con un abrigo de lana negro. El cabello de Eva brilla en un elegante y perfecto giro. Dobla una carpeta de cuero contra su pecho como si fuera una armadura.

—Quiero una actualización inmediata del estado de mi hermano.

Confianza total. Así es como lo dice. Como si todos aquí supieran quién es su hermano. Puede que lo sepan. Probablemente lo sepan. La enfermera vacila.

—Me temo que no podemos dar ninguna información sobre los pacientes aquí sin...

Con un movimiento de muñeca, Eva gira la carpeta y la empuja, con la punta por delante, en el pecho de la mujer.

—Soy Eva Morelli, y ahora mismo tienes a mi hermano en la consulta. Lo primero que vas a hacer es abrir la carpeta que tienes en tus manos y ver que tengo un poder notarial. Lo segundo que vas a hacer es escuchar con mucha atención todo lo que estoy a punto de decir.

Se detiene y cruza las manos delante de ella, absolutamente regia. A la enfermera le tiemblan las manos cuando abre la funda de cuero y examina los documentos que contiene.

—El de la derecha —le indica Eva. Los ojos de la enfermera se deslizan hacia el otro lado de la carpeta—. Tómalo.

Eva utiliza el silencio como Leo. La sala de espera está abarrotada de sus hombres con traje negro. Una mujer frente a mí balbucea exigiendo respuestas, su marido también grazna. Pero alrededor de Eva no hay más que un silencio glacial.

La enfermera cierra la carpeta y se lo devuelve. Eva espera a que la otra mujer la mire a los ojos antes de volver a hablar.

—Cuando termine, volverás a tu escritorio y cambiarás todos tus registros para que se correspondan con esta información. No hablarás con nadie más de lo que has leído, ni de mi hermano.

—No. No, por supuesto que no.

—Antes de cambiar sus registros, trasladarás a todos los demás pacientes a otra planta.

—Señora. —La enfermera traga saliva— No podemos hacer eso.

—Lo harás ¿Sabes por qué?

Las puertas que dan acceso al ala se abren con una ráfaga de aire de hospital y dos hombres salen a gran velocidad. Uno de ellos lleva una bata quirúrgica cubierta de sangre. Mi corazón abandona mi cuerpo. Sale volando, como un pajarito. La bata del otro parece nueva. El de la bata pone una gran palma en el hombro de la enfermera.

—Vuelve a tu mesa.

Ella se va, y al segundo siguiente escribe con furia.

—Señora Morelli, calculo que estamos a la mitad del procedimiento para...

No puedo escuchar lo que dice. O lo oigo, pero no lo entiendo. Las palabras individuales, sí. Pero son demasiado horripilantes para unirlas. *Sin orificio de salida* y *pulmón colapsado* y *transfusiones de sangre* y lo que se reduce a que Leo puso su cuerpo entre mí y una bala y no se sabe cuánto le dolió.

Eva absorbe todo esto impasiblemente.

—¿Va a vivir?

—El pronóstico es bueno.

La tensión desaparece de mi columna vertebral y me convierto en una marioneta sin hilos que se hunde en la silla. Nadie me diría nada.

No me dijeron si estaba vivo. O si estaba muerto.

Una vigorizada inclinación de cabeza por parte de Eva.

—Estoy cerrando la planta. Mueve a todos tus pacientes a otros departamentos.

El médico suelta una carcajada.

—Eso no será posible. El personal involucrado...

—Llama a personal extra. Hazlo ahora.

—Señora Morelli. —Es condescendiente. Fingiendo tomarla en serio—. No podemos trasladar a todos los pacientes de esta planta. Tenemos nueve que requieren cuidados postoperatorios especializados...

—No me gustaría que pasara nada —Eva corta suavemente su explicación.

—¿A quién?

—A su hija en Northwestern. —Ella le mira a los ojos. No se inmuta—. Madison. O a tu otra hija, Christine, que está en su último año en Brown.

Ahora el silencio se expande. Los ojos del doctor van de su cara a los hombres que la flanquean. A los hombres de las esquinas de la sala de espera. A otros tres, que se han movido detrás de él hacia las puertas que llevan al ala.

Su mandíbula hace tic.

—Los trasladaremos en menos de una hora.

—Nadie entra o sale a menos que mi gente lo apruebe. Una palabra a cualquiera sobre mi hermano, y me encargaré personalmente de que...

Las dos manos del médico se levantan.

—Entendido.

Eva espera.

—Entendido, señora Morelli.

El médico y el cirujano se alejan de ella como si salieran de una audiencia real.

Y entonces gira la cabeza.

Unos ojos oscuros que me recuerdan con fuerza a Leo escudriñan el desastre que soy en este momento.

—Haley, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y me incorporo en la silla. Eva suelta un suspiro.

—Ven conmigo.

¿Qué otra cosa puedo hacer? Me pongo en pie, con la ropa tiesa por la sangre, y voy a su lado. Eva empuja las puertas dobles batientes que me han mantenido alejada del ala todas estas horas. No son nada para ella.

Al otro lado de las puertas hay un mar de blanco, roto por el arte abstracto. Deberían poner los cuadros de Daphne aquí en su lugar. Preferiría mirar el océano. Cada paso que damos hace que mi corazón lata más fuerte. Lo que estoy imaginando, no va a suceder. No vamos a doblar una esquina y encontrar a Leo desangrándose en el suelo.

No va a suceder.

Eva va hasta el final del pasillo, mira a ambos lados y gira a la izquierda. El pasillo desemboca en una sala de espera más pequeña con los mismos tonos modernos que en la que estaba sentada, solo que ésta tiene dos mullidos sofás y una mesa rodeada por cuatro sillas de madera.

Una sala de espera familiar.

Se detiene en la puerta. En un parpadeo, soy consciente de ellos. Los hombres que nos han rodeado. Cuatro de ellos, todos con trajes negros.

—Tráele a Haley ropa limpia —dice Eva al que va en cabeza—. ¿Están todos en posición?

—El equipo de avanzada aún está en el perímetro, pero rotarán en una hora. Los francotiradores están en el techo.

Eva lo despide con unas cuantas instrucciones más en voz baja, y entonces nos quedamos solas en la sala de espera. Uno de los hombres trajeados camina diez pasos por el pasillo y se queda de pie, de espaldas a nosotras.

—De acuerdo. —Eva baja los hombros y, mientras se los sacude, se transforma en una humana de carne y hueso. Coloca el abrigo de lana sobre el respaldo de una de las sillas y se deja caer en el sofá. Inclina la cabeza hacia atrás de una manera que Leo no podría. Se frota los ojos con una mano—. Ven a sentarte, Haley. Daphne me dijo tu nombre, pero no me dijo que eras una Constantine, así que es un poco sorprendente.

Se me seca la boca.

—Lo siento. —Lamento haber nacido con este apellido, más apenada que nunca—. Puedo irme, si...

—Tú —señala Eva—, estás cubierta de la sangre de mi hermano. Tengo entendido que viniste aquí en la ambulancia con él.

Todavía me duele la garganta de haber gritado en su casa y de haberle gritado a los paramédicos en el camino y de las otras cien cosas mortificantes que he hecho.

—Sí. Lo hice.

—Yo diría que eso te involucra, así que no te pediré que te vayas.

La gratitud se agolpa en mi pecho, pero no voy a llorar. No voy a derrumbarme delante de Eva Morelli. Pero tengo que decir algo.

—Lo que hiciste ahí atrás fue bastante impresionante.

Eva sonríe, con la mano en la frente.

—Fui una perra. Dejaré algo de dinero en los fondos universitarios de sus hijas más tarde. Los gastos de un año para cada una me parecen suficiente.

Miro hacia el otro sofá con su patrón de diminutos y repetidos capullos de rosa, lejos de Eva, que está impecable.

—Los Morelli no son nada como los Constantine dicen que son.

Da una pequeña carcajada.

—Oh, somos terribles. Lo peor, pero cuidamos de los nuestros. —Una pausa—. Estuviste con él.

—Teníamos un trato. —Parece que hace un millón de años que firmé, con el nombre de Leo en esa hoja de papel. No sé cuánto contarle a Eva, o cuánto sabe ya—. Me quedé con él hasta que me envió a casa.

Simple, cuando lo dices así.

—Si te envió a casa...

—Ronan estuvo en mi casa primero. —El pánico resuena en mi pecho—. Cuando Ronan se fue, pensé que podría pasar algo. Pensé...

—¿Volviste por él?

Por él. Por mí. Para saber si la mirada en su cara cuando me metió en el coche y me dijo que fuera a estar con mi familia significaba lo que yo creía que significaba. Porque no podría vivir conmigo misma si

Ronan le hacía daño o le mataba y yo no hacía nada por el hombre que me hacía sentir...

Me hizo sentir...

Los recuerdos vuelven a golpearme. Un disparo. Leo cayendo. El calor de su sangre. Su gemido herido, la forma en que trató y trató de levantarse...

—Sí. Lo hice. —Recupero el aliento—. Mi tía Caroline siempre decía... —Eva deja caer la mano en su regazo—. Bueno, ella decía muchas cosas. Sobre lo malvados que son los Morelli. Pero ella es la malvada. —Se me ponen los vellos de punta. Todo esto es surrealista. Irreal. No puede ser cierto, tener esta conversación con un Morelli. No puede ser cierto, que Leo casi muere por mí. Tal vez estoy entrando en shock. Tal vez he estado allí por un tiempo.

La mandíbula de Eva se tensa.

—La última vez que estuve en un hospital fue por culpa de la maldita Caroline Constantine. Ahora aquí estamos de nuevo. La historia se repite.

Me giro para mirarla, esta perfecta princesa Morelli de cabello negro brillante y labios rojos.

—Sé que ella le hizo eso a su espalda.

Sus cejas se levantan, y cuando me mira puedo decir que me está *viendo*. No es cómodo. Me estoy desmoronando.

—¿Leo te lo ha enseñado?

No. No lo hizo. Mis mejillas se calientan al recordarlo. La ducha. Su furia.

—Me enteré. No estaba contento con ello.

—No lo creo. —Se mueve para apoyarse en el brazo del sofá, con una visión clara de mi desastre—. Es la razón de su pequeña venganza contra tu familia. Caroline la empezó. —Una sonrisa dura—. Y luego yo lo empeoré.

—¿Cómo?

Una breve pausa y luego toma una decisión.

—Era joven y temeraria y... hermosa. —Me dedica una pequeña sonrisa—. Como tú. Conocí a un hombre mayor y me enamoré de él. Esto suena tan tonto ahora, pero pensé que estábamos enamorados. No importaba que estuviera casado.

Mi corazón se retuerce ante la clara angustia en su voz. Puede que haya ocurrido hace años, pero siente el dolor tan fresco como si fuera ayer.

—Lo siento.

Un breve movimiento de su cabeza hace desaparecer mi simpatía.

—Debería haberlo sabido, pero no me di cuenta de quién era. No sabía quién había herido a Leo antes. Nunca me lo dijo. Así que no sabía que solo tenía una aventura conmigo para vengarse de su mujer.

—¿Quieres decir que el hombre era...? —Las palabras *Tío Lane* mueren en mi lengua.

—Leo nunca le habría dicho a nadie quién le había hecho daño, porque sabía que empezaría una guerra. Y por mucho dolor y rabia que tuviera, no pondría en riesgo al resto de nosotros de esa manera. Ya estaba enamorada cuando se lo dije. —Sus ojos se vuelven

distantes—. Estaba tan emocionada que se lo conté todo. Y su cara... estaba jodidamente horrorizada. Fue cuando me dijo que Lane Constantine era el marido de la mujer que lo azotó.

Las lágrimas escuecen en mis ojos.

—Lo siento mucho.

—Lo peor es que no dejé de amar a Lane. No podía. No importaba que solo me follara para vengarse de su mujer. ¿Cómo puedes dejar de amar cuando es incondicional?

La mayoría de sus palabras suenan duras. Duras como un látigo. La pregunta sale desamparada, como si realmente me estuviera preguntando. *¿Cómo se puede detener el amor cuando es incondicional?* No sé la respuesta. El verdadero amor no tiene límites. No es racional ni amable. El verdadero amor es brutal. Hace que esta hermosa mujer anhele a un hombre que la usó.

—Rompí con él —dice ella, con la voz apagada—. Por supuesto que lo hice. La ironía es que creo que él también se enamoró de mí. Fue víctima de sus propios juegos.

Recuerdo a un sonriente hombre mayor que siempre tenía tiempo para los más pequeños. Ni siquiera le importaba que papá fuera un intelectual distraído como lo hace Caroline. Es difícil imaginarlo seduciendo a una joven para vengarse de su esposa, pero no dudo que sea cierto. Y luego murió. Nadie sabe quién lo mató ni por qué, pero los Constantine siempre han sospechado de los Morelli. Esta nueva información sobre el conflicto en su matrimonio me hace preguntarme si eso es realmente cierto.

—¿Él... te hizo daño?

—No como tú quieres decir. Nunca me obligó a hacer nada. Y seguro como el infierno que nunca me azotó. Sí trató de continuar la relación. Llamando. Enviando correos electrónicos. Apareciendo en la universidad. Hasta que Leo le puso fin.

Me estremezco al pensar en un Leo más joven enfrentándose a mi tío. Lane siempre fue amable con los Constantine, pero sé que tenía conexiones poderosas.

—¿Se enfrentó a Lane para protegerte?

Una sonrisa sombría.

—Leo es la razón por la que ahora mismo estamos rodeados por un ejército de ex agentes del Servicio Secreto. Así que cuando digo que cuidamos de los nuestros, quiero decir que Leo cuidó de mí. Cuidó de todos mis hermanos y hermanas, todos excepto Lucian, que no lo necesitaba.

—¿Quién se encargó de Leo? —Las palabras se escapan de mis labios.

—Nuestro padre era un hombre cruel. Un hombre abusivo. Y cuando todos vivíamos en esa casa, Leo se llevaba la peor parte. Nadie se ocupó de él, nunca. —Sus ojos oscuros se encuentran con los míos—. Hasta que llegaste tú.



CAPÍTULO TRES

Leo

Me estoy quemando vivo.

Todavía. Otra vez. Siempre. El calor se arrastra por mi espalda y presiona hojas calientes en la piel dañada, y no puedo soportarlo. No puedo soportarlo. Hace un minuto todo era negro. Estaba muerto.

Esto no es como estar muerto.

Esto es peor.

El pánico se apodera de mi garganta con un agarre duro y huesudo. El infierno huele a lejía y a plástico, y se siente como algo equivocado en mi cara. Lo arranco con las garras, pero la situación no mejora. No controlo mi respiración. Me ahogo en el miedo y el fuego. No debería haberlo dejado entrar. Ahora no puedo conseguir que se detenga. Los cuchillos en mi pecho. La frenética búsqueda de aire.

El dolor. Duele. *Duele.*

El dolor aclara su forma. La presión. Es la presión. De estar acostado de espaldas. Nunca. Nunca hago esto, ni siquiera mientras duermo. Nunca lo hago. Alguien me ha puesto así y un nuevo miedo

recorre los músculos tensos que no se liberan. Podría haber sido Caroline. Ella podría haberme mantenido vivo para que pudieran torturarme una y otra vez, una tortura eterna, una penitencia eterna.

Kilómetros de llamas sobre mi cabeza. Nunca alcanzaré la superficie, pero lo intento. Patear por ella. Alcanzarla. No puedo abrir los ojos. Están demasiado secos. Se me revuelve el estómago. Tal vez sean agujeros quemados en mi cráneo. Mis párpados se pegan. Protesto. No estoy preparado para abrirlos.

Los abro de todos modos.

Joder.

Las paredes totalmente blancas me golpean los ojos y el resto es como un doble golpe. Una lanza de dolor que me atraviesa el pecho, delgada y afilada, y hojas de papel de lija en mi espalda, en mi cama.

No mi cama. Una cama de hospital.

No.

No.

Una bandeja junto a la cama cae al suelo. No recuerdo haberme levantado, pero ahora estoy aquí, de pie, rasgando una bata de hospital tejida con cuchillas. Mi piel ya está ardiendo. Si esta maldita cosa me toca un segundo más, estallaré en una segunda capa de llamas. Seré una columna de ceniza. La tela se rasga y la dejo caer. Hay más. Plástico. En mi mano. También lo arranco. Mis pantalones son la única prenda que no me está matando. Una alarma suena en algún lugar cercano. El sonido desencadena otro viaje alrededor de la rueda. El dolor me aplasta. Es más de lo que he sentido. Es más, y es

más grande, y el miedo es un perro con sus dientes agarrados a mi nuca.

No puedo quitármelo de encima. No puedo ni siquiera levantar los brazos para apartarlo.

Otra vez no. Por favor, otra vez no. Amén.

Dos enfermeras entran corriendo, con sus batas azules borrosas en los bordes. Vienen hacia mí muy rápido. No van a tocarme. Nadie va a tocarme, no aquí, no ahora, cuando ya estoy desollado y sangrando...

—Ni un paso más. —Mi voz es de grava y cristal. La parte trasera de mis rodillas está contra la cama. No recuerdo haber retrocedido. Ambas se detienen y me miran. Arriba. Debo de ser alto. Pero no recuerdo, no puedo pensar.

—Un paso más y las mato a las dos. Será un placer.

—Señor Morelli —dice la primera. Tiene el cabello oscuro. La otra es rubia. No confío en la rubia. Ni por un puto segundo—. No puede estar fuera de la cama.

—Mis cojones que no puedo. —Mi pecho se está hundiendo. Uno de mis pulmones no funciona bien. Se siente débil, pero no recuerdo eso de cuando Eva me trajo aquí. Ella conducía el coche con un halo. No. Eso fue hace mucho tiempo. A menos que no lo fuera—. Tomaste mi ropa. Te llevaste...

—Leo. Está bien. —Eva entra por la puerta, con las manos en alto, como si yo fuera un animal peligroso que pudiera hacer cualquier cosa.

Otra respiración abrasadora. No puedo ubicarla. No puedo ubicar su ropa. No llevaba eso cuando me trajo aquí.

La enfermera rubia extiende un brazo para detenerla.

—Señora Morelli, esto es inseguro...

Eva es más baja que la enfermera, pero la otra mujer se encoge ante la mirada que le dirige.

—Te advertí que esto pasaría. Decidiste no creerme. Ahora míralo.

Sus cabezas giran de Eva a mí.

—Déjame pasar —dice Eva. Quiero alegrarme de que esté aquí, pero no sé qué significa. Si se trata de una nueva pesadilla o de la misma que vuelve a empezar.

Eva esquiva a la enfermera antes de que pueda terminar de bajar el brazo. Cuando se acerca, mi hermana pone las manos a los lados. El gesto la hace más pequeña. Menos amenazante. ¿Por qué? No me siento amenazado por ella. No tengo miedo de nada. Es solo mi corazón el que está fuera de control. Solo mi cuerpo que está girado hacia un lado, tratando de protegerse. No estoy haciendo eso. Estoy en llamas. Ardiendo.

—Eva ¿Qué...?

La pregunta de *qué año es* muere antes de llegar a mis labios, llevada al cielo por el ángel que atraviesa la puerta.

Haley.

Es Haley, con un jersey azul que hace juego con sus ojos, unos leggins oscuros y unas zapatillas que parecen algo que llevaría Eva. Ropa con la que nunca la he visto. Sus ojos están llenos de esperanza, miedo y algo más.

Aparto a Eva del camino. Empujo para pasar a las enfermeras. Duele mucho caminar. Cada respiración es peor que la anterior. No importa. Nada importa excepto llegar hasta ella. Haley avanza otro medio paso hacia la habitación y entonces estoy encima de ella. Un paso atrás, por instinto, porque soy más alto, puedo decir cuánto más alto ahora. Sus manos se extienden sobre la pared como aquella noche, la primera noche que la vi. Un ángel. Un sacrificio.

Un alivio estremecedor.

Ese alivio rueda dentro de mí y detona. Atraviesa el miedo y el dolor como una bala. Como un viento que corre.

Mis rodillas golpean el suelo primero y ella está ahí, está ahí, puedo sentirla.

Pongo las palmas de las manos en sus caderas, aprieto la cara contra su vientre y respiro la ropa nueva y el aroma de su piel. El alivio es incalculable. Alivio por estar aquí, en el presente, y no en el infierno del pasado. Alivio porque está aquí. Está viva. *Está viva.* Las manos de Haley bajan a mi cabeza. Mis hombros. Me toca suavemente. Como si no fuera un monstruo.

Una nueva presión se acumula alrededor de la herida de cuchillo en mis pulmones. Es más grande. Más expansiva. Sube hasta mi garganta y me duele. Una tensión acumulada que no había sentido en mucho, mucho tiempo. Del tipo que solo puede liberarse llorando.

Hay cosas más importantes que hacer que llorar.

Me pongo en pie de nuevo y recorro con mis manos sus brazos, sus hombros, su cuello y su cara. Ni un rasguño. No tiene ni un solo rasguño. Le beso la frente, las sienes, los pómulos. Pequeños talismanes contra el peligro. Nadie te hará daño aquí, ni aquí, ni aquí.

—Leo, tú... —Su voz es tensa, como si fuera a llorar. Me encanta ver las lágrimas en su cara. Pero no hay nada por lo que llorar ahora mismo—. No puedes hacer esto. Tú...

Alguien en la sala empieza a decir *señor Morelli* y Eva lo corta con un siseo. No me importa. No me importa lo que digan, ni lo que hagan, porque Haley es cálida y suave bajo mis manos. Puedo sentir los latidos de su corazón. El suelo se inclina con el peso de mi alivio, pero eso tampoco importa. Nos tengo a los dos apiñados contra la pared. Los mantendré alejados de mí. Los mantendré alejados de ella. Estaremos a salvo.

Estaremos a salvo.

Le beso el cabello, la parte superior de la cabeza. Haley pone sus manos en mi pecho. Duele como un moretón, ese suave toque. Rompe algo. Llevo mi mano a su barbilla -más dolor, no me importa-, e inclino su cara hacia la mía para poder verla. Las lágrimas hacen más intenso el azul de sus ojos. Están brillantes, asustados y aliviados.

Besar su boca es la única manera de seguir viviendo.

Haley deja escapar un sollozo contra mis labios cuando lo hago. Intenta girar la cabeza.

—Leo, te vas a hacer daño. —Empuja contra mi pecho. Menos de un moretón, más de un cuchillo. Me saca un ruido bajo y los ojos de Haley se ponen blancos y abiertos— ¿Te he hecho daño?

—Déjame —es la súplica más desesperada de mi vida, lo máximo que he pedido a otra persona. Por favor. Déjame probarme a mí mismo que estás viva.

La beso de nuevo. Más fuerte. Más profundo. Haley deja de luchar y siento el momento en que se rinde, su cuerpo relajándose contra la pared. Cada sabor de ella es agua bendita en el fuego en el que me he convertido. Las llamas retroceden hasta convertirse en una quemadura manejable.

Ahora lo sé.

Lo recuerdo.

El dolor rugiente se convierte en dos mitades distintas. Mi pecho es un hematoma doloroso bajo un corte en la piel que escuece y se retuerce. Debe ser el lugar donde entró la bala de Ronan. Los mil cortes en mi espalda son el resultado de algún cable trampa perturbado en mi cerebro, en los nervios. Probablemente me dispararon. La forma en que aterricé...

La forma en que me desperté...

Haley pone unas pequeñas manos a los lados de mi cuello, buscando y tanteando. Cuando no me tenso, cuando no hago nada más que saborear profundamente su boca, enrosca sus dedos en mi cabello y se aferra con fuerza. El agua bendita de su beso se convierte en lluvia. Se convierte en una inundación. Barre el pánico y el dolor y deja espacio para algo más.

Algo brumoso y espeso. Como estar borracho. Como estar drogado. ¿Haley está haciendo eso? La beso más fuerte para averiguarlo. Cada lugar donde me toca es un milagro. Cada lugar donde la toco es una adoración. Hace un pequeño ruido en mi boca. Podría beber de eso para siempre.

Eva carraspea desde algún lugar cercano. El sonido se pierde con la lluvia en mi cabeza. Cae a cántaros. Está apagando el fuego. Eva lo intenta de nuevo y me pone la mano en el hombro, un lugar que sabe que no me va a doler.

—Siéntate antes de que te caigas, hermano mío.

Buena idea. Este lugar tiene un suelo malditamente terrible. No voy a ninguna parte sin Haley. La traigo conmigo lejos de la pared y Eva señala. Voy a decirle que no necesito indicaciones para llegar a una cama evidente en medio del piso, pero resulta que sí. Solo consigo llegar hasta allí por pura fuerza de voluntad, utilizando a Haley para mantener el equilibrio. Sentarse es una caída controlada. La mano de Haley se mantiene firme en la mía, su agarre es firme.

Eva se acerca. Sí. Reconozco esa ropa oscura. Son las que lleva en el presente. Cada punto de referencia es otro regalo. La habitación gira en una lenta rotación, pero Eva se queda dónde está. Haley también se queda.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —pregunto mientras la habitación se estremece y se inclina.

Eva se encoge de hombros.

—Oí que estabas a punto de morir, y quería ver si me habías incluido en tu testamento.

—Ja, ja. —Mi boca no funciona bien. Las palabras se arrastran—. Sé que es mejor no darte un centavo. Estaría muerto antes de llegar al suelo.

Haley se inclina hacia mi línea de visión, con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas. Sorprendida por la broma de Eva, sin duda. Me río de ella. La Constantine más dulce e inocente que jamás haya existido.

Tiro de Haley hacia mi regazo. Con mis dos brazos alrededor de ella, la habitación se detiene. Se endereza.

Haley me pasa las manos por el cuello, con sus ojos azules escudriñando mi rostro. Detrás de ella, Eva hace un gesto a una de las enfermeras para que se acerque.

—Ahora —dice—. Antes de que se acabe.

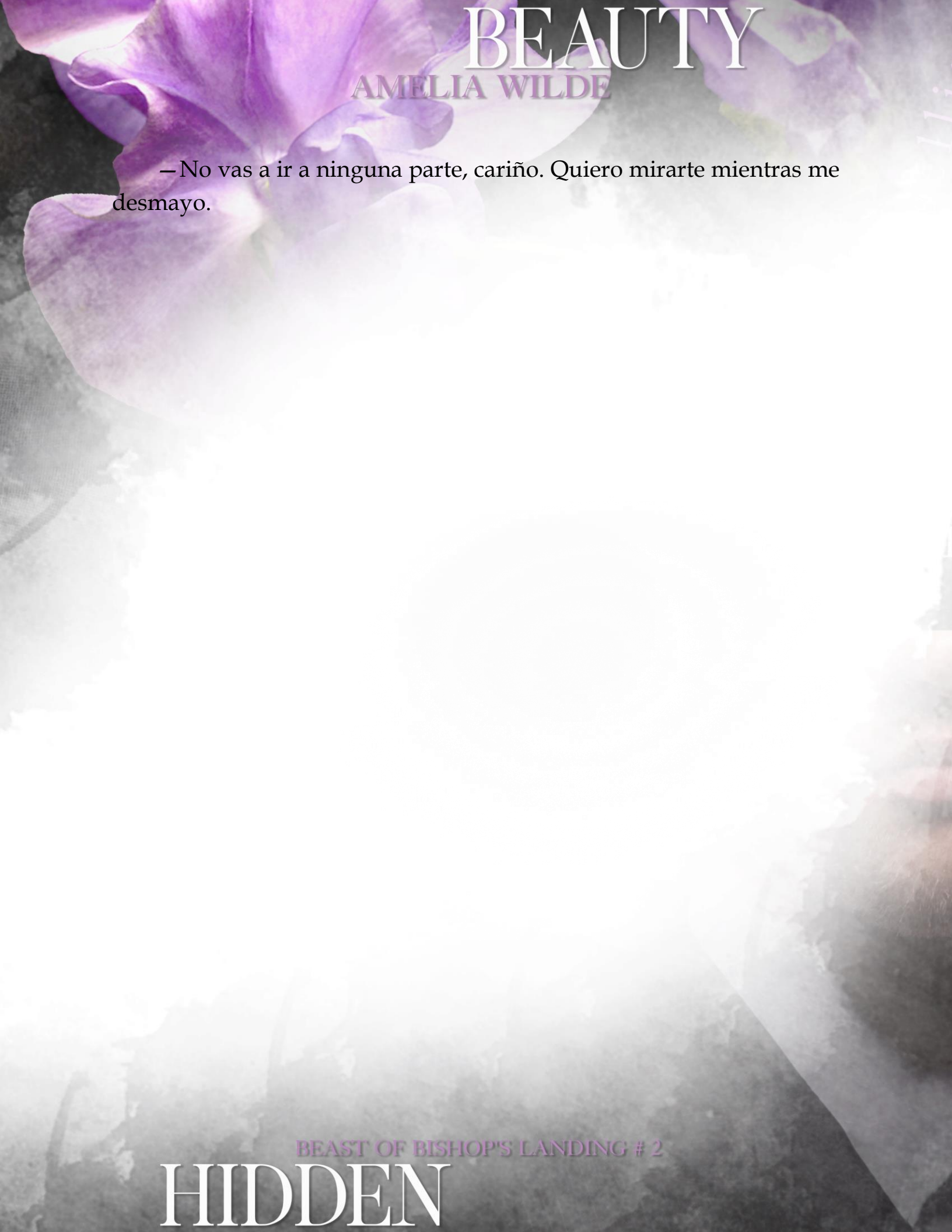
¿Antes de que se acabe el qué?

No importa.

Estoy demasiado ocupado decidiendo si los ojos de Haley son azules como la túnica de la virgen María o azules como el mar para preocuparme cuando la enfermera de cabello oscuro levanta la mano de Haley y la apoya en la cama. Analgésicos. De eso hablaba Eva. No funcionaron durante un minuto. Nada más que Haley podía tocar ese fuego. Ahora es un crepitar y un estallido distante.

—Debería quitarme de en medio —murmura Haley, acariciando mi mejilla.

Un pellizco en el dorso de la mano. No tardará mucho.



—No vas a ir a ninguna parte, cariño. Quiero mirarte mientras me desmayo.



CAPÍTULO CUATRO

Haley

Leo mantiene una mano en mi cintura y sus ojos oscuros sobre los míos todo el tiempo que puede. La enfermera pone una intravenosa en su mano, oculta tras mi espalda, y sus voces flotan sobre mi cabeza. Nombres de medicamentos. Intervalos y planes. Consultas de Eva. Nada importa tanto como sentirlo respirar. Inhalar y exhalar. Sus pulmones están limpios. Los médicos lo curaron. Lo salvaron. Me lo devolvieron.

Sé cuándo los analgésicos hacen efecto porque las pupilas de Leo se expanden. El negro empuja las motas doradas de sus ojos. Es desgarrador, ver cómo sucede. Ha experimentado suficiente dolor como para mantener la mayor parte de él fuera de su expresión. Así de cerca, veo que todos los lugares pequeños y tensos en su cara se relajan. Veo el confuso alivio en sus ojos. Leo apoya su frente contra la mía.

—Una pena.

—¿Qué es una pena? —Le paso una mano por la nuca.

—Quiero seguir mirándote. —Sus palabras se distorsionan—. Eres la cosa más bonita que he visto nunca.

Sus párpados revolotean en *bonita* y se cierran en *nunca*. Leo apoya su cabeza sobre mi hombro, y todo su cuerpo se relaja. La mano en mi cintura recorre un lento camino hasta la cama, y no tengo nada que hacer más que envolverlo con mis brazos y sostenerlo. Es tan alto. Tan fuerte, tan sólido. Todo músculo y determinación, y ahora soy lo único entre él y una caída dura y sin gracia. Cada latido duele. No es lo mismo que haberlo visto cerrar los ojos antes. No lo es. Todavía está respirando. Todavía está caliente. Alguien ha lavado toda la sangre y el olor de su piel está ahí debajo del inconfundible jabón de hospital.

No sé que estoy llorando hasta que mi pecho se pone pesado. Cada vez pesa más, pero eso está bien. Me sentaré aquí sujetándolo hasta el final de los tiempos.

—Hey. —Eva está al otro lado de la cama ahora, la empatía y alivio turnándose en su expresión—. Te aplastará si lo dejas ahí.

Me aclaro la garganta y parpadeo para alejar las siguientes lágrimas que están a punto de caer.

—Estoy bien con eso.

Una sonrisa tuerce la esquina de su boca.

—¿Estás bien con eso o ya estás atrapada?

—Ambos.

No puedo acostar a Leo sin dejarlo caer, así que Eva se quita los zapatos y se sube a la cama. Por suerte para nosotras, se sentó cerca de las almohadas. Las enfermeras entran cuando terminamos. Sus

movimientos alrededor de la cama parecen coreografiados. Parecen una puerta cerrada entre él y yo.

—Hay comida para ti en la sala de espera. Vamos. —Eva me da una palmada en el brazo—. Deja que hagan su trabajo.

Se siente mal salir de la habitación. Doloroso de una manera que no debería ser. Trato de sacudírmelo de encima y no lo consigo.

—¿Ahora confías en ellas? No te escucharon antes.

—Hay algunas cosas que tienes que ver con tus propios ojos. Al menos tuvo el coraje para discutir conmigo.

Volvemos a la sala de espera, que se ha convertido en un espacio privado. Todos los demás pacientes en la planta han sido transferidos. Las habitaciones o cualquier sitio a los lados de la habitación de Leo tienen dos guardias de seguridad cada una. Nadie entra o sale sin que ellos lo sepan, y Eva también.

No he sido capaz de prestar mucha atención a todo eso.

Mis extremidades se sienten pesadas por el alivio y demasiado ligeras por haber dejado a Leo. El sofá me atrapa cuando caigo en él. Dos bolsas de comida para llevar esperan en la mesa de café. Eva toma su abrigo y se lo pone.

Todas mis emociones pelean entre sí para ser la que destaque. El alivio que Leo esté vivo da un golpe de gracia al miedo repentino que vino al ver a Eva ponerse el abrigo. La angustia del recuerdo de la cara de Leo hace frente al alivio y se extiende por mi pecho en una capa de dolor. Una nueva ansiedad por que haya podido suceder algo entre alejarme de la habitación de Leo y llegar aquí roza mis labios.

Entumecida. El resto de mí debería estar entumecido, pero ahora hay un mini disturbio dentro de mi corazón.

Eva alcanza el primero de los botones de su abrigo.

—¿Te vas?

—Volveré. —Sus oscuros ojos se encuentran con los míos—. Hay cosas de las que necesito encargarme. Su jefe de seguridad querrá estar aquí.

—¿Quién es su jefe de seguridad?

Eva ladea la cabeza.

—¿Nunca has conocido a Gerard?

Una risa burbujea fuera de mí. Demasiado para juntarlo todo.

—Pensé que era el mayordomo de Leo.

Termina de abrocharse el abrigo y suspira.

—Probablemente no me escucharás si te digo que deberías venir conmigo. Mi casa no está lejos, y no has dormido.

La idea de salir por las puertas de este hospital sin Leo es como un puñetazo en el estómago.

—Dormiré aquí si lo necesito.

Eva entrecierra los ojos, considerándolo.

—¿A qué hora llegaste aquí anoche?

—A las siete y diez. —Una de las enfermeras del departamento de emergencias lo gritó mientras se llevaban a Leo lejos de mí. Esa es la única razón por la que lo se.

—Si vuelvo por la tarde y no has dormido…

Levanto las manos.

—Me echaré una siesta. Lo prometo.

—Come primero. —Eva pone sus manos en sus bolsillos. Afuera en el pasillo, su equipo de seguridad se reúne. Ya deben tener su auto esperando—. Voy a dejar un equipo separado para ti.

Parte de mí piensa que debería protestar. Un equipo de personas para mí, una Constantine. Fue mi familia la que le hizo esto. La que empezó todo esto. Pero sé, mirando a Eva, que sería desperdiciar mi aliento.

—Te llamaré si pasa algo. —Una de las primeras cosas que Eva hizo cuando terminamos de hablar fue poner su número en mi teléfono. Todavía no parece real. Eva Morelli, un contacto en mi teléfono. Que tenga siquiera el teléfono ya es un pequeño milagro. No recuerdo haberlo puesto en el bolsillo de mis leggins, pero debo de haberlo hecho en algún momento.

—Bien. —Ella cuadra sus hombros—. Es de mi lugar de desayuno favorito —dice al salir—. Hazme saber qué te parece.

Su lugar favorito para desayunar. Las bolsas de papel son gruesas y pesadas, las tapas dobladas prolijamente y grapadas. Cada uno contiene un contenedor para llevar que tiene una forma familiar, pero se siente caro. Cartón grueso reciclado en lugar de espuma de poliestireno. Una vez que están los dos en la mesa, levanto la tapa del primero.

Se trata de panqueques.

Los panqueques más hermosos que he visto. Una pila de cinco, esponjosos y perfectos. Están separados de una nube de huevos revueltos por una cresta de cartón. El contenedor tiene un lugar especial para un pequeño plato de jarabe de arce.

No veo cómo podría mejorar hasta que abro la segunda parte del desayuno. La mitad del envase está repleta de fruta fresca. Fresas. Uvas. Frambuesas. Todo ha sido espolvoreado con azúcar, que es la única forma de disfrutar la fruta en el desayuno. La otra mitad es una perfecta muestra de carnes de desayuno. Cuatro rebanadas de tocino crujiente. Dos salchichas cortadas en triángulos diminutos y artísticamente dispuestas.

Tal vez sí tenga hambre.

Uno de los guardias me trae una taza de café y una botella de jugo de naranja mientras como.

Son poco más de las nueve de la mañana cuando termino. Un pozo vacío se abre en mis entrañas. La comida no hace nada para llenarlo.

Leo va a estar bien. Sobrevivió a la cirugía. Descansará mientras los analgésicos funcionan. Puedo recibir actualizaciones de las enfermeras cuando quiera ahora que Eva ha estado aquí. Pero estoy dolorida y cansada.

Y ansiosa.

Porque.

Leo no es el único por el que estoy preocupada.

Cash y papá no tienen ni idea de dónde estoy. Y no tengo ni idea de lo que está pasando con ellos. He pasado la interminable noche en el hospital, pero ahora es un nuevo día, y oh, Dios. He sido una hermana terrible. Una hija terrible. Una hija que se sentó en esta sala de espera comiendo comida de lujo cuando podría haber estado haciendo algo, cualquier cosa, para comprobar a su familia.

Me apresuro a tomar mi teléfono, abandonado sobre la mesa redonda, y presiono el botón para llamar a Cash. Ronan podría estar de vuelta en nuestra casa. Podría tenerlos a ambos encerrados en el taller de mi padre.

Se necesitan tres tonos para que la llamada se conecte.

—¿Haley? —La voz de Cash está tensa de preocupación—. ¿Estás bien?

Escuchar la voz de Cash me arrastra de nuevo al sofá. Ronan no dejó la casa de Leo y continuó su matanza en la mía. A menos que...

—¿Cómo está papá?

—Está bien —la confusión aparece en su tono—. Dime si estás bien —maldice—. Nunca debí dejarte ir a esa casa.

—No podrías haberme detenido —señalo. Me alegra mucho que Cash no lo intentara. Estaba destinada a estar allí. Tenía que estar allí, con Leo. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí, de todos modos? Debería estar con él ahora—. ¿Papá está realmente bien? ¿Ronan todavía los está manteniendo encerrados?

—Nunca regresó después de... —Una pausa. Cash probablemente está tratando de determinar si fue ayer, solo ayer, cuando me condujo

a través de las puertas destrozadas de la mansión de Leo y me dejó allí. A petición mía. Por orden mía, realmente—. Aún no ha vuelto. Pero Caroline tiene a alguien nuevo.

—¿Alguien nuevo como Ronan?

—Sí. Un nuevo hombre. Aún más peligroso.

Mi corazón cae.

—¿Cómo sabes que es más peligroso?

—Lo he conocido. —Cash da un suspiro suave—. Fui a donde de Caroline para averiguar dónde estabas.

—¿Dónde Caroline?

—Ronan estaba en la casa de Leo. Pensé… —Mi hermano se aclara la garganta—. El hombre de Caroline pensó que sabría dónde estabas, así que trató de convencerme para que se lo dijera. Pero no pude, porque no lo sabía.

Dice esta última parte con mucho cuidado, su tono lento y medido. No lo sabía. Cash no quiere que se lo diga. Las implicaciones no son buenas.

—Ella lo tiene buscándote ahora, Hales. —Una respiración profunda—. Toda la rabia de Caroline está centrada en ti. Así que no puedes volver a casa. Creo que es mejor que tampoco llames. No es seguro aquí.

No puedo ir a casa, pero no puedo ir a ninguna parte realmente. No puedo dejar a Leo. No lo haré. No hay manera de explicarle esto a Cash. No hay manera de decirle que mi necesidad de estar con Leo no es tan simple como el amor. No estoy segura de que lo llamaría así si

me presionara. Se siente como un hechizo. Como la gravedad. Algún poder mucho más grande que yo, tirando de mis huesos, tirando de mi corazón.

—No volveré a casa —le digo.

Cash se detiene, y puedo sentir cuánto quiere preguntarme dónde estoy. Con quién estoy. Lo que pasó en la casa de Leo. Darle las respuestas lo pondría en riesgo. Si el hombre de Caroline regresa a nuestra casa…

—Papá está quemando el desayuno. —El anuncio de Cash, tan familiar, tan normal, interrumpe mis pensamientos y me rompe el corazón de nuevo—. Mantente a salvo, Hales. ¿De acuerdo?

—Bien. Yo… —La llamada se desconecta antes de que pueda decirle a mi hermano que lo amo, antes de que pueda decirle que le dé el mensaje a papá, antes de nada. La próxima vez lo diré antes.

Tiro las bolsas de comida para llevar. Era demasiada comida para una persona. Me lo comí todo. Se siente bien haber comido, pero algo todavía no está bien.

Estar lejos de Leo no está bien.

A mitad del pasillo, una fila de ventanas deja entrar la luz desde un lado del pasillo. Me recuerda a la casa de Leo. A las ventanas que dan a su patio. El ángulo del sol cuando entra por esas ventanas. No voy a ser capaz de permanecer allí, tampoco. Tendré que intentar arreglar las cosas con Caroline.

Ahora no es el momento de pensar en eso.

La habitación de Leo es tranquila. Las enfermeras están fuera, en sus puestos. Han apagado el sonido de las máquinas junto a su cama, así que solo hay un suave zumbido de circulación de aire. En medio de toda esta calma, respira.

Lentamente. Uniformemente. Como si nada le estuviera haciendo daño. Supongo que no puede ser, con todo lo que están empujando a través de su vía en este mismo momento. Duerme en su lado bueno. El que no tiene la herida de bala. Las enfermeras querían que se acostara boca arriba, para darle tiempo al pecho para sanar. Era mucho pedir. Inconsciente o no.

Leo es un hombre poderoso. Físicamente. Financieramente. En todos los demás sentidos. Pero ahora mismo es vulnerable.

Un sillón pequeño es el único otro mobiliario en la habitación y me dejo caer en él, contenta de estar fuera de mis piernas inestables. Mis manos tiemblan por la llamada telefónica con Cash. Por todas sus advertencias de que no es seguro en mi casa, y tal vez en ningún otro lugar.

Es seguro aquí. Eso es lo único que sé con seguridad. Porque el hombre que sueña en la prístina cama del hospital lo hizo así a través de la fuerza de su dinero, su voluntad y su poder. Para que su familia estuviera a salvo, aunque él no lo estuviera.

Yo seré quien lo cuide ahora. No volverá a despertar solo. No dejaré que suceda.

Hago todo lo posible para mantenerme despierta. Pero he comido panqueques, y la luz de la mañana es relajante en la cara de Leo, y él está bien. Él está bien. No tiene ningún dolor.

Por una vez, no tiene dolor.

El ritmo de pasos en el pasillo, la seguridad yendo y viniendo, de ida y vuelta, me adormece.



CAPÍTULO CINCO

Leo

Hacen falta tres días para que me atreva a rechazar los analgésicos.

El nombre de la medicina no se me quedará en la cabeza. Nada lo hará. Toda mi energía está ocupada en recordar dónde estoy. *Cuándo* es. Haley pasa más y más tiempo en la silla junto a mi cama, aunque no se lo pido. Ella es lo primero que veo cuando me despierto.

Hacen falta cuatro días para que pueda convencer a Eva de que estaré bien sin los medicamentos.

Hacen falta cinco días para que desaparezcan, y entonces puedo sentirlo todo.

Ser disparado duele como el infierno. Se burla del dolor de mi espalda, se provocan el uno al otro. Pero al menos estoy despierto ahora, y consciente. Gerard trae ropa de casa. Deja caer la bolsa, obviamente hecha por la señora Page, en el alféizar de la ventana.

—La próxima vez que intentes suicidarte, no me iré.

Tal vez son los efectos persistentes del disparo, pero la audaz admisión de Gerard me aprieta la garganta.

—Entonces te despediría.

—Despídeme, entonces. Me pagaste lo suficientemente bien para que no necesite el dinero. De cualquier manera, me quedo.

En el sexto día, me levanto de la cama y aprieto los dientes mientras me ducho y me pongo un nuevo conjunto de ropa. Gerard solo ha traído camisetas sencillas, ninguna camisa de vestir, probablemente siguiendo las instrucciones de Eva. Su sombra aparece en la puerta. Debo haber hecho ruido tirando de la camiseta sobre mi cabeza, pero no hace ningún comentario.

—Lucian llamó —dice en su lugar—. Él está de camino.

Cristo. No me molesto en preguntar por qué mi hermano mayor hace acto de presencia. Para hacer un alarde de sí mismo, estoy seguro.

— ¿Todavía está dormida? —le pregunto a Gerard.

Haley está descansando al otro lado del pasillo. Fue una discusión, hacer que accediera a una siesta. Al final forcé el asunto. Ha estado a mi lado sin falta, pero ahora tiene que dormir.

— Sí. —Gerard me ve tomar el teléfono.

Duele. Todo todavía duele.

—Que me parta un rayo si voy a reunirme con mi hermano en una cama de hospital. Vamos a buscar una sala de espera o mejor aún, un poco de café de mierda. Necesito cafeína si voy a enfrentar a mi hermano en este momento.

—No hay razón para apresurarse en…

—Esto no es apresurarse. —La única concesión que hago es caminar hacia la puerta a un paso medido que roza la lentitud. Cualquier intento de ir más rápido y mis puntos se estirarán en una línea ardiente. Gerard se pone a mi lado en el pasillo y bajamos a una sala de espera más grande en el extremo opuesto—. Esto es una mierda familiar. Si prefieres sentarte…

—No.

—Entonces guárdate las objeciones.

Los dos nos sentamos en una mesa redonda junto a una ventana. Hay una taza de espuma vacía con restos oscuros de café dentro. Parece que vino de una máquina expendedora, lo que significa que no voy a beber. Yo no admitiría esto a Haley, pero soy un snob del café. Solo tostado francés para mí. Me desplazo a través de mi teléfono y pretendo que el paseo aquí no me ha pasado factura. Que mi pecho no está palpitando. Que mi espalda entera no está chispeando con el dolor de los nervios.

Nada de eso importa. Ahora tengo que centrarme en hacer planes. Este juego entre Caroline y yo comenzó hace mucho tiempo, y ahora las piezas han sido golpeadas alrededor del tablero de ajedrez. Ahora Haley es parte de ello. Ese fue el error de Caroline. Y el mío también, si soy honesto.

La usé, y terminé encariñándome.

Lo que me ha puesto en la posición de proteger a una Constantine de su propia familia.

Lo haré. Por supuesto que lo haré. Pero con distancia entre nosotros. Esa escena emocional salvaje cuando me desperté antes fue el resultado de analgésicos y shock. El sentido que tenía de que el mundo cambiaba el equilibrio debe haber sido una ilusión. El alivio que sentí…

Era un sentimiento para otro hombre. No para mí. No amo a la gente así.

No puedo. Es demasiado peligroso.

Escenas como esa no pueden continuar. No lo harán. Por el bien de Haley. Ella quiere su libertad. Por supuesto que lo hace. Los pájaros siempre quieren volar. No puedo mantenerla a salvo si está vagando por los cielos.

Sigo pensando en Haley cuando llega Lucian.

Su voz baja por el pasillo, pero las palabras no son claras. No necesito una transcripción para saber que saludará a la seguridad con leves pullas por el número de guardias en el pasillo. Alguien le señala en nuestra dirección. Gerard mantiene una expresión cuidadosamente neutral.

Mi hermano mayor aparece en la puerta unos momentos más tarde. Está vestido para la oficina, y está solo.

—Tengo que decir, Leo, que estoy jodidamente ofendido.

—Me alegro de oírlo.

Lucian avanza por la habitación, desabotonando su chaqueta, y toma la silla frente a mí.

—¿Estás en el hospital por días y ni siquiera llamas?

—No me sentía bien para las visitas.

Lucian frunce los labios. Él es la última persona en la faz de la tierra que me puede reclamar sobre las visitas.

—¿Qué le hiciste a Caroline Constantine?

Las palabras se amontonan hasta la punta de mi lengua. *Empecemos con lo que Caroline Constantine me hizo a mí*. Pero el secreto ha dejado cicatrices. No se lo diré a Lucian a menos que tenga que hacerlo.

—Tuve una reunión con ella.

—No me mientas, Leo. —Hay un destello de verdadera irritación en sus ojos—. Ella no envió a alguien a asesinarte a sangre fría debido a las negociaciones del contrato.

—Obviamente no le gustó el resultado.

Se ve tenso. Hay bolsas bajo sus ojos como si no hubiera estado durmiendo.

—Si no me dices cuál fue el resultado, entonces tendré que gastar valiosos recursos para…

—Caroline quería que disolviera el contrato con Philip. No iba a hacerlo por nada.

Lucian huele sangre en el agua. Un destello llega a sus ojos.

—¿Una compra?

—Un pago. Le di una paliza sangrienta y la eché.

Gerard hace un sonido que podría ser de desaprobación, pero sigue manteniendo la cara de piedra.

Lucian se frota una mano sobre su boca. Mi hermano me mira arriba y abajo de la manera familiar que siempre he odiado. Como si estuviera tratando de ver en mi cerebro, para ver lo que me hizo hacer lo que hice. Lo veo descartar las primeras cosas que está planeando decir.

—¿Qué analgésicos te han puesto?

—Ninguno.

Lucian estrecha los ojos.

—¿De quién fue esa elección?

—Mía.

—¿Cuánto te duele?

Desearía saberlo.

—Duele menos que tener que escuchar tus preguntas.

Se ríe, sonando un poco asombrado.

—Qué carácter.

Me resisto a la necesidad de cubrirme la cara y dejarle fuera. Apagar todo. Es por eso que me llaman la Bestia de Bishop's Landing. Es más fácil enfurecerse con todos. Así dejan de investigar mis secretos.

—¿Hay alguna razón por la que estás aquí?

Lucian sacude la cabeza.

—Estoy aquí para ayudarte con cualquier plan tonto que tengas antes de que te maten.

—Lo siento, hermano mayor. Me las arreglé para seguir vivo sin ti.

—¿Y qué pasa con el resto de la familia? ¿Qué pasa con Eva? ¿O Eden? ¿O Lisbetta?

—Lizzy está en un internado en la maldita Austria. Está bien. Está a salvo.

—Tenemos que hablar de estrategias —dice Lucian—. Ya he enviado a mi gente a tu casa.

—Tengo suficiente gente.

—Obviamente no, si el bulldog de Caroline entró en tu casa y te disparó.

Gerard se endurece a mi lado. Sería un terrible reflejo de su trabajo si no hubiera detenido a Ronan.

—Lo dejé venir.

Por primera vez, hay una llamarada de ira en los ojos de Lucian y algo más. ¿Arrepentimiento? ¿Pena? La familia Morelli conoce la frialdad, no las emociones.

—¿Qué hiciste qué?

—Había tenido suficiente, así que los mandé lejos a Gerard y al resto del personal y dejé que Ronan viniera.

Su mandíbula se aprieta.

—No tienes suficiente gente cubriendo el terreno tal como está. ¿Y ahora los estás enviando lejos? Si todavía quieres morir…

—No quiero.

—A pesar de todo, necesitas gente para…

—Innecesario.

—Leo. —Su puño golpea la mesa y se abre—. No hagas esto difícil.

La forma en que lo dice es tan extraña que me toma un momento tamizar a través del significado. Sus palabras son una vieja amenaza. El tipo que solía hacer cuando éramos niños, si estaba cerca para hacerlas. Pero su tono está todo mal.

Más bien del tipo, *por favor, déjame hacer esto por ti.*

Nuestro padre no se molestó en golpear a Lucian, porque Lucian no siente dolor. Trató de mantenerlo en secreto, pero todos lo podíamos ver. No le daba ninguna alegría a mi padre abusivo darle una paliza a alguien que se rio a su manera.

Así que se volvió hacia el resto de nosotros.

Traté de desviar la mayor parte de la atención, especialmente lejos de mis hermanas. Lucian podría haber hecho más para protegernos, pero se distanció de la familia. Parte de mí se resiente por eso. La otra parte de mí está celosa de que pudiera.

—Bien. —No tengo la energía para discutir. Tampoco quiero que sepa eso—. ¿Cuáles son los rumores en la ciudad?

— ¿Acerca de ti?

Hago un gesto vago a la sala de espera del hospital.

—Sobre todo esto.

—Silencioso, y Eva jugó un gran papel al mantenerlo en secreto. La próxima vez que te disparen, podrías tener la cortesía de avisarme.

—¿Quieres que llame para decir que estoy enfermo? Lamento decepcionarte, pero no trabajo para ti. —Cierto, aunque sea técnicamente. Todo lo que hacemos se canaliza a través de Morelli Holdings, pero mantengo mi día a día en gran medida separada de la de Lucian. Oficina separada. Dirección separada.

—Pensé que podrías estar muerto. Es inusual que un Morelli desaparezca de la faz de la tierra, y pensé… —Una pausa más breve—. Puede que no seamos cercanos, pero somos hermanos.

Lucian se sienta al otro lado de la mesa con su traje de seis mil dólares como si fuera la sala de juntas de Morelli Holdings. Pero no hay sonrisa burlona en su cara. No hay brillo salvaje en sus ojos, como el que hay cuando está viendo la escena de la gente en su club. No comparto las cosas con Lucian como regla general; ninguno de nosotros lo hace, por lo que Eva no lo llamó. Y por eso tardó tanto en enterarse que estaba aquí.

Parece que podría haber estado preocupado.

Parece que aún podría estarlo.

Le doy la vuelta al teléfono y lo empujo a través de la mesa, un movimiento que me cuesta más de lo que dejo ver.

—Esto es lo que he planeado para el viaje a casa.

Lucian mira hacia abajo y se burla.

—No. Si quieres llegar vivo, no lo es. No ahora que Caroline te quiere muerto.

Este es el momento para decirle sobre Haley, si voy a hacerlo. Para decirle que no es solo a mí a quien persigue Caroline. Decirle que el corazón de otro Constantine es mi mayor preocupación.

No lo hago. No puedo confiar en él. Ha sido la mano derecha de mi padre durante tanto tiempo. Le dio la espalda a sus hermanos cuando lo necesitábamos. Haley es demasiado valiosa para arriesgarse.

—Entonces haz un plan mejor.

Me devuelve el teléfono y saca el suyo, luego comienza a salpicar a Gerard con preguntas sobre vehículos y equipos de apoyo y si hay algún lugar en el terreno para albergar a más personas o si deberían estar estacionados en la carretera en una propiedad cercana. Estoy escuchando a medias los planes de Lucian. Sin los analgésicos, es más difícil dormir. Estoy cansado. Nadie habla nunca de lo cansador que es sobrevivir a un tiroteo a corta distancia. Tan cobarde por parte de Ronan. Un cuchillo habría demostrado un compromiso real con el acto.

Pero si fuera un hombre más dedicado, entonces Haley también podría estar muerta. Mi corazón se aferra al pensamiento. Se retuerce y se exprime. La idea que su piel se enfríe convierte mi sangre en hielo y dolor. Las voces de Lucian y Gerard cortan completamente el dolor. Lo alejo. Haley está viva. Estamos a salvo por el momento.

Toda esta mierda del hospital me está convirtiendo en alguien que no reconozco. Alguien verdaderamente a merced de las emociones. Tal vez no es tan malo que Lucian esté aquí. Al menos con

su condición, sin los gritos constantes de dolor, puede pensar con claridad.

Preparo todas las palabras. *Hay alguien más. Haley Constantine. Está dormida en la habitación de enfrente. La hija de Philip. Necesito que la protejas, como nunca me protegiste a mí.*

Lucian hace una pausa en su ida y vuelta con Gerard y me mira. Debo haber dejado ver algo en mi cara.

—¿Algo que añadir?

Ahora. Podría decírselo ahora mismo. Podría tener alguna forma de ayudar. Un viejo instinto me pone una gran mano sobre la boca. Era más como mi padre que cualquiera de nosotros. Confiar en él es un riesgo enorme. Nunca lo he hecho en todos estos años.

Lo haría por Haley. Confiaría en él por ella, si estuviera seguro de que la salvaría, si estuviera seguro…

No estoy seguro. Joder. Mi herida de bala me duele con cada respiración. Me duelen las cicatrices. Mi cabeza pesa. Si se lo digo, entonces Lucian sabrá cómo me siento. Él sabrá que Haley es mi debilidad. Si tiene incluso una décima parte de nuestro padre dentro de él, la usará para llegar a mí.

—Necesitamos una estrategia. —Un latido de dolor tan fuerte como un puñetazo casi me hace inclinarme hacia adelante sobre la mesa. Casi—. Tenemos que estar por delante de la gente de Caroline.

Mi hermano me estudia como a un experimento científico.

—Haré que Trenton vigile la ciudad. Seguridad extra en la casa, como he dicho. Los otros…

Se refiere a nuestros otros hermanos.

—Yo me encargo.

—Tú manejas la seguridad de Eva, pero…

—De todos nosotros, Lucian. Todos excepto tú.

Lucian parpadea, y por un segundo parece abatido. Luego su expresión cae de nuevo en la seriedad que reserva para el importante negocio de Morelli.

—Eso es un poco de trabajo extra.

—No había nadie más para hacerlo.

Tengo razón, y él lo sabe. Organizar la seguridad de siete adultos en diferentes hogares no puede dejarse a una compañía ajena indiferente. No cuando tu apellido es Morelli. Así que he sido yo el que lo ha hecho todos estos años mientras mi padre dirigía Morelli Holdings y le enseñó a Lucian cómo tomar su lugar. He sido el cabeza de familia por defecto mientras mi padre y mi hermano empezaban guerras por toda la ciudad.

—Bueno. —Lucian aclara su garganta—. Deberíamos tener una reunión al respecto. Dividir la carga de trabajo.

—No es algo que puedas olvidar. O dejarlo caer en cualquier momento. O perderlo de vista. No es algo que deberías ofrecer a menos que lo digas en serio, Lucian.

—Por supuesto que lo estoy diciendo en serio —dice.

—Nos reuniremos primero —corta Gerard. Se inclina hacia mí como si temiera que me desmayara. El dolor está alcanzando su punto máximo—. Lo discutiremos y volveremos a ti con opciones.

—Me parece bien. —Lucian se endereza—. Mientras tanto…

—No sé qué hará Caroline. —Odio que una pizca de incertidumbre se haya colado en mi voz, pero encuentro los ojos de Lucian a pesar de ello—. Ese es el factor sorpresa en este plan. No sé qué va a hacer. Es un animal salvaje que lleva putas perlas.

—Nada por el momento —promete Lucian—. Me aseguraré de ello.

—Entonces ustedes dos pueden trabajar en los detalles. Envíamelos por correo electrónico y lo aprobaré. —Y déjame salir de esta maldita habitación antes de que estalle en llamas o me duerma sobre la mesa. Me levanto sin hacer ningún ruido que delate el dolor. Un logro. Gerard hace una pregunta baja, y Lucian responde. Creo que han dejado de prestarme atención hasta que llego a la puerta.

—Leo.

Lucian está mirando. Siempre está mirando. Es lo segundo más inquietante de él.

— ¿Es malo?

Solo puedo asumir que está hablando del dolor, pero no me importa averiguarlo. Todo es malo. Es jodidamente terrible. El dolor. La necesidad de proteger a Haley. La forma en que me odiará cuando lo haga. Salvo un misil nuclear, estaremos a salvo en mi casa. La

pregunta es si alguna vez será seguro para ella irse. No la dejaré ir hasta que lo sea. Tal vez ni siquiera entonces.

Haley aún no sabe que será mi cautiva.

A pesar de todo lo que le he hecho, sigue siendo inocente. Una inocente que me odiará cuando se dé cuenta que no voy a liberarla, incluso si es por su propia seguridad.

Ella me va a odiar.

Solo me quedo el tiempo suficiente para responder a su pregunta.

—Peor de lo que puedas imaginar.



CAPÍTULO SEIS

Haley

La forma en que salimos del hospital no se parece en nada a la forma en que entramos.

Uno, Leo está vestido. Nadie ha tenido que cortar su camisa y arrancarla. Lleva su magnífico abrigo negro, traído de casa. Dos, está caminando.

Tres, estamos rodeados de trajes oscuros. No hay paramédicos con guantes azules o enfermeras en batas azules. Solo Gerard a la derecha de Leo, y yo a la izquierda, y un equipo de seis personas que nos escoltan a un ascensor del personal fuera de la sala de espera. Otro hombre vigila el exterior, y la puerta se abre para revelar a una mujer dentro, su cara una máscara profesional.

Quiero que sea exagerado. Quiero que sea demasiado para la situación.

Sé que no lo es.

Mi cuerpo sabe que no lo es. Estoy bastante segura de que mi presión arterial se dispara en cuanto salimos de la sala de espera, y no

vuelve a la normalidad. Yo ni siquiera fui la que recibió un disparo. Solo era un testigo. No, no puedo pensar en eso ahora. Sacudo el recuerdo de mi cabeza y sigo en movimiento.

Una fila de camionetas negras nos espera en una salida aislada a un lado del edificio. Han montado una carpa para cubrirnos mientras vamos desde la puerta hasta el tercer todoterreno en la alineación. Leo rueda los ojos hacia la carpa.

—Esta es la última vez que te dejo planear algo con Lucian —le dice a Gerard.

—Teníamos tu aprobación —señala Gerard.

—Me perdí la parte de la propuesta donde nos volvíamos paranoicos.

Gerard no dice nada, pero mi corazón late. Los chistes secos de Leo no ocultan la forma en que escanea la acera, la calle, los todoterrenos. La forma en que mantiene su mano firme en la parte baja de mi espalda y me dirige como si no pudiera soportar estar afuera. Un guardaespaldas mantiene la puerta abierta, y Leo me ayuda a entrar sin mirarme. Está siguiendo un coche mientras pasa por la carretera.

No puedo dejar de mirarlo.

Duele ver la forma en que su mandíbula se aprieta mientras se sube al todoterreno y la serie de respiraciones rápidas que toma. Duele más que todavía siga siendo tan hermoso. Sus ojos tienen un brillo oscuro que contrastan con la piel más pálida por culpa de los días pasados en el interior. El cuerpo de Leo puede estar herido, pero es una obra maestra herida.

El guardaespaldas cierra la puerta y la fila de todoterrenos empieza a moverse.

Leo se aleja de mí.

Solo lo noto porque lo estoy viendo como una heroína, enferma de amor, de uno de mis libros. Tal vez estoy enferma de amor. Tal vez eso es lo que es este dolor, y lo que es este alivio. Tal vez estoy cansada de dormir en la cama de hospital y el sofá de la sala de espera.

O quizás es porque sé lo que tengo que hacer, y a Leo no le va a gustar.

La ciudad pasa por fuera de las ventanas y Leo cambia para poner más espacio entre nosotros.

—¿Es demasiado? —Sus ojos se encuentran con los míos en la pregunta—. Para sentarse en el coche, quiero decir.

—Es tolerable.

—¿Hay algo que pueda hacer para hacerlo más fácil?

—No.

Leo no quiere hablar, entonces. Me trago mis preguntas y miro por la ventana. Obviamente tiene dolor. La herida de bala en su pecho no está curada y su espalda le molestará al tocar el asiento. Eso es lo que es esto. Él solo parece un hombre diferente porque estamos en una de esas transiciones raras entre mundos. Del hospital a casa. Y después de eso…

Seguirá siendo el hombre que me tocó la cara y me dijo que quería ser mejor para mí. Leo dijo eso mientras estaba sangrando en el suelo.

Mientras pensaba que no le quedaba tiempo. Trató de decir que me amaba.

Mi corazón se salta un latido y mi garganta se aprieta. No esperaba que se despertara y terminara la frase. Lo que hizo cuando se despertó, terminó la frase. La forma en que estaba, asustado y con los ojos desorbitados hasta que me vio, terminó la frase.

No necesito que lo diga para saber cómo se siente.

Le robo un vistazo a Leo, pero está mirando el camino que tenemos por delante con una concentración decidida.

Tal vez necesito que lo diga.

Deslizo mis manos en los bolsillos del abrigo prestado de Eva -de un rosa profundo con un forro interior blanco que es suave como las nubes- y no digo nada.

Los otros todoterrenos se separan de la línea que nos rodea, uniéndose a intervalos que no puedo seguir. En el momento en que estamos en el camino a la casa de Leo todos ellos están de vuelta. Cuento cuatro que se desvían delante de nosotros, y luego vamos a través de las puertas, también. El metal que Ronan destruyó ha sido reemplazado y dos guardaespaldas esperan, uno en cada pilar de piedra. Mi corazón, que se había asentado ligeramente en el viaje, acelera el ritmo. La gente se alinea en la entrada. En los terrenos. Lejos, en el borde del bosque, los hombres patrullan.

Si estos son los guardias siendo tan obvios, hay otros que no veo.

El todoterreno se detiene frente a la casa-castillo de Leo. Gerard ya está allí, dirigiéndose a la puerta principal. Él la abre. Habla con

alguien dentro. Habrá más gente dentro, ¿no? La primera vez que vine aquí, dos guardias me esperaron en las escaleras. Ahora hay cuatro.

No me hacen sentir más segura. Hace que mi pulso se acelere en un registro cerca del pánico. Bien. Ese es exactamente el estado de ánimo en el que quiero estar en este momento, pánico. Tomo una respiración profunda y trato de ignorar la presión premonitoria alrededor de mi pecho. Tantos guardias implican que los dos estamos en peligro. También significa que podría estar atrapada. No podré salir corriendo al garaje y requisar un coche para huir de la escena.

No es que quiera huir de la escena. No quiero.

Leo sale primero y me ofrece su mano. Está en la punta de mi lengua rechazarlo. Todavía está herido. No debería estar ayudándome a salir del coche. Pero mi corazón se aprieta de nuevo. Cualquier vez que le ponga la mano encima podría ser la última vez. Esta gente no puede protegernos de todo.

Tomo su mano y me meto en un amargo día de invierno. El sol resplandece en la nieve, cegador. Es demasiado después del hospital. A Leo no parece importarle. Se concentra en subir las escaleras y entrar en el vestíbulo.

Tenía razón. Seis guardias de seguridad han tomado posición en el vestíbulo.

Leo suspira.

—No vamos a hacer esto.

—Este es el plan que tú aprobaste —dice Gerard.

—No, yo aprobé seguridad extra para los terrenos. ¿Se ha despejado el piso de arriba? —pregunta Leo. Uno de los hombres detrás de Gerard asiente—. ¿En los últimos diez minutos? —El hombre asiente de nuevo—. Dos hombres en el vestíbulo. Un barrido en el piso superior una vez cada dos horas. Quienquiera que tengas en las otras salidas y entradas puede quedarse, pero quiero a todos los demás fuera de la vista.

Uno de los guardias parece que quiere discutir, pero el momento se rompe y todos se dispersan. En segundos se esconden detrás de las puertas y por los pasillos.

Leo se dirige a las escaleras. Me quedo a su lado, y a medida que pasamos, Gerard abre la boca para hacer una pregunta.

—Más tarde —dice Leo, antes de que Gerard pueda hablar—. Más tarde.

Mi pulso retumba en mi cuello todo el camino por las escaleras. No estoy segura de que Leo deba tomar las escaleras, pero no hago comentarios. Lo que tengo que decir cuando lleguemos a la cima ya es bastante difícil.

Leo cierra la puerta de su habitación detrás de nosotros y permanece allí durante un largo momento con la palma en madera pulida. Su cara es diferente cuando se aleja. Baja la guardia. Sus manos trabajan en los botones de su abrigo, y se encoge de hombros para revelar su ropa debajo. Una camisa simple y negra que sé que es el algodón más suave imaginable. No debería ser posible que los pantalones vaqueros se vean tan caros, pero lo hacen.

Pasa de mí al vestidor y vuelve sin el abrigo.

Y luego…

Leo cambia de nuevo. Sucede tan rápido que podría parpadear y perdérmelo. Vuelve a levantar la guardia. Se tambalea. Nota mi abrigo, mis manos en los bolsillos, mi proximidad a la puerta.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Trago contra una boca seca.

—Leo, debería irme.

—Una mierda que deberías. ¿De qué estás hablando?

—Sé que parece malo. —Mis palabras caen una encima de la otra, y una vez más, soy la chica con su espalda contra la pared, frente a la Bestia de Bishop's Landing. Solo ahora sé que puede ser herido. Puede ser herido—. Es malo. Pero tengo que hablar con la tía Caroline. Tengo que tratar de hacerla entrar en razón.

Leo me mira como si fuera una extraña. Como si nunca me hubiera visto antes. Como si no lo hubiera tenido en mis brazos y le hubiera rogado que viviera.

—No se puede hablar con esa perra.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos. Maldición. No iba a llorar, pero todo está tan cerca de la superficie.

—Sé que fue Caroline quien te lastimó. Ella es la que te hizo esas cicatrices en la espalda. —Me trago un sollozo y lo reprimo. Lo sofoco. No estoy haciendo eso. No lo haré—. Tú mismo me dijiste que casi morías. Y ahora ella intentó matarte de nuevo.

El horror en los ojos de Leo se transforma. Se afila hasta que podría cortarme y estallar en llamas. Se acerca a mí y se me eriza el vello de la nuca. Mi cuerpo se paraliza. Hay tres opciones ante un depredador mortal. Huir. Luchar. Congelarme. No podría correr hacia la puerta aunque quisiera. No sé cómo lo hice antes.

Leo se detiene a centímetros de mí. No le tengo miedo, no lo tengo, pero estoy temblando bajo mi abrigo rosa. Vale. Tengo miedo. Pero no de él. No solo de él. De la forma en que me siento ahora mismo, temblorosa y mareada y al borde de las lágrimas por un amor que se siente completamente fuera de control.

Él espera, y yo me quedo allí como una tonta, mirando la parte delantera de su camisa. Hay un vendaje debajo. Una herida de bala. De poner su propio cuerpo entre mí y un arma. Una lágrima se desliza por mi mejilla y cae en la alfombra. Tengo demasiado calor con el abrigo, demasiado calor estando tan cerca de él. Ahora que hay una puerta cerrada entre nosotros y el resto del mundo, estoy dividida entre la valentía y la necesidad de desmoronarme y dejar que me atrape.

Mi propio ángel caído toma mi barbilla en su mano e inclina mi cara hacia arriba, su agarre duro y posesivo.

—Mírame.

—Te estoy mirando.

Pero no lo estoy. Mis ojos todavía están atrapados en su camisa, en la tela que oculta donde le dispararon. Leo me sacude la barbilla con fuerza.

—Bien —susurro, encontrando sus ojos. Oscuridad dorada me espera, clara como el cielo nocturno. Su mirada es aguda como un disparo. Destellos de dolor, ocultos detrás de la belleza ardiente de esos ojos. No se oculta detrás de una neblina de analgésicos. Mi pulso se acelera con el contacto. El calor de sus dedos en mi cara es secundario, solo superado por el efecto de la quemadura por sus ojos encontrándose con los míos.

—Tú —dice, su tono deliberado—. No vas a ninguna parte.



CAPÍTULO SIETE

Haley

El agarre de leo se aprieta en mi cara hasta que está a un suspiro del dolor. Otra lágrima se desliza. Al igual que yo, para caer en pedazos en cuanto hay un ápice de seguridad.

Solo que debería saberlo mejor. Lo *sé*. Puede que Leo me quiera, pero el amor no le ha ablandado. No esperaba que lo ablandara, nunca lo esperaría. Todos mis pensamientos se enredan en un nudo. ¿Cómo se supone que debo pensar, cuando es tan hermoso y malo, y estoy tan aliviada de que esté vivo?

—¿Qué quieres decir? —Es una loca puñalada de valentía, cuestionarlo cuando me está tocando así. Me recuerda a su comedor. De la forma en que me hizo sentir tan humillada y caliente y cómo todavía no lo he superado—. Estoy tratando de ayudarte.

—¿Haciendo que te maten? No.

—No estás pensando bien porque Caroline te hizo daño, y no ves que la única manera de parar todo esto es hablar con ella. Podría hablar con ella. Somos familia, así que hay una posibilidad...

—*Yo* no estoy pensando bien. —Sus ojos queman mis labios, mi garganta—. Estás temblando y llorando, y soy yo el que está fuera de sí.

—Quiero que estés a salvo. —Las palabras se deslizan en un susurro ahogado—. Cuando salgas de tu casa, quiero que estés a salvo.

Leo se inclina y me besa con tanta fuerza que un grito sube a la punta de mi lengua. Se aparta con un mordisco y me lame el labio irritado con la lengua. Y se queda cerca. Lo suficientemente cerca como para sentirle decir:

—Eso no existe. No para mí.

—No hay... —La habitación más allá de él se desdibuja y se convierte en un lavado de luz invernal y muebles oscuros—. No hay tal cosa a menos que vaya a hablar con Caroline.

Suelta la mano y una parte de mí se derrumba ante la pérdida del contacto. No sé cómo lo hace. No sé cómo es tan horrible y maravilloso al mismo tiempo. No sé cómo me hace sentir tan desesperada por él que tengo que tragarme otra oleada de lágrimas.

—Quítate la ropa.

Mis manos ya están en los botones del abrigo. No estoy en condiciones de negociar. Lo quiero, y quiero salvarlo, y solo se me ocurre una manera de hacerlo.

—Si lo hago, ¿hablarás conmigo?

Un paso atrás le da el espacio que necesita para recorrer con sus ojos mi cuerpo. Es la misma mirada evaluadora que me lanzó la noche

que nos conocimos. Como si viera a través de mí, a través de la valentía sacudida hasta la incertidumbre dolorosa que hay debajo.

—Te quitarás la ropa y yo haré lo que jodidamente quiera.

No es justo que una orden suya sea suficiente para que tantee los botones del abrigo y me apresure a quitármelo de los hombros. Hace demasiado calor para llevarlo dentro. Dejarlo caer al suelo me produce un dulce y fresco alivio. Durante un instante. Luego, el calor vuelve a crecer entre mis piernas y se extiende por mi columna vertebral. Esto, al menos, es terreno conocido. Este es el juego al que jugamos. Leo me hace cosas terribles, cosas que debería odiar, y yo jadeo por él y me vengo por él y lloro por él.

Me paso la camisa por encima de la cabeza. La tela me da guerra. Leo mete las manos en los bolsillos y sé, *sé*, que cada movimiento que hace está cuidadosamente planeado. No va a hacer una sola cosa sin sopesar lo que le va a costar. Y le está costando. Leo es bueno ocultando muchas cosas, pero no puede ocultar las sombras bajo sus ojos.

Mi sujetador es lo siguiente. Los ojos de Leo trazan un camino por mi cuello, pero su expresión se mantiene acalorada por la irritación y la determinación. Son las primeras burbujas diminutas que suben a la cima de una olla de agua hirviendo. Un hervor que siempre está ahí para él. Es un dolor real, no una ira real. Una fachada para evitar que la gente conozca sus secretos. De todos modos, hace que me tiemblen las manos.

Está tan tranquilo, y mi mente no está tranquila. Mis pensamientos están en una pelea a gritos. Uno grita que debería correr

antes de que tenga la oportunidad de detenerme. Otro comenta que esto es una tontería. Si quisiera huir, podría haberlo hecho mientras él estaba inconsciente en el hospital. No. He estado corriendo hacia él desde aquel primer día. Reconozco este sentimiento de cuando murió mi madre y no parece importar que ahora sea más mayor: todo lo que quiero es tierra firme.

Los suaves leggins que me trajo Eva en el hospital no se van fácilmente y los empujo, sin gracia y sin ver, hasta que uno de ellos se me engancha en el tobillo y caigo sobre la alfombra en un montón semidesnudo.

Todas las lágrimas que estaba conteniendo estallan en un feo sollozo. No me permitiría llorar así en el hospital. No podría. No con la hermana de Leo allí, y con la gente entrando y saliendo constantemente, y con el terror, momento a momento, de que a Leo le pasara algo y que ninguna de las máquinas o los especialistas pudiera detenerlo.

Entré en ese lugar con la garganta en carne viva por los gritos y las súplicas para quedarme con él, y salí con la garganta dolorida por mantener esto contenido dentro de un cuerpo que no es lo suficientemente grande. Mis huesos deberían haberse roto por el esfuerzo. Y este sería el momento en que caigo al suelo y lloro, y sería el momento en el que Leo lo ve todo y...

La alfombra es un suave rasguño contra mis palmas. Me alejo de ella como si fuera culpa de la alfombra lo que ha ocurrido.

—Levántate.

El tono de Leo es tan exigente como nunca lo he oído. Malvado y frío. El tipo de frío que quema.

—Estoy tratando de hacer lo que dijiste. —Mis dedos son inútiles en los leggins. Están pegados a mi tobillo porque todavía tengo puestas las bailarinas, y es tan horrible, tan vergonzoso. No puedo soportarlo. No puedo quitarme esta maldita cosa—. Dijiste que me quitara la ropa, estoy tratando de quitarme la ropa…

Da un paso adelante. Y en medio de todo mi balbuceo sin sentido, Leo se agacha frente a mí.

Me destroza, verle hacerlo a través de todas estas lágrimas. Me rompe el corazón. El movimiento es fácil y practicado, como si no tuviera ningún dolor. Pero lo tiene. Sé que lo tiene. Nadie debería manejarlo tan bien. *No deberías hacer esto*, quiero decirle. No lo hago. No puedo dejar de llorar lo suficiente para decir las palabras.

Leo me quita una zapatilla de ballet y luego la otra, lanzando ambas hacia la puerta. Los leggins se desenredan para él. No lo harían por mí. Me los quita suavemente del tobillo y los deja caer al suelo.

Y entonces se acerca a mi cara.

Me limpia las lágrimas con la yema del pulgar y me roza la otra mejilla con sus nudillos. No puede haber hecho mucha diferencia. Sigo sin poder dejar de llorar. Cuando termina, me acuna la barbilla en su mano. Tengo las mejillas tan calientes que me duele. Él está tan vivo que duele. Leo parece que podría haber salido de una revista, incluso con una simple camisa negra, y yo parezco un desastre.

Soy un desastre.

—Cariño. —La palabra podría ser un chasquido de sus dedos—. He dicho que te *levantes*.

Leo me da unas palmaditas en la parte inferior de la barbilla. Se levanta.

Se aleja.

Se pierde de vista para cuando me pongo de pie. Mis pulmones no toman suficiente aire. No debería ser así. No debería necesitarlo como el aire.

Pero lo hago.

La orden que me dio parece un salvavidas, así que me aferro a ella para pasar los segundos. Me quito las bragas, con cuidado, y las dejo caer al suelo con el resto de mi ropa. El agua corre en su baño, el sonido es tan sordo que no lo oiría si no estuviera escuchando con toda mi atención.

Puedo sentir su ausencia en el aire. Se mueve sobre mi piel de manera diferente cuando él no está aquí. Toca las partes desnudas y expuestas de mí en lugares que Leo no ha tocado. Tal vez esta es la lección. Tal vez quererlo así, y que él se retenga para no hacer lo mismo, esa es la lección que se supone que estoy aprendiendo ahora.

O tal vez estoy perdiendo la cabeza.

Los sollozos se vuelven controlables, pero las lágrimas son otra historia. Cruzo los brazos sobre el vientre y los descruzo. Leo no soportará que esconda mi cuerpo, pero eso no hace que sea menos incómodo estar aquí desnuda con las manos a los lados. No hace frío en su casa. La temperatura es perfecta, de hecho, para que una

persona esté desnuda. Si hay alguna incomodidad en este momento, es por mi propia vergüenza y pudor.

Y por mi corazón agrietado y aterrorizado.

Podría ser más fácil de soportar si pudiera poner palabras a la sensación. Pero probablemente no.

Las lágrimas saladas caen sobre mi piel. No tiene sentido limpiarlas. A Leo le gusta que llore -ya me ha castigado para que lo vea-, así que, de una manera muy jodida, esto es perfecto. En otro sentido, es un infierno. Si tuviera que elegir entre Leo con una correa y ver cómo le disparan, elegiría la correa siempre. Elegiría el orgasmo mortificador cada vez. El pánico se apodera de mí con mi próximo aliento y lo expulso tan rápido como puedo. Ronan no está escondido bajo la cama.

Resisto el impulso de comprobarlo.

Mucha gente ya lo ha hecho, y apuesto a que la consecuencia de equivocarse no es un despido rápido sin indemnización. Vi la cara de Gerard cuando caminaba por los pasillos del hospital. Vi la cara de Eva.

Nada puede llegar a nosotros dentro de estas paredes.

El problema está en el mundo. Leo no puede quedarse aquí para siempre, y yo no querría que lo hiciera. No querría que Caroline tenga tanto poder sobre él. Ella ya ha hecho demasiado daño.

Es bueno que Leo no haya dicho que deje de llorar, porque está más allá de mí. Todo está más allá de mí, incluyendo una explicación

decente de por qué tengo que irme. Tengo que ir con Caroline. Es la única manera de salir de esto.

No. Eso no es cierto. No hay forma de salir de esto, una guerra eterna entre los Morelli y los Constantine, con mil rencores y discusiones superpuestas. Lo mejor que puedo esperar es una tregua. Un punto muerto. Leo no cree que sea posible. Si no puedo convencerlo, ¿cómo voy a convencer a Caroline para que nos deje en paz?

Que deje a Leo en paz. Que deje a mi padre y a Cash en paz. Se me revuelve el estómago. ¿Qué fue lo que dijo Ronan cuando se iba? *No queda nada para ti en esa familia.* Una pequeña y tonta esperanza brota. Si no queda nada para mí en lo que respecta a los Constantine, entonces Caroline podría escuchar.

Leo sale del baño y cruza al vestidor. Se me erizan todos los vellos del cuerpo. Me gustaría que me castigara. Si lo hiciera, sabría que está bien. Me devolvería a mi cuerpo. Y al final, sería bueno. Maldito sea, sería tan bueno.

Reaparece un minuto después y, al pasar del pasillo a la habitación más grande, la luz del invierno cae sobre su rostro y su ropa.

Mi corazón se detiene. Mis rodillas se tambalean. Debería volver a hundirme en la alfombra. Eso es lo que haces cuando te enfrentas a la realeza. Y Leo es un príncipe, si es que alguna vez he visto uno. Un príncipe oscuro y vicioso que se niega a morir.

La mirada en sus ojos es de sorpresa satisfecha, como si hubiera esperado encontrarme todavía en el suelo.

—A un lado de la cama, cariño. No me hagas esperar.

Voy antes de que pueda pensar. Sobre la clase de mujer en la que me he convertido. Sobre lo cerca que estuvo de la muerte. Sobre cómo me habría destruido. Voy a la cama y me inclino sobre ella. Hace un sonido bajo en su garganta, como una maldición.

Sus dedos están en mi cabello al siguiente latido. Me inmoviliza aquí ahora. Me mantiene quieta mientras...

Me pone de pie. Mi cabeza se inclina hacia atrás en su mano y un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Oh —digo con otro sollozo, que se escapa con una ráfaga de ansiedad y un extraño alivio. Su mano en el cabello me duele. Y me mantiene en la realidad. El aliento de Leo susurra en mi cuello. Le sigue un beso ligero como una pluma. Todo lo contrario del fuerte tirón en mi nuca. Él trata con los opuestos, ¿no es así? La quietud y el movimiento. Silencio y sonido. Todos esos rumores sobre que es un hombre de una sola nota parecen ahora ridículos.

Y yo me río.

Es un ruido extraño e inquietante, la risa que se libera de mí. Es de pánico, pero no puedo localizar la fuente del pánico. ¿Es porque necesito tanto de él, o porque casi lo pierdo? ¿Porque no puedo resolver lo que significa para mí, o porque ya lo sé?

Un beso más en la curva de mi hombro, acompañado de un tirón de cabello. Leo se acerca por detrás de mí.

—No puedes hacer eso. —Otro sollozo se abre y se estremece en el aire—. Tus puntos. Te vas... —Echa hacia atrás las sábanas con sus dedos aún enredados en mi cabello—...a hacer daño —termino.

—Entra.

No lo cuestiono. Hago lo que me dice y me deslizo entre las sábanas. Una parte de mí pensaba que nunca volvería a ver esta cama, con sus sábanas inmaculadas, blanca y en tonos azules. Probablemente Eva haya elegido las sábanas. Me arrastro hasta el lado opuesto del colchón y mis mejillas se calientan de nuevo. Esto es peor que si me hubiera castigado, que si hubiera jugado conmigo. Llevarme a la cama es lo más cruel posible.

El silencioso deslizamiento de tela sobre tela es lo suficientemente fuerte como para oírlo por encima de mis propios sollozos apagados.

Y entonces...

El colchón se hunde. No mucho. Es demasiado caro como para que ceda mucho. Lo suficiente para saber que está ahí. Las mantas se posan fríamente sobre mi cuerpo y él las coloca en su sitio.

Apenas puedo respirar. La gran palma de la mano de Leo se desliza entre las sábanas y mi piel, y se posa en mi hombro.

Me da la vuelta.

Me acerca.

Oh, Dios mío.

Tiene un brazo metido debajo de las almohadas y me sujeta con el otro, doblado expertamente a mi alrededor para poder acariciar mi

cabello. Pongo una mano tentativa en su cintura, tratando de no llegar demasiado lejos, tratando de no lastimarlo.

Leo no me aparta.

Espera mientras me deshago, llorando en la almohada, en su cuello, en su camisa. No oigo lo que me dice mientras sucede. Lo único que importa es el zumbido de su voz y la forma en que me toca. Alisando mí cabello. Frotando pequeños círculos en mi nuca. Pasando su mano por mi brazo con un ritmo constante que se ralentiza gradualmente.

Tiene que doler, mover el brazo de esa manera. Pero lo hace de todos modos. Leo intercambia su dolor por mi comodidad, una y otra vez, hasta que ya no lloro.

—No vas a ir a ninguna parte —dice en la quietud, y hay tal anhelo en su voz, un cansancio tan desgarrado, que casi me saca de quicio.

Tomo un respiro agudo por la culpa.

—Es egoísta —logro decir—. Es tan jodidamente egoísta, Leo, pero ¿hay alguna manera... si no doliera...?

Lo hace antes de que pueda expresar la necesidad en palabras vergonzosas y suplicantes. Leo saca su brazo de debajo de la almohada y lo desliza hábilmente bajo mi cuerpo.

Luego se da la vuelta sobre su espalda.

Volvería a llorar si no se me acabaran las lágrimas. Estar acurrucada contra él de esta manera es un sueño imposible. No debería ocurrir. No debería haberlo pedido. No lo volveré a pedir,

nunca, no ahora que he tenido esto. Así que tengo que recordar. Memorizo lo que se siente al tener un brazo colgado sobre sus duros abdominales y mi cabeza sobre su hombro. Memorizo lo que se siente al estar apretada contra su costado, tan cerca que no hay nada más que la fina capa de su camisa entre nosotros.

Hay una cosa más. Solo una más.

Me ajusto con el menor número de movimientos posible, pero tengo que saberlo.

Y...

Ya está.

Con mi cabeza sobre su pecho así, puedo oír los latidos de su corazón.

—Si es demasiado...

Me hace callar, de forma brusca y rápida, y lo tomo como el regalo que es. Me lo está regalando. Leo me pasa una mano por el cabello y luego pasa los dedos, desenredando los nudos que dejó antes. Es un movimiento perezoso y familiar, pero a medida que pasan los segundos, soy más consciente de él. La tensión se extiende por su cuerpo. Ha estado ahí desde el momento en que abrí la boca para decirle que debía irme. Es lo que ha estado cantando en el aire todo este tiempo. Tensión y preocupación y algo más. Esa tensión desaparece lentamente.

La forma en que me toca es su propia distracción. Hace que sea difícil notar qué partes de él están cediendo toda esa tensión. Pero

incluso la forma en que se relaja es una tapadera. Está tratando de ocultarme algo, y no puede.

Porque puedo sentir su corazón.

Está palpitando.



CAPÍTULO OCHO

Haley

Me despierto con la luz de las estrellas.

La luz clara y congelada de las estrellas, que entra por las grandes ventanas de la habitación de Leo. Tengo el brazo extendido sobre una extensión de sábanas vacías. La cama está fría, pero yo tengo calor. Me estiro y lo busco. Un tirón en el centro de mi pecho me hace salir de la cama. Quiero que Leo esté conmigo.

Quiero terminar nuestra conversación de antes.

Una luz tenue se derrama desde el otro extremo del pasillo. Por ahí, pasando el enorme baño y el igualmente enorme armario, hay una pequeña biblioteca personal y un rincón de lectura.

Doy dos rodeos: uno al baño, donde me echo agua en la cara y me cepillo los dientes, y otro al armario. Las filas de camisas y pantalones negros se alinean en las perchas, y los estantes muestran su colección de camisetas. De manga larga. Manga corta. Todas ellas hechas con una suavidad que él puede tolerar.

Me las salto todas y elijo una de sus camisas de vestir. Se siente un poco más como una armadura. Tiene más estructura. La envuelvo alrededor de mí y la mantengo en su sitio.

El corazón se me sube a la garganta en el viaje por el pasillo. Podríamos tener esta discusión por la mañana, pero... no. Si lo pospongo, tendrá razón. No iré a ninguna parte.

El bajo murmullo de su voz se hace más fuerte con cada paso hasta que salgo a la luz. Parece más brillante debido a la oscuridad de su habitación, pero no es especialmente deslumbrante. Una lámpara lo sumerge en un charco de luz cálida y proyecta sombras sobre las estanterías de la pared opuesta. Leo está sentado en un sillón, apoyado en uno de sus codos. Unos pocos centímetros separan su piel del respaldo de la silla. No lleva camisa.

—No —dice al teléfono—. Quiero que corran asustados. —Es escandaloso lo bien que se ve sin camisa. Se me hace agua la boca. ¿Qué voy a hacer, lamerlo? No. Ahora no. Debe oírme tragar porque sus ojos se dirigen a los míos. El fondo oscuro de sus pupilas se expande al verme con su camiseta—. Cualquiera que haya estado relacionado con Caroline.

Corriendo con miedo.

Conectado a Caroline.

Se me cae el mundo encima. Leo observa desapasionadamente cómo cierro los labios. Deben haber caído abiertos, porque él está hablando de…

—Cualquiera en el árbol genealógico. Empieza con una red amplia. Apriétala lentamente, para que se den cuenta poco a poco.

Está hablando de mi árbol genealógico. Del que mi padre y mi hermano aún forman parte. Caroline puede saber sobre mi trato con Leo, pero aún no ha hecho daño a mi padre. Lo asustó. Asustó a Cash. Pero no les ha hecho daño. Si Leo hace esto...

Las palabras que salen de su boca dejan de tener sentido, aunque no baja la voz, y no me quita los ojos de encima. Quiere que escuche esto. Quiere que lo sepa, y algo detrás de mi corazón se encoge.

Este no es el hombre que me sostuvo en sus brazos hace unas horas. Que se volcó sobre su espalda y sufrió por mí.

Lo que describe es demasiado horripilante para que tenga todo su impacto. Francotiradores y coches de seguimiento. Explosivos e infiltraciones. Es lo más alejado que puedo imaginar de una pelea de cuchillos en un callejón. Leo, en ese tono aterradoramente razonable que tiene, está hablando de algo tan masivo que requiere la gestión de un proyecto. Necesita personal.

Hace una pausa, escuchando, y me siento atraída por la habitación hacia él con mis piernas tensas. Las piernas ceden en cuanto me sitúo en el alféizar de la ventana frente a él.

—Nadie del personal —dice—. Nadie excepto su círculo íntimo. Sí, lo digo en serio. Nadie toca a nadie del personal ni a ningún contratado. —Otra pausa—. Quiero un informe por la mañana, a primera hora.

Leo cuelga y deja caer el teléfono en su regazo.

—No puedes hacer esto. —Me tiembla la voz, pero me aclaro la garganta y lo vuelvo a intentar—. Alguien podría salir herido.

Mira el vendaje que protege su herida de bala.

—Sí, sería una pena.

Todas las posibilidades se agolpan en mi mente en una horrible y vertiginosa carrera. Todas acaban en desastre. Mi padre, muerto. Cash, muerto. Leo, muerto. No sé cómo sobreviviría a ninguna de esas cosas. No estoy segura de haber sobrevivido a que le dispararan a Leo delante de mí. Un entumecimiento se extiende por mi cara y mis labios.

La expresión de Leo es tan fría. Tan imperiosa. Quiero al hombre que se arrodilló frente a mí y presionó su frente contra mi vientre. Si me diera una pizca de ese hombre, mi corazón podría ralentizarse.

Son cinco pasos inseguros hacia él, pero parecen miles de kilómetros.

Y entonces me hundo en el suelo, de rodillas. Los pies plantados de Leo dejan suficiente espacio para que me acerque, con el corazón en la garganta. Pongo las manos en una de sus rodillas y le miro a la cara. Apoya la cabeza en la mano, como si estuviera aburrido, como si yo fuera un mueble más. Pero no lo soy. Veo el fuego escondido en sus ojos. El antiguo dolor ha sido sustituido por una nueva rabia, pero la mantiene contenida.

Eso me asusta más que si la dejara salir.

—Por favor. —Mis labios no quieren trabajar. No tienen ninguna opción—. Por favor, Leo. Sé que Caroline te hizo daño, pero los otros Constantine no lo saben. Nadie lo sabe. Alguien ya se habría ido de la lengua. Winston, o Elaine, habrían dicho algo, dado alguna pista. Pero nadie lo sabe.

—Ella es su líder. —Un rechazo cortante de todo lo que he dicho—. Ataca la fuente. Aíslalo primero. Aterrorízala. Y luego lo aplastas en tu puño. —Se desplaza, coge el teléfono de su regazo y pasa el dedo por la pantalla—. Además, deberías preocuparte más por ti, no por la familia que te dio por muerta.

Estoy a punto de protestar -mi padre y Cash no me dieron por muerta- cuando Leo me pone el teléfono delante de la cara.

Al principio, no entiendo lo que aparece en la pantalla. Luego lo entiendo. Una grabación de seguridad granulada de un hombre con un traje negro, fuera de un edificio de ladrillos con una puerta blanca. Reconozco ese edificio. Es uno de los dormitorios de la universidad. Los hombres con trajes negros no pertenecen a ese lugar. Especialmente los hombres que también llevan... ¿botas? Botas gruesas y pesadas que parecen hechas para vadear la sangre. Parece un villano de película. La forma en que se mueve me hace pensar que hay un arma escondida debajo de su chaqueta. Tal vez más de una.

—Tienes un amigo en este edificio.

No pregunta. Entrecierro los ojos en el número que hay sobre la puerta para asegurarme. La sangre se drena de mi cara, dejando mis labios fríos.

—Theresa —digo—. Trabajamos juntas en un proyecto el semestre pasado. —Oh, no—. Es una de las personas que se quedan en el campus durante las vacaciones de invierno. Pero por qué...

Leo aparta el teléfono, y desaparece, fuera de la vista.

—Ese es el nuevo perro de ataque de Caroline. Al parecer te está buscando.

—No soy... Theresa no tiene nada que ver con…

—¿Qué crees que hará cuando te encuentre? ¿Qué crees que le ha ordenado que te haga? —Leo es conversador ahora, casual. Lo odio.

Sabía que él estaba buscando. Cash me lo dijo. Solo que... nunca lo visualicé. No me imaginé a este hombre con ese traje acechando los dormitorios de mis amigos.

—No le he hecho nada a Caroline.

—Querida, no seas ingenua. Ronan te vio aquí conmigo.

—Te estaba disparando. —Me tiembla la voz—. Te disparó.

Leo estudia mi cara, y es como si me viera por primera vez.

—¿Fue Eva quien te dio el nombre de Caroline?

—Ella lo confirmó, pero yo lo sabía antes. Escuché a Ronan hablando contigo cuando llegué. Dijo algo sobre un rencor. Dijo su nombre. Supe que era ella.

Algo brilla en sus ojos.

—Todavía estás en shock, ¿no? No recuerdas qué más dijo ese bastardo.

Qué más dijo Ronan. No había mucho antes de que me precipitara. Y Leo tiene razón. Es difícil pensar en otra cosa que no sea el disparo en sí. El peso de él en mis brazos. Los jadeos desesperados. El dolor en su cara. Pero antes de eso. Antes…

Ronan había estado hablando de cirugías reconstructivas cuando llegué a la puerta. Y no era solo guardar rencor de lo que había estado hablando. No. Las palabras volvieron con la fuerza de esa bala.

Siempre supe que los Morellis eran psicópatas, pero azotar a Caroline Constantine por un rencor te hace parecer aterrador. O como si tuvieras ganas de morir.

Mis ojos se han deslizado hacia el vendaje, pero Leo está esperando que le devuelva la mirada. Para ver la verdad en sus ojos.

—¿La azotaste?

—Hasta que le falló la voz. Hasta que fue una maldita ruina. Debería haberla matado cuando tuve la oportunidad.

No quiero saber dónde lo hizo. No quiero imaginarlo. Ni por un segundo. Pero esto que ha hecho, esta respuesta al dolor que ella le causó, tampoco puede deshacerse.

—¿Cuándo?

—El día después de que te envié a casa.

Me envió a casa, y azotó a Caroline, y no puedo hacer que todas estas piezas de él encajen. No lo intento.

—Entonces ha tenido tiempo. Voy a ir a hablar con ella.

Un parpadeo y Leo está quieto, mirando, y al siguiente su mano está en mi garganta. Mis dedos se extienden sobre su rodilla, pero no me está ahogando, solo sosteniendo.

—No vas a hablar con ella, porque no vas a salir de esta casa.

—Yo… —Detiene mis palabras con una flexión de su mano.

—No pondrás un pie fuera de este edificio a menos que sea para visitar el patio. Los hombres del tejado vigilarán cada paso que des mientras estés allí. Eres mi prisionera, querida, y no te irás.

—No. —Me pasa el pulgar por debajo de la barbilla y por el lado del cuello. Perezoso. Jugando conmigo—. No. No vas a hacer esto. No me vas a retener aquí.

—Lo estoy haciendo.

Mi corazón se rompe, y en las ruinas la incredulidad brota como una mala hierba.

—No, no lo estás haciendo. No puedes. Hay demasiadas formas de salir. No puedes detenerme.

—Estamos rodeados de innumerables guardaespaldas. Exmilitares. Ex-servicio secreto. Todos trabajan para mí.

El odio llega a continuación, espeso y pesado. Cuando llega a la cresta se revela como lo que es. Estoy enfadada con él. Estoy muy enfadada con él, y es por cientos de razones diferentes, pero una de ellas es la forma en que me toca. Así. Él sabe que me moja. Sabe que está pasando ahora, incluso en mi shock, incluso en mi dolor. Estoy mojada por él.

—¿Qué les dijiste que hicieran, Leo? ¿Les diste permiso para tocarme?

—Sí. Si llegas a los terrenos, cualquiera de ellos tiene mi bendición para arrastrarte dentro. Lo harán si pataleas o gritas o lloras. Lo que sea necesario.

Su casa parecía enorme antes. Ahora las paredes se cierran.

—¿Les dejarías hacer eso?

Un suspiro.

—Si eliges forzar su mano, ellos seguirán las órdenes.

Lo dice en serio. No hay un tono burlón en su voz, ni un filo de cuchillo de cruel alegría. Estos son los hechos. Me mantiene aquí.

—Antes no era una prisionera. Teníamos un trato. —Mi barbilla tiembla, y Dios, yo también odio eso, lo odio tanto como el resbalón entre mis piernas—. Pensé que eras mejor que esto.

Un parpadeo de dolor en sus ojos, visto y no visto, un truco de la luz.

—No lo soy.

Busco un salvavidas, pero Leo es el único que se me ocurre. Y ahora es mi carcelero.

—Me diste tiempo antes. Me diste veinticuatro horas antes de reunirme contigo, y no las tomé. Dame el resto de ese tiempo. Hablaré con ella. Ella verá que esto puede terminar aquí. —Caroline no estará de acuerdo. Sé que no lo hará. No de inmediato. Pero esta es mi única esperanza para arreglar esto, para hacer algo con lo que podamos vivir. Escalar esta guerra entre nuestras familias no ayudará a nadie, y mi padre y mi hermano están ahí fuera, desprotegidos. Me están partiendo en dos. Si Leo sale herido, mi corazón se romperá de nuevo. Y si alguien va a por Cash o papá, nunca lo perdonaré. Me trago lo último de mi orgullo y levanto la barbilla, dándole más acceso a mi garganta. Un mejor agarre.

—Suéltame.

Leo deja pasar unos segundos. El tiempo suficiente para que mi aliento se vea afectado por la esperanza de que acepte. Que me haya escuchado, y que entienda...

—No.

Me levanto y aparto su mano. La furia me ahoga ahora, una furia unida a la desesperación. El sudor se me clava en la línea del cabello. Estoy atrapada aquí, y sus palabras son una prisión tan grande como las paredes. No puedo salir. No puedo alejarme de él, no si cada persona en su magnífico y exasperante castillo es también sus ojos y oídos. Mi propia respiración es un ronquido agitado.

Leo se mueve para ponerse de pie.

Lo empujo.

Le pongo las manos en el pecho, una de ellas justo sobre la herida de bala, y lo empujo. No debería ser lo suficientemente fuerte como para moverlo, pero no se resiste antes de que su espalda haga contacto con la silla.

No me importa. Que lo sienta.

Me hace desearlo, con su cuerpo y sus ojos y cada cosa cruel que hace. No puede obligarme a aceptar esto.

—Vete a la mierda —le digo en la cara, su cara perfecta, con una expresión entre la sorpresa y una emoción que no me permito nombrar—. Te odio.

Cuando lo dejo atrás, no me sigue.



CAPÍTULO NUEVE

Leo

La mañana llega. No sé si he dormido. Mierda, lo he querido hacer. Sobre todo, por despecho. Pero el despecho no es una nana particularmente buena, y mi cama se siente ridículamente grande sin ella. Sin Haley, que ha dormido allí todas las veces.

En el vacío, salgo de la cama, me paso las manos por el cabello y comienzo la parte más antigua y constante de mi rutina: probar el dolor.

Ahora es diferente, después del tiroteo. Antes de que Ronan entrara en mi casa y me dejara arrastrar a mi propia ejecución hasta que falló, esta prueba consistía en una única y sencilla pregunta: ¿dónde estoy en la rueda? ¿En la parte de abajo, cuando solo es molesto? ¿En la subida, cuando tiene mi columna vertebral prensada y nada es cómodo? ¿En la bajada, cuando tarda una jodida eternidad en aflojar?

Los días en los que está en el punto álgido desde el primer momento de conciencia, en la cima de ese miserable aparato de

tortura que no puedo evitar imaginar, no salgo de la cama. No hasta que me libera.

Ahora hay que tener en cuenta la carne dañada. Los puntos de sutura tiran de los lugares donde se clavan en mi piel. El uso de mi brazo derecho ha vuelto casi a la normalidad. Lo estiro lenta y dolorosamente sobre mi cabeza y repito el proceso en el otro lado. Hoy la herida se ha convertido en un dolor sordo. Es imposible que un fuerte empujón de Haley haya dejado un moratón. Todavía puedo sentir la huella de su mano allí.

Hay demasiada gente en la casa. Puedo sentirlas mientras me ducho y me visto. Ponerme una camisa sigue siendo un ejercicio de miseria, pero lo hago de todos modos. Mi casa nunca fue un espacio totalmente privado. No puede serlo cuando se vive con personal. Pero ahora lo siento menos.

Toda esa gente, y la única que importa es Haley.

Su ausencia en mi habitación confirma que, de hecho, me odia. Me quedo más tiempo del que debería por si acaso vuelve a aparecer. Haley rondaba mi cama en el hospital. Eva no pudo hacer que se tomara un descanso.

Ella no vuelve.

Bajo las escaleras sin llamar a su puerta. Está bien. Está bien si se va a encerrar en su habitación. Mejor que ponerse en peligro por una tonta esperanza de que Caroline desarrolle de repente una capacidad de compasión. O un alma.

Mi propia alma es una cáscara cenicienta de camino al comedor, donde como alimentos que no tienen sabor. Se supone que es un desayuno de trabajo. Gerard trae su teléfono y una carpeta con notas.

No deja de levantarse. A la tercera vez que lo hace, ya estoy harto.

—¿Hay algo especialmente atractivo en el pasillo? No creo que una reunión de una hora esté por encima de ti.

—Los jefes de equipo tienen informes y preguntas. —Vuelve a su asiento con un aire de precaución—. Puedo dirigirlos a ti, por supuesto, pero...

—No —le digo—. No quiero que me molesten con esa mierda. A menos que tú y Lucian sean incapaces, en cuyo caso, dímelo ahora.

—No lo somos. —Gerard pasa la página de su carpeta, con los ojos todavía puestos en mí.

Me observa hasta que le devuelvo la mirada.

—¿Qué?

—No estarás pensando en ir a la oficina, ¿verdad?

—Pues sí, Gerard. Mi mayor deseo es que me atraviese una bala en la cabeza en una acera abarrotada de la ciudad.

Asiente con la cabeza.

—Quería estar seguro.

—Puedes estar jodidamente seguro de que no voy a volver a la oficina hasta que hayamos resuelto las cosas con Caroline.

—Está bien, está bien. Pensé que podría ser la razón por la que estás al límite.

—No estoy al límite—le gruño. Una respiración profunda no me calma. Tampoco la segunda, así que me pongo de pie con toda la compostura que puedo reunir y declaro terminada la reunión.

Establece el tono muy bien para mi regreso.

Haley no sale el resto del día, ni el siguiente. Camino en círculos por la casa, abriendo puertas en las que no he pensado en años y frunciendo el ceño a cualquiera que se cruce en mi camino. No hay mucha gente. Parece que se ha corrido la voz sobre mi estado de ánimo, lo cual está jodidamente bien, muchas gracias. Me siento en las reuniones con Gerard, dirijo mi negocio a medias desde mi teléfono y soy malditamente agradable. Excepto por el ceño fruncido.

A la tercera mañana un persistente dolor de estómago se ha instalado en mi casa, y la puerta de Haley no se ha abierto ni una sola vez. No pregunto por ella. No digo una palabra. Pongo una expresión apropiada para los negocios en mi cara y bajo a mi vida.

Excepto que no puedo tranquilizarme. No puedo relajarme. No es el dolor de la herida lo que hace que se tensen todos los músculos. No es la causa del fallo nervioso de anoche, que me inmovilizó en la cama durante treinta minutos. Me han dado instrucciones explícitas de no hacer ejercicio, para dejar que la piel desgarrada se cure, así que solo queda caminar. Y no pensar en ella.

Estaba preparado para esto. Sabía el resultado antes de hacerla mi prisionera. Lo sabía antes de decírselo a la cara. La realidad no coincide con mis expectativas.

No esperaba que me doliera tanto.

No esperaba que tres palabras de un Constantine cortaran tan profundamente. Soy la Bestia de Bishop's Landing. No hay mucho que no me hayan dicho en forma de *jódete* y *malvado bastardo* y, sí, *te odio*. Es diferente cuando Haley lo dice. Más cuchillos dentados que palos y piedras.

A la tercera tarde pierdo la noción del tiempo. En el ala trasera de la casa hay una habitación en la que Haley nunca ha estado. Ahí es donde me encuentro. Está decorada como un estudio, con antigüedades caras y alfombras de felpa. La razón por la que Haley no ha estado aquí es porque yo no vengo. No hay ninguna razón especial para evitarlo. Simplemente no la visito.

Bien. Hay dos razones para evitarlo. La primera es el malestar general que siento cuando estoy en la parte trasera de la casa, demasiado lejos para ver el camino de entrada.

Y la segunda es una de las estanterías situadas tras las puertas de cristal de una librería con forma de arco. La librería es una pieza central en la pared más alejada del estudio. Es un poco falso culpar a la estantería por lo que contiene, pero está manchada por asociación.

De cualquier jodida manera, no importa. No estoy aquí para revisar los artículos de la estantería. Estoy aquí para pararme en la ventana y ver el sol de invierno quemarse en los árboles. Toda la seguridad está jodiendo la nieve. Se mantienen relativamente ocultos por la arboleda, pero la atraviesan constantemente al ir y venir de sus habitaciones en el nivel inferior. Cuando compré este lugar, tenía una extraña colección de sótanos, no un verdadero sótano. Las renovaciones costaron una pequeña fortuna.

Valió la pena, supongo. Nunca he tenido la ocasión de usar ese alojamiento. Gerard, la señora Page y el cocinero tienen pequeños apartamentos excavados en el primer piso, dentro de un ala que separé a tal efecto. También en esa ala hay un apartamento que acoge a un elenco rotativo de sirvientas y personal de cocina que trabajan en turnos de una semana y no necesitan un espacio permanente.

Lo último de la puesta de sol se esconde en el horizonte. En lo alto, el cielo es ya de un azul intenso. Es el color del silencio. De la espera.

Me gustaría que ella hablara conmigo.

Aquí, en mi propia cabeza, puedo empezar a admitir que preferiría escuchar a Haley diciéndome lo mucho que me odia con enfermizos detalles que no volver a oír su voz.

La puerta se abre, dejando entrar una fina franja de luz en la habitación, y me da un puñetazo la esperanza de que sea ella. No lo es. Puedo ver en el reflejo que es la señora Page. Me doy cuenta de que se lo está pensando mejor.

—Siento interrumpir.

Me alejo de la ventana y hago un esfuerzo para no fruncir el ceño mientras cruzo la habitación. No hay posibilidad de sonreír, no hoy, pero hay una expresión neutral cuidadosamente cultivada.

—No estás interrumpiendo. Ya me iba. ¿Qué pasa? —En el pasillo, cierro la puerta con la mano derecha. El movimiento no me hace querer gritar, lo cual es una mejora. No es que vaya a gritar. No es que vaya a dar a nadie tantas pruebas de mi capacidad de sentir.

La señora Page está de pie en el centro del pasillo, con las comisuras de los labios hacia abajo.

—Siento tener que acudir a usted con esto, pero llevo tres días intentándolo.

Me pone los vellos de punta, y me muerdo las palabras afiladas en la punta de la lengua.

—¿Intentando qué?

—Supongo que debería preguntar si hay algo que le podría gustar a Haley para cenar. Si hay algo que podamos preparar para ella. No quiso aceptar la bandeja que le enviaron.

La señora Page ha acercado una cerilla encendida al fuego. La furia se dispara como una fiebre. Consigo dominarla, pero es difícil. Se resiste. Nunca estoy tan enfadado como la gente cree. Hago mi papel cuando me conviene.

Ahora es real. Porque he escuchado lo que la señora Page no dijo. Esas palabras no dichas están escritas en su cara. Sus ojos preocupados lo dicen todo.

—No es solo esta bandeja, ¿verdad?

Sueno tan jodidamente tranquilo. Otro encubrimiento. La señora Page nunca sabrá lo fuertes que son las ganas de destruir en este momento. Ella aprieta los labios. Es una situación imposible en la que se encuentra, estoy seguro. Mentirme no es una opción. Tampoco quiere traicionar a Haley. Así que me adelanto.

—Son todas.

Un pequeño asentimiento.

—He intentado... —Su voz tiembla, y no estoy seguro de qué es lo que más teme. La señora Page tiene muchas opciones para elegir—. He intentado enviarlos a diferentes horas. He probado con diferentes cantidades de comida. Le gustaban los gofres en miniatura, pero… —Ella sacude la cabeza—. Ni siquiera lleva las bandejas a su habitación. Le subí la cena personalmente, y se limitó a decir que no, gracias y a cerrar la puerta.

Mi visión se oscurece, y fuerzo una respiración semi-normal en mis pulmones. No voy a sufrir un ataque de apoplejía por esto. No lo voy a hacer. La siguiente respiración es ligeramente más fácil.

La señora Page me pone una mano en el brazo.

—¿Leo?

La vista vuelve de golpe. Su cara está pálida, sin color. No sé lo que ha visto en mi cara hace un momento. No tengo ningún deseo de saberlo.

—Hablaré con ella.

—Yo… —Mi ama de llaves piensa mejor lo que va a decir—. Gracias.

El temor en ese *gracias* me hace preguntarme si intentará detenerme. Pero la señora Page se da la vuelta antes de que lleguemos a las escaleras y desaparece por otro pasillo, probablemente para decirle a Gerard que me ha hecho estallar.

No lo ha hecho. Lo que me ha hecho estallar son tres días de infierno y la creciente sensación de que podría ser un infierno para

toda la eternidad. He llegado al límite de mi paciencia. He llegado al límite de mi tolerancia. Casi no quedan límites.

La alfombra amortigua mis pasos en el largo camino hacia la habitación de Haley, donde no quería que volviera a dormir. Espero que me oiga llegar. Espero que se lance sobre mí. Espero que grite y chille y que nos peleemos hasta que pueda hacerle entender lo que esto me está haciendo. Hasta que entienda por qué viviría así para siempre si eso significara mantenerla a salvo.

Llamo a su puerta con más fuerza de la que pretendía, y todo lo que había planeado decir se desvanece en una bocanada de humo.

—Baja a cenar.

Mi corazón late dos veces y es el reloj más lento de la faz de la tierra. Estoy dispuesto a arrancar la puerta de sus goznes cuando ella responde.

—No tengo hambre.

—Y una mierda. No has comido en tres días.

—¿Por qué te importa? Tienes todo lo demás que querías, así que me quedo con esto.

Todo lo demás que quería. *Todo lo demás que quería.*

—Abre la puerta o la echaré abajo.

Pasos rápidos y suaves al otro lado. La puerta se abre de golpe de par en par. Haley ya está de vuelta en el centro de su habitación, plantando sus pies frente a la cama.

Se niega a mirarme de la manera más exasperante posible. Porque, sí, está mirando en mi dirección general, pero ¿a mí? No. Haley se queda mirando al vacío con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mi mandíbula se desmorona bajo la presión de rechinar los dientes. Me cuesta trabajo deshacerlo. Para hablar.

—Baja a cenar.

No hace tanto tiempo que la oí llorar en esta habitación. Que salí de la oscuridad y la asusté. Que la hice sonrojar leyendo una escena asquerosa del libro que su hermano empacó para ella. Cada vez que me miraba, buscaba una grieta en la armadura. Una señal sutil de que yo no era el monstruo que ella imaginaba. Lo sé, porque ahora soy yo quien busca en su cara. *Cualquier* señal, cualquier señal de que ella podría no odiarme sería suficiente.

Haley no dice nada.

—La señora Page me habló de las bandejas. No dejarán de venir, no importa cuántas veces las rechaces.

Sigue sin decir nada. Espera, silenciosa y quieta. No puedo evitar sentir un poco de orgullo bajo una cascada de tristeza. Conozco este truco. Se lo he enseñado yo.

Haley se ve tan suave y hermosa a la luz de la lámpara como siempre, con unos leggins oscuros y una camisa del mismo rosa oscuro que el abrigo que llevaba al volver del hospital. Resalta el azul de sus ojos. No lleva zapatos. No ha planeado irse. Su plan consiste en consumirse en esta habitación.

—Vas a cenar conmigo. No es una petición.

Sus ojos finalmente se encuentran con los míos, y son planos. Asqueados. Me ha mirado de muchas maneras antes, pero nunca así.

—No comparto comidas con extraños.

—Jesús, Haley, no somos extraños.

Ella parpadea al oír su nombre, girando su cara un centímetro hacia un lado.

—No te conozco.

—Lo sabes todo. —Mi control se deshace y para el final de la frase, en *todo*, estoy gritando. Me arrepiento al instante. Odiaba, joder, que mi padre gritara. Haley no reacciona, pero sé que la falta de reacción es su propia señal. Su pecho sube y baja en respiraciones superficiales. Por lo demás, está congelada. Doy un paso hacia la habitación, odiándome a mí mismo, odiando que ella me odie y, sobre todo, odiando a Caroline Constantine por haber empezado esto en primer lugar y luego haberlo jodido todo. Un paso más. Otro. Si ella diera un paso, yo estaría a su alcance.

—Cariño...

Haley me da la espalda.

—No voy a bajar a cenar.

La esperanza muere. Un minuto estaba viva, ahora no lo está. Es un libro quemado. Una flor muerta por la escarcha.

—Bien —le digo a su espalda—. Entonces puedes morirte de hambre.

Ella no se da la vuelta. Todo mi cuerpo tira hacia ella, pero lo ignoro.

Me voy. No miro atrás.



CAPÍTULO DIEZ

Haley

Desgraciadamente, leo tiene razón.

Tengo hambre.

No es cierto que lleve tres días sin comer. El primer día estuve enferma de ira, así que no comí nada, pero me bebí mi peso en té. Añadí suficiente azúcar para mantener a una persona durante mucho tiempo. El segundo día, encontré los snacks. Una pequeña colección en la mesita de noche. Una barra de chocolate con sal marina, un paquete de gomitas gourmet y unas galletas de mantequilla.

Pero ahora es más de medianoche, los snacks se han agotado y la adrenalina de verlo así me ha puesto hambrienta.

Se me ha pasado por la cabeza pulsar el botón y llamar a la señora Page, pero es tarde. Podría pensar que es una emergencia y llamar a Leo. Entonces no llegaríamos a nada. En lugar de eso, abro la puerta de mi habitación y escucho.

No hay pasos en el pasillo. Nadie respira en la oscuridad. Nadie esperando a ver si salgo.

Ignoro la punzada de decepción, que probablemente sea un efecto secundario del hambre, y salgo al pasillo. Las bailarinas son lo suficientemente suaves como para no hacer ningún ruido en el viaje hacia el vestíbulo. Será un viaje más largo hasta donde esté la cocina, pero así no tendré que pasar por la puerta de Leo.

La verdad es que no confío en mí misma para pasar por delante de su puerta y seguir adelante. El olor de su piel en mi habitación hoy encendió cada terminación nerviosa de mi cuerpo. Se sentía como tomar una bocanada de aire después de días bajo el agua. Hormonas. Adrenalina. No es porque sea tan tonta como para seguir amándolo.

No fue un desperdicio, quedarme con él en el hospital. No fue una pérdida de mi tiempo, ni de mi corazón, ni de nada. Soy una buena persona. Por eso lo hice. Soy una buena persona, y él...

No.

Una mentira si alguna vez me dije una. No es una persona mala, solo cruel y poco razonable.

Se siente desleal y equivocado pensar eso. Me sacudo el pensamiento de la cabeza.

Me detengo en lo alto de la gran escalera y miro hacia el vestíbulo, con las luces apagadas por la noche. Un solitario guardaespaldas espera al pie de los escalones.

Parece joven. De mi edad. Tal vez un poco mayor. Me arriesgaré con él. De todos modos, no puedo quedarme aquí; cuanto más tiempo esté aquí, más posibilidades tendré de estornudar y asustarlo, lo que no sería bueno.

Me retiro rápidamente al pasillo y trato de hacer más audibles mis pasos en el camino hacia las escaleras. El hombre al pie de las escaleras gira la cabeza enseguida. Alarga la mano hacia su espalda. Todos llevan armas. Mi corazón late más rápido. Entiendo por qué tienen que tenerlas, sobre todo ahora, pero me gustaría que no las tuvieran.

—Hola —susurro bajando los escalones y saludando tímidamente.

—Señorita Constantine. Buenas tardes. —Su rostro está tenso y serio. Cierto. Porque le han dado órdenes específicas sobre qué hacer si intento huir.

Dejo que me mire bien. Si fuera a correr, no lo haría en bailarinas.

—¿Puedes indicarme el camino hacia la cocina?

Su ceño se frunce.

—Dame un momento, por favor. —El guardaespaldas se da la vuelta y murmura algo en su auricular. Pensaba que era demasiado joven para ser un exmilitar. Ahora no lo sé. Todavía estoy dudando cuando se da la vuelta—. Te llevaré allí ahora.

En cuanto mis pies tocan el suelo, su mano está en mi espalda, guiándome por el vestíbulo. Otro guardaespaldas se cruza con nosotros en el camino. No puedo evitar torcer el cuello para ver a dónde va, y estoy en lo cierto: es el sustituto. El segundo hombre toma su posición al pie de la escalera, con el aspecto de haber estado siempre allí.

Mi guardaespaldas, por el momento, aleja la mano.

—Por aquí. —Llegamos al final del pasillo y giramos a la izquierda. Nunca he pasado por el despacho de Leo, pero este tipo sí, y está seguro de ello.

La cocina resulta estar a mitad del pasillo, detrás de unas puertas batientes. No está cerca del comedor. Debe haber una cocina más pequeña al lado, o un área de preparación... algo. Algo que solo una persona tan rica como Leo tendría. El guardaespaldas empuja la puerta con la palma de una mano y explora el espacio, luego me hace señas para que pase.

Con las luces bajas, pensé que iba a estar sola. Hay dos personas aquí. Gerard y el chef. Ambos me miran. Ninguno parece sorprendido.

—Señorita Constantine —dice Gerard.

—Haley. Por favor. —Me paso una mano por el cabello—. Llámame Haley. Y me preguntaba si había algo para comer.

El chef se ríe, fácil y brillante, y algo de mi incomodidad se disipa. Extiende una mano a través de la gran mesa de preparación de acero inoxidable en el centro del espacio, y doy un paso adelante para estrecharla.

—Timothy. Trabajo por las noches aquí. ¿Qué te apetece? —Se vuelve hacia un conjunto de dos frigoríficos del tamaño de un restaurante y abre uno, las luces reflejando el color castaño de su cabello—. Probablemente tenemos casi todo lo que podrías querer. —No puedo determinar qué edad tiene Timothy. Luce joven, pero no lo parece. Tampoco parece nuevo aquí.

No sé si eso es bueno o malo. Quizá también sea leal y ya le hayan enviado un mensaje a Leo diciéndole dónde estoy.

Gerard aparece a mi lado con un taburete de madera en las manos. Lo pone delante de la mesa de preparación mientras Timothy dice:

—¿Alguna idea?

—Huevos. Y tostadas. —Me parece bien empezar con el desayuno.

—¿Tocino?

Mi estómago gruñe.

—Sí. Por favor.

Timothy prepara más de lo que podría comer, y no es hasta que saca tres platos que mi egoísta y hambriento cerebro se da cuenta de que van a comer conmigo. Bien. Bien. Tendré una extraña cena de medianoche con el jefe de seguridad de Leo y su chef nocturno. Todo esto tiene que ir en contra de alguna regla que Leo me ha puesto, como *no bajar a la cocina después de haberme llamado extraño.*

Mi cara se calienta al recordarlo. *Lo sabes todo*. Pero no lo sé, ¿verdad? No sé todo lo que hay que saber sobre Leo Morelli. Si lo supiera, tal vez no me sentiría como una imbécil en este momento. Si lo supiera, tal vez no tendría ganas de subir las escaleras de dos en dos hasta su habitación y golpear la puerta hasta que me dejara entrar. Tal vez, si no quedara ningún misterio, no lo querría.

Mentira. Todo son mentiras. Y lo sé.

—Huevos. Tostadas. Tocino. —Timothy desliza un plato delante de mí, junto con los cubiertos envueltos en una servilleta de tela, y he estado tan preocupada pensando en Leo que no me he dado cuenta de que se han colocado en su sitio. Gerard se sienta a mi izquierda, Timothy al otro lado, y en el cálido círculo de luz suave que desciende de una lámpara superior, la mesa de preparación no parece tan grande—. Si has cambiado de opinión, no pasa nada —dice Timothy, con una mueca en la comisura de los labios—. Pareces un poco cabreada con los huevos.

—Estoy cabreada con Leo. —Mi mano se enrosca alrededor del tenedor que acabo de desenvolver de su servilleta. El metal muerde mi palma. Definitivamente no es la idea más inteligente que he tenido, soltar esto a dos de las personas de su personal, pero aquí estamos. Apuñalo uno de mis huevos demasiado duro con las púas del tenedor mientras me arde la cara—. No sé cómo alguien puede soportar trabajar para él. Es... —Las palabras se me pegan—. Tan mezquino.

Levanto la vista del plato y veo a Timothy levantando las cejas hacia Gerard, que asiente.

—Sí —dice Timothy—. Puede ser malo. Pero hay que entender de dónde viene. —Toma un bocado de sus propios huevos revueltos como si fuera una conversación normal a la hora de comer—. A veces así es como se sale de un lugar así.

Me duele el corazón y le pido que se detenga. Aquí no. No ahora.

—No he venido aquí para sentir lástima por él.

Timothy me señala con su tenedor.

—Y él no querría que lo hicieras. No se trata de eso.

—¿Entonces de qué se trata? —¿De qué se trata todo esto, realmente? ¿Un grupo de personas que no pueden decidir si se aman o se odian? Es obvio que Gerard y Timothy saben por qué estoy aquí, en casa de Leo. Probablemente todo el mundo lo sabe, pero por la forma casual en que están sentados aquí conmigo, no les importa.

—¿Les parece bien que me mantenga aquí contra mi voluntad?

Comparten otra mirada, que ignoro deliberadamente. Timothy preparó el desayuno en medio de la noche. Por lo que sé, Gerard no se ha chivado a Leo. Aguanto las miradas.

Gerard se aclara la garganta.

—¿Has conocido a Bryant?

Solo hay un Bryant en Bishop's Landing, y quizá en el mundo, que a alguien le interese conocer. El padre de Leo.

—Sé que les hizo daño. A Leo y sus hermanos, sé cómo era con ellos. —Medio cierto. Leo lo ha insinuado. Eva dijo que su padre era violento. Oír esas cosas no significa que sepa algo.

—No toleraba la debilidad. —La forma en que Gerard dice esto me da una sensación de hundimiento. Está hablando por experiencia personal—. Trabajé para él durante años. Bryant creía que era mejor sacarle la debilidad a la gente, incluso a sus hijos. Para él, la amabilidad era la mayor debilidad. Era un pecado mortal.

—Ahora no trabajas para él. —Se siente terrible comer tocino, terrible comer en absoluto durante esta conversación, pero estoy demasiado hambrienta para parar—. ¿Por qué no?

—Leo me ofreció este trabajo hace cinco años. Yo quería dejarlo, así que lo acepté.

—¿Y eres más feliz ahora, trabajando para él? ¿No sientes que elegiste el menor de los males?

Me meto otro tenedor lleno de comida en la boca. No la pruebo. Mi mente no puede asimilar esto que me dice Gerard. Que quería alejarse del padre, así que se puso a trabajar para el hijo. No me parece lo suficientemente lejos, en especial ahora, especialmente con Leo manteniéndome aquí.

—Hubo un conflicto. —Gerard deja el tenedor y cruza las manos sobre su plato—. Entre la persona que Leo quería ser y la que tenía que ser para sobrevivir a su padre y mantener vivos a sus hermanos. Ser despiadado e imprevisible eran sus dos herramientas más eficaces y, con el tiempo, se convirtieron en un reflejo. —Suspira—. Lo intenta, Haley.

—Bueno, ahora no lo intenta. No me deja salir de aquí. No me deja hacer nada para detener esto.

—Cree que va a ir al infierno, ¿sabes? —comenta Timothy.

—¿Qué?

—Creces con un tipo como Bryant y las cosas se tuercen. Cree en la versión del pecado de Bryant, y vas a arder por toda la eternidad por intentar ayudar a todo el mundo. Cree en el sacerdote, y estás ahí abajo por una lista de mierda. Asesinato. Avaricia. Lujuria. Era un juego que no podía ganar.

Leo quería que hiciera la señal de la cruz sobre él cuando estuviera muriendo. Una parte de él esperaba que Dios lo salvara. Pensé que quería ser salvado del dolor y del miedo.

Tal vez era el infierno.

Tal vez era su última oportunidad de intentarlo, aunque pensara que estaba condenado. Yo nunca tuve esa clase de miedo. Mi padre nos llevó a una iglesia unitaria un puñado de veces. No duró. Él amaba su trabajo, y nos amaba a nosotros. Nunca dudé de su amor. No era la falta de amor lo que le hacía olvidarse de preparar la cena o llegar tarde a la obra del colegio.

No era así para Leo. No había nada seguro.

—Podría... —Me escuecen los ojos, pero no, *no* me voy a quebrar—. ¿Podría tomar un poco de agua?

Timothy se levanta y saca tres botellas de agua de la nevera. Le pasa una a Gerard, pone otra junto a su plato y desenrosca la tapa de la tercera. Esa es la que me entrega a mí. Vuelve a su comida como si no fuera un infierno hablar de esto. Tal vez para él no lo sea. Quizá esté acostumbrado.

Gerard respira profundamente.

—Creo que ya sabes que Leo llamaba la atención de su padre siempre que podía. Servía para dos propósitos. El primero era distraer a Bryant de los demás hermanos. El segundo era esconder.

—Que es bueno —añade Timothy—. Tiene temperamento, sí. Todavía... reacciona con fuerza ante ciertas cosas. Me increpa a mí, o a

Gerard, pero nunca lo he visto ponerle la mano encima a un ama de llaves o a uno de mis empleados.

—El día que vino Ronan, me echó. —Gerard traga saliva—. No debería haberme ido. Insistió. Quería que llevara a la señora Page a casa de su hermana y que sacara a todos los demás de la casa por si algo iba mal. Y luego me dijo que el salario de todos se pagaría durante un año. Pensó que iba a morir y quería que supiera que nos cuidarían. —Gerard vuelve a aclararse la garganta y da un bocado deliberado a la tostada—. Siempre ha sido así. Leo siempre ha cuidado de todos los que su padre ha herido. No solo a sus hermanos. El personal de la casa. A cualquiera que acuda a él. Es una larga lista, y eso sin incluir a los bastardos.

Casi me ahogo con el agua y levanto la mano justo a tiempo para evitar que me salpique la barbilla.

—¿Bastardos?

Timothy me mira a los ojos.

—De vez en cuando, Bryant quería una criada. Hubo algunos embarazos a lo largo de los años. Bryant se contentaba con echar a esas mujeres de la casa y olvidarse de ellas, pero Leo no. Él se ocupaba de todo. Todavía lo hace.

—¿Cómo sabes todo esto? —Gerard tiene una razón. Timothy es el chef. No puedo imaginarme a Leo aquí abajo teniendo una charla con Timothy sobre su infancia.

El chef hace crujir los nudillos sobre su plato, y entonces la expresión abierta desaparece de su rostro. Sus ojos oscuros se estrechan en una mirada afilada, y en el momento en que fija su

mandíbula para fruncir el ceño, lo veo. Su cabello castaño no importa. El parecido es evidente.

Su cara de Morelli desaparece con un guiño.

Qué.

Qué.

—Pero si son medio hermanos…

Él levanta una mano.

—No quiero ninguna parte de la vida familiar. Todo lo que necesitaba era un trabajo. Me dio exactamente lo que quería.

Ser mantenida aquí no es lo que quiero. No quiero ser impotente ante esta situación. No quiero que él maneje todo por mí.

No quiero ser la prisionera de Leo.

¿Verdad?



CAPÍTULO ONCE

Leo

Al cuarto día estoy fuera de mí.

Salir de esa habitación fue la cosa más tonta que he hecho. Debería haber actuado para sacar a Haley de lo que sea. Debería haberla provocado. Nadie es mejor que yo para provocar a la gente, y en cambio dejé que me afectara. Dejé que su silencio y su ira me afectaran.

El odio en su cara es lo único en lo que puedo pensar, sobre todo porque esta mañana me he despertado con la espalda en llamas y la herida de bala palpitando como hacía días que no lo hacía. He tardado una hora en salir de la cama. Al final de esa hora, me vi en el espejo del baño y supe que era mejor no bajar.

La señora Page manda bandejas de comida sencilla y yo me empeño en comerla toda mientras finjo trabajar. Sigo siendo jodidamente patético cuando Gerard entra a las seis y diez. He presenciado otro atardecer sin Haley. No debería importarme una mierda. Nunca pretendí que me importara. Mis pensamientos están a

punto de desviarse por ese camino de nuevo, incontrolables como un perro salvaje.

—¿Sigue encerrada en su habitación?

Gerard asimila la pregunta sin siquiera pestañear. Quería exigir un informe sobre la seguridad o mis planes de ataque. Joder.

—La señorita Constantine ha estado en su habitación todo el día.

La frase es una revelación, maldita sea.

—¿Pero no toda la noche?

—Bajó a la cocina pidiendo algo de comer alrededor de las dos. Timothy le preparó una comida y luego volvió a su habitación.

—¿Y no pensaste en decírmelo? —El dolor de mi espalda se suaviza bajo el torrente de alivio—. En mi puta casa, Gerard, y tú vas a...

—Había instrucciones de no despertarte —dice suavemente.

Mi alivio se ve afectado por una nueva irritación. El descaro de Haley Constantine. Rechazar las comidas y luego bajar a hurtadillas por la noche para molestar al personal. Negarme y luego ir en busca de otra persona.

—La próxima vez que la encuentres deambulando, quiero saberlo.

—Sí, señor.

Me pongo de pie y tiro mi teléfono en el sillón.

—¿Hay algo más?

—La señora Page quería saber si pensaba cenar en el comedor o aquí arriba.

Sinceramente, a la mierda con esto. A la mierda con no ver su cara. A la mierda con no respirarla. Y a la mierda con dejar que me haga esto.

—Eso dependerá de los planes de la señorita Constantine. Iré a preguntárselo yo mismo.

Gerard se aparta y yo paso junto a él. Mi casa es grande, pero el camino desde mi habitación hasta la de Haley se acaba antes que pueda calmar mi acelerado corazón. Levanto la mano para llamar, preparado para una discusión, pero en el último momento lo veo.

La puerta está entreabierta.

Pongo la mano contra ella y la empujo para abrirla. Haley está sentada en un sillón bajo junto a las ventanas, mirando hacia fuera. Brilla pálida y luminosa a la luz de la luna que se refleja en la nieve.

Al principio, no se da cuenta de mi presencia, pero noto en el momento en que lo hace. Me perfilo en el marco de la puerta, silueteado por la luz, y su cuerpo reacciona primero. Sus hombros se levantan. No se aparta de la ventana.

Bien. No voy a esperar. Esta vez no. En unas cuantas zancadas largas estoy alrededor de la cama, con los pies plantados en un lugar junto a su silla. Haley mira por la ventana con la mandíbula apretada.

—Me gustaría que cenaras conmigo esta noche.

Sus labios se separan.

—No.

Entonces no es la rabia lo que me recorre la columna vertebral. Es algo totalmente distinto. Me inclino sobre ella y Haley se aprieta contra la silla. Así es más fácil girarla para que esté de cara a mí, con los ojos muy abiertos y el hueco de su garganta descendiendo con cada respiración.

—Esto es una jodida estupidez. —La enjaulo con las manos apoyadas en los brazos de la silla. Me mira como un animal atrapado en una trampa. Un animal con un brillo de lucha en sus ojos—. Eres mi cautiva. No vas a rechazarme.

—Te rechazaré tanto como me dé la gana.

Me agacho hasta estar lo suficientemente cerca para besarla. Lo deseo tanto que me duele respirar. O tal vez sea la maldita herida de bala.

—Este juego al que has estado jugando era bonito, cariño. Era jodidamente bonito. Y ahora se ha acabado. Has perdido.

Haley finge que no quiere esto. Pero veo la forma en que inclina su barbilla. La forma en que me muestra la suave carne de su cuello como si quisiera morderla. Como si me invitara a morderla.

—Tú has perdido, no yo. Tú eres el que está obsesionado con tu propia prisionera.

Tomo su cara con mi gran palma y levanto su cabeza. Necesito ver sus ojos. Ella tiene que ver los míos.

—Yo. No puedo. Vivir así. —No es lo que pensaba decir. Nada de lo que planeaba decir—. Me está matando no verte. Me mata no poder tocarte. Estoy empezando a pensar que la única forma de acabar con

esto es doblarte sobre esa cama y atarte hasta que recuperes el sentido común.

—¿Ves? —Su voz tiembla—. Todo lo que quieres es hacerme daño.

—Sí. —Me hace falta toda mi contención para no gritarlo, así que no me queda nada para mantener mis manos quietas. Le suelto la cara y clavo ambas manos en la parte delantera de su camisa—. Quiero hacerte daño. Quiero hacerte llorar. No puedo dormir por la noche pensando en ello. Me mantienes despierto toda la puta noche.

—Hazlo, entonces —desafía ella, subiendo la voz. Haley está encorvada en el sillón, con las rodillas separadas y el cuerpo colgando de la camisa. Ella misma se puso en esa posición. No puede evitarlo—. Hazme daño. Átame. Haz lo que quieras.

—No —gruño, con las manos temblando, los músculos tensos en torno a esta necesidad infinita y cortante—. Porque te encantaría. Te conozco, cariño, y eres una puta por ello. El dolor. La humillación. La liberación. No te voy a dar nada hasta que me dejes entrar.

—No lo haré —dice ella, con un tono gélido.

Algo se rompe. Juro que puedo oírlo.

—Pelea conmigo —le grito en la cara—. Pelea conmigo, por el amor de Cristo.

Un aullido frustrado surge en el fondo de su garganta. Mi corazón se acelera con él hasta que pienso que podría gritar, pero en lugar de eso Haley se agarra a mí. Lucha contra la gravedad. Se lanza contra mí desde abajo y me besa, derramando ese grito sobre mi

lengua. No puedo soportar su sabor. Por los pequeños y viciosos pellizcos contra mi labio. Acabo de rodillas entre sus piernas, con su cabello cayendo alrededor de mi cara. La empujo hacia atrás solo para tocarla.

Haley se separa, con sus manos aún en mis hombros, y deja escapar un suspiro que suena como un sollozo.

—Te odio por esto.

La beso de nuevo. Con fuerza. Más fuerte. Hasta que gime y la suelto para que tome aire.

—Ódiame, entonces. Eso no cambia cómo estás.

—¿Y eso *qué* sería?

Enrollo mi mano alrededor de la parte posterior de su cabeza y la giro para que mi boca esté contra su oreja.

—Mojada, cariño. Empapada. No tengo que tocarte para saberlo. Puedo olerte.

Haley se estremece.

—No es por ti.

—Mentirosa. —Enredo mis dedos en su cabello y le doy una sacudida a su cabeza—. Lucha conmigo y te follaré como tu cuerpo me lo está suplicando.

Incluso ahora, ella se arquea en mis manos. Incluso ahora, está mostrando sus tetas para mí. Incluso mientras niega con la cabeza, incluso mientras lo niega, sus muslos abiertos presionan contra mi cintura.

—No.

—¿Ya te has olvidado? Ya has terminado de rechazarme. Ahora abre la boca y dime cuál es tu puto problema.

—Que me tienes prisionera.

Le pongo las dos manos en la cara y hago que me mire.

—Te mantengo viva. —Cada palabra es un esfuerzo. Un esfuerzo a través de la tortura—. No hay otra forma de mantenerte viva.

—No te creo. —La voz de Haley se convierte en un susurro desgarrado—. No te creo ni por un segundo. No se trata de mantenerme viva, se trata de mantener el control.

Una carcajada lucha por salir de mí.

—¿Te parece que tengo el control?

—Sí.

—No tengo nada. —Otra risa que parece que va a convertirse en algo más. Algo que desgarra el alma—. Ni una puta cosa.

—Lo tienes todo. Tienes dinero. Tienes un enorme castillo. Tienes gente que te protege.

—Y nada de eso importa —digo entre los dientes apretados—, si la única persona que necesito ver preferiría morir de hambre antes que mirarme.

—Demuéstralo, entonces. —El brillo plateado de sus ojos coincide con el acalorado temblor de su voz—. Demuestra que valgo algo para ti. Lucha contra mí, Leo. Lucha conmigo y gana. Lucha contra mí...

La corto con un beso tan profundo que la empuja hacia el sillón.

Haley empuja con todo lo que tiene. Sus manos en mis hombros. Sus caderas contra las mías. Entonces lo veo. Lo saboreo en ella. La misma necesidad desesperada que he mantenido reprimida durante días y noches. Ella lucha con más fuerza, y la comprensión se hunde en mis huesos. Me han disparado, pero ella lo ha visto. Las lágrimas no son suficiente desahogo para toda esa rabia y ese miedo.

—No —dice, apartándose para poder respirar—. No voy a luchar contra ti. —Sus caderas trabajan contra las mías, rápidas y frenéticas—. No conseguiré nada con ello.

—No tienes ninguna opción. —La tomo en mis brazos antes de que pueda discutir. Me acerco a la cama. La dejo caer y la inmovilizo nada más aterrizar—. Haré que te guste.

Haley se agarra al dobladillo de la camisa, tratando de empujarla hacia abajo. Una sentencia muy clara.

Respondo destrozándola con mis propias manos. Dejando al descubierto su piel y el delicado sujetador que lleva debajo. Se resiste cuando la hago sentarse, pero no puede evitar que le quite el sujetador, y entonces le doy la vuelta y le quito los leggins y las bragas de un fuerte tirón.

Haley intenta arrastrarse y yo la arrastro de nuevo. Haré esto toda la noche, si es necesario. Clava las uñas en el edredón y me da una patada. Su tacón hace contacto con mis entrañas y el dolor rebota hasta la herida de bala. En el tiempo que me lleva respirar, ella se lanza por la cama, se tira por el otro lado y corre.

La persigo.

No ha dado ni tres pasos por el pasillo cuando la alcanzo, rodeándole la cintura con un brazo y la garganta con el otro. Cada una de sus respiraciones es audible en el espacio silencioso. Le meto un pie entre las piernas y la hago separarlas, encerrándola contra mí por el cuello.

—¿A quién esperas encontrar aquí? —musito en su oído mientras arrastro mis dedos entre sus pechos, sobre su vientre y más abajo, hasta donde mis dedos se encuentran con la dulce y suave carne. Está goteando—. ¿Es que quieres que te follen delante del personal? Todo lo que tenías que hacer era decirlo, cariño. Se puede arreglar.

Siento que traga bajo mi palma.

—Estoy muy cabreada contigo.

—Igualmente.

—¿Por *qué*?

—Por negarme esto. —Introduzco dos dedos en su abertura y las rodillas de Haley ceden. Está empalada en mis dedos en medio del pasillo. Temblando. Su coño palpita alrededor de esos dedos—. Sabrás exactamente lo furioso que estoy cuando termine contigo.

Retiro mis dedos y ella hace un sonido desolado. Haley levanta un codo, apuntando a mis entrañas, pero yo atrapo el golpe con una carcajada y cambio mi agarre para tenerla agarrada por el cabello. La llevo por el pasillo hasta mi dormitorio, mientras ella se esfuerza por seguirme. Puedo sentir lo que necesita. Es tan palpable como si ella hubiera dicho las palabras.

Así que la dejo caer en el suelo.

Cierro la puerta de golpe.

Cuando me doy la vuelta, Haley se abalanza sobre mí.

La atrapo en medio de un puñetazo a medias y la arrastro hacia mi cuerpo hasta que sus piernas se cierran sobre mis caderas. No hasta el final, no lo suficiente como para hacerme daño. Mi pecho se abre y la beso con la misma intensidad. Toda mi piel se tensa con el esfuerzo de mantenerla unida mientras el alivio y la lujuria animal azotan mi caja toráxica. La polla me duele más que la herida de bala. Ya está goteando semen. Me voy a morir de la necesidad por follarla.

Haley no es la única con una tormenta de emociones contenidas. Ni de lejos.

Llevarnos a la cama solo se complica un poco por el hecho de que no puedo dejar de besarla. Morderla. Chupar su labio entre mis dientes. La extiendo sobre la cama, abro sus piernas y me inclino para pasar mis dientes por uno de sus pezones.

—No te muevas, joder —le digo, y ella pone las palmas de las manos sobre el edredón. La misma postura que en la biblioteca, solo que no hay libros ni vestido. Solo el pecho hinchado de Haley y su coño rosado y húmedo, abierto al aire y a mí.

Me enderezo y ella se muerde el labio con los dientes.

—No te vayas. —Haley recibe una bofetada en el coño por eso. Jadea y levanta las rodillas, pero se lo piensa mejor y las vuelve a bajar—. Imbécil —dice, y abre las piernas.

Mi corazón se detiene al alejarse de ella, pero lo hago de todas formas.

No volverá a huir.

Lo que necesito está en el armario. Haley no se ha movido cuando vuelvo. Estoy demasiado cerca cuando ve lo que tengo en las manos y se apresura a sentarse. Tiene los pies a escasos centímetros del suelo cuando le paso la mano por el cuello y la empujo hacia la cama. Esto es lo que quería. La lucha. Intenta mantener las manos libres, pero le inmovilizo las muñecas y las ato con un trozo de cuero hecho especialmente para ella. Tiene un lazo en un lado.

—Que te jodan —susurra Haley mientras le llevo los brazos por encima de la cabeza. Para encadenarla, tengo que estirarme para alcanzar el accesorio del marco de la cama. Mi herida de bala protesta. Le digo que cierre la boca. Cuando vuelvo a mi lado de la cama, le muerdo el cuerpo con la suficiente fuerza como para dejarle marcas—. Que te jodan —jadea.

—El placer es mío.

Los grandes ojos azules de Haley no se apartan de mí durante los segundos que tardo en quitarme la ropa. El dolor de la herida de bala no es nada comparado con el dolor del resto de mi cuerpo. Sus ojos se deslizan hacia mi polla.

—Ya me has tomado antes. No te sorprendas tanto.

Sus ojos se encuentran con los míos de nuevo, y no es conmoción lo que encuentro allí.

Es hambre.

—Te odio —dice, con la voz grave.

—Te voy a follar por eso.

Con ambas manos en sus caderas, la arrastro hasta el borde de la cama. Le tapo la boca con la mano para que no vuelva a decirlo. Duele. Cada vez. Pero entonces le separo los muslos y su carne brillante me da una idea mejor.

Por segunda vez en una hora, me encuentro de rodillas. La primera y larga lamida de su coño convierte el *te odio* de Haley en un gemido.

Una vez que he empezado, no puedo parar. Está tan mojada, tan dulce y vulnerable. No hay nada que pueda hacer para alejarse de mí, y a su cuerpo le encanta. Le encanta cuando introduzco mi lengua en su abertura. Le encanta cuando le chupo el clítoris. Le encanta cuando deslizo dos dedos dentro de ella y los engancho. Su primer orgasmo de la noche la hace llorar.

Espero que llore todo el tiempo.

Se retuerce en la cama cuando me veo obligado a ponerme de pie por mi propia e insistente polla. Haley intenta, sin mucho entusiasmo, levantar uno de sus pies para darme una patada, para seguir jugando, pero la empujo hacia abajo. Lo más difícil que he hecho es esperar a que sus ojos se centren en mí, brillantes y nebulosos.

—No voy a ser suave —le advierto.

Sus labios se mueven, pero no sale nada. Estoy demasiado perdido en la tarea que tengo entre manos como para esperar más. Hago palanca con las caderas de Haley en la posición que quiero y muestro la cabeza de mi polla en su entrada.

Oh, joder.

Mi cabeza cae hacia delante y un escalofrío me invade. Apenas la estoy tocando, y ella ya está tratando de meterme dentro.

—Respira profundo.

No espero a que lo haga antes de meterme en mi hogar.

Ella está tan apretada que mi visión se oscurece en los bordes. Haley está sollozando, pero no es de dolor. Es de alivio. Como el alivio que siento ahora mismo. Es difícil para ella tomarme, de la misma manera que lo fue en la biblioteca. Tiene que trabajar en ello. Poner sus caderas a ello. Sus ojos están cerrados con fuerza.

—Mírame —le ordeno. Apenas puedo ver. Sus ojos son el único punto de enfoque, brillando con lágrimas y deseo. Son lo más bonito que he visto nunca.

Y esos ojos son la primera pista de que la estoy destrozando con estas largas y duras caricias. Sus labios se separan y emite un sonido como de súplica, una y otra vez. Lo he sentido, su voz, envuelta en mi polla, pero el jadeo abrumador...

Me hace enfadar.

No. No. Otra serie de empujones trae claridad. No es que me haga enfadar. Es que he percibido algo, lo he *sentido*, y es tan raro y poderoso que la inmovilizo con un agarre contundente en sus caderas.

Un lugar seguro.

Quiero algo más. Quiero algo más.

Me retiro y Haley jadea.

—No, no. Por favor, no te vayas.

Su otro pezón quiere mi atención, así que me inclino para morderlo. Haley levanta la cabeza para mirarme.

—Ahórrate los ruegos —le digo cuando termina de retorcerse por el dolor—. Los necesitarás.



CAPÍTULO DOCE

Haley

Se aleja de nuevo, y las lágrimas corren por mis mejillas. Leo debería ser demasiado para mí. Su cuerpo. Su crueldad. Pero el dolor que me ha dejado entre las piernas es tan delicioso que hace que broten más lágrimas. Es un reto. Eso es lo que es.

Tiro de mis muñecas atadas, pero es inútil. Tiene que haber una forma de mover mi cuerpo, pero me ha follado tan fuerte y con tanta precisión que no puedo pensar en nada más que en él.

Leo vuelve a entrar en mi campo de visión y todo mi ser se calienta. Separo las rodillas antes de saber lo que estoy haciendo. Una sonrisa peligrosa se dibuja en su rostro.

No sé cómo existe. No sé cómo un hombre tan hermoso y malvado camina por la tierra. No sé cómo sigo mirándolo. Pero lo hago, hasta el momento en que me toma entre sus manos y me da la vuelta.

Bruscamente.

Tardo un segundo en orientarme, y en ese segundo, Leo empuja una almohada bajo mis caderas y me inclina hacia arriba con su mano.

—Arriba. Ahora.

El filo de su voz es pura impaciencia, la ira burbujea debajo. No parecía enfadado cuando me follaba antes. Parecía absorto en ello. Perdido en ello. Nunca lo olvidaré temblando por el resto de mi vida. Pero soy una colección dolorosa de músculos y sangre y nada tiene sentido ahora mismo.

Pensé que habíamos dejado de pelear.

Tal vez nunca lo hicimos.

Sabrás exactamente lo furioso que estoy cuando termine contigo.

Se me pone la piel de gallina y tiro del cinturón -el cuero- que me ata las muñecas. Leo se ríe. No puedo girar el cuello lo suficiente para verlo con claridad. Solo las sombras de los bordes de su cuerpo cuando se levanta detrás de mí, la cama moviéndose para acomodar su peso.

—Te has acordado —dice.

Me castañetean los dientes de los nervios. Me pone las dos manos en el culo y prueba la carne allí.

—No sé qué...

—*Solo quieres hacerme daño* —repite—. Son tus palabras, no las mías.

Sus pulgares trazan lentos círculos y yo me tenso, esperando que me dé un azote con la mano o con el cinturón.

—Dijiste que querías hacerlo. Dijiste que querías que llorara.

—Correcto. —Leo pone las manos en horizontal y me separa las mejillas. El aire de su habitación no parecía fresco antes, pero ahora sí. Me convierte en hielo en todos los lugares menos en dos. Mi cara y entre mis piernas.

—Ahora vas a llorar.

Algo frío y resbaladizo hace contacto y me sobresalto contra mis ataduras.

—No. No, no, no. Por favor.

—Basta de eso —me dice—. Solo lo harás más difícil para ti. —Me arrastra hacia atrás por las caderas hasta que sus piernas forman el otro lado de mi jaula. Ahora no puedo moverme. En absoluto. Mi culo se presenta ante él, y no hay ningún lugar al que ir.

Sus dedos rodean ese lugar y presionan sin preámbulos.

Lágrimas instantáneas.

Recuerdo esto, de la biblioteca, pero ahora es más difícil de soportar. Es mil veces más intenso. Trabaja con sus dedos dentro de mí con una presión indiferente. Como si no le importara estar estirándome. Como si no le importara que necesito más tiempo para adaptarme. Como si no le importara lo mojada que me pone, lo horrible que es estar mojada por esto.

Leo hace un sonido en el fondo de su garganta.

—Pensé que ibas a pelear conmigo. Si es así, estás haciendo un trabajo terrible —añade otro dedo y todo en mí se tensa—. Buena chica. Desliza su otra mano entre mis piernas mientras lo dice y se ríe

de nuevo. Una risa malvada. Una risa satisfecha. Comprendo lo que va a hacer un momento antes de que lo haga.

Cuatro dedos.

—Por favor. Oh. Por favor. No puedo hacer esto, no puedo, por favor.

Me lleva al límite del miedo, ese estiramiento, y me oigo intentando respirar. Leo rodea mi clítoris con las yemas de los dedos.

—Deberías darme las gracias —comenta—. No tengo ninguna obligación de ayudarte.

—Gracias —jadeo, y el gruñido que responde me asusta más que cualquier otra cosa. Le queda muy poco control.

Soy yo quien lo ha empujado.

Soy la que lo ha llevado tan lejos.

Es tan caliente, y tan malo.

Leo saca sus dedos, dejándome vacía. Sus manos se posan en mis caderas y me siento quebradiza. Llevada a mi límite. Va a pasar ese límite.

—Esto es lo furioso que estoy. —Su voz es uniforme, razonable, pero puedo oír la nube de truenos detrás de ella—. Vas a tomar todo de mí en ese agujero impíamente apretado, y no voy a tocar tu clítoris de nuevo hasta que te lo merezcas.

—No —me oigo decir—. No esperes. Tócame ahora. Por favor. Leo, por favor...

Me ignora. Me abre de nuevo. Y esta vez, la presión anula todo lo demás en mi mente excepto un pulso de pánico.

—Eres demasiado grande. —Mi voz se ha vuelto aguda y apenas audible—. No funcionará. No funcionará. —Cuando le rogué antes, en la biblioteca, me quitó la opción. Cuando no pude ayudarlo a abrirse paso, me lastimó como un regalo en lugar de obligarme a hacerlo yo misma. Oh, no. Oh, no, lo está haciendo de nuevo.

La presión crece y me duele el coño. Por él. Solo lo quiero a él, lo cual es tan enfermizo y retorcido como cualquier cosa en la tierra. Con mi mente desatada así, la verdad es obvia. Lo quiero a él. Quiero sufrir por él.

Porque puedo sentir lo que le está haciendo, llevándome de esta manera. Puedo sentir el tenso temblor de sus músculos mientras se contiene para no destruirme por completo. Puedo oír la respiración entrecortada.

Leo se hunde en mí un centímetro más y pierdo todo el sentido del tiempo y del lugar. Mis lágrimas son estelas de calor sobre mi piel, pero están separadas, de alguna manera, de los sollozos mortificados que sacuden mi cuerpo. No se detiene. Dios mío, no se detiene. Esto es lo que es perder esta lucha. Es abrirse por completo. No más secretos. No más escondites. Ha tomado la opción de esconderse.

Se siente tan bien, y duele tanto.

—Por favor, no puedes —le ruego—. Por favor, por favor, por favor. —Esta invasión es el fin del mundo. Es una invasión que destruye el mundo. No puedo entenderlo.

Pero...

Tengo la embriagadora sensación de poder. Me está haciendo daño, sí. Está cumpliendo su promesa, sí. Y sin embargo, tiembla por mí. Por esto.

Voy a gritar por su tamaño, por la presión y el dolor y la insoportable necesidad de que me toque. Leo me aparta el cabello de la cara.

—No —dice—. Todavía no.

¿Todavía no qué? Me trago el grito por si se refiere a eso. Tal vez los dos estamos temblando tan fuerte que cada temblor me tira de las muñecas. No lo sé. Me acaricia el cabello y parece imposible que me esté tocando en tantos sitios a la vez. Está en todas partes. En todas partes.

—Luché de vuelta. —Desenfadado. Ligero—. ¿Cómo se siente?

—Duele —me ahogo—. Duele. Demasiado de ti. —Mis músculos se contraen.

Él gime y otro destello de miedo me enciende como un fuego eléctrico.

Sus dedos tocan la piel justo por encima de donde ha entrado en mí.

—Relájate, cariño.

—No puedo. —Se me corta la respiración. Se me doblan los dedos de los pies. No puedo. No puedo.

—Pues tendrás que esforzarte más —desaprueba y mi corazón se hunde. Quiero complacerlo. Quiero que me diga *buena chica*—. Sé lo mucho que te has esforzado. —Su pulgar, creo, roza el encuentro entre

nosotros y lo que más esfuerzo me cuesta es intentar no morirme—. Puedo ver lo mucho que duele. —Un sonido bajo, casi un gruñido—. Tus lágrimas hacen que quiera follarte sin sentido. Toma aire.

Lo hago y mi cabeza se aclara. El aire es tan bueno. El aire es lo único bueno. Leo es el aire.

—Hazlo de nuevo. Ya está. ¿Ves? —Su pulgar se mueve de un lado a otro sobre ese lugar mientras yo respiro, y luego es reemplazado por otra descarga de frío. Lo que sea que esté usando está sobre él y sobre mí. Clavo los dedos de los pies en el edredón. Ya no peleo. Ya he dejado atrás todo, excepto a él—. Tu cuerpo se acostumbrará a mí. Lo tomarás como venga. —Una risa que lo hace palpitar dentro de mí... joder, duele—. No tienes elección.

Mi siguiente respiración se convierte en un gemido.

Lo peor es que tiene razón. La presión no cesa, pero la intensidad de los aullidos retrocede unos pasos. Al principio solo puedo tolerar la invasión, solo vivirla momento a momento.

Y entonces.

Mi cuerpo reacciona.

Estoy indefensa ante él. El calor entre mis muslos se vuelve fundido y desesperado. Pero Leo ha impedido que pueda crear ninguna fricción contra mi clítoris. Sus manos sujetan mis caderas con demasiada fuerza para que me mueva, y su cuerpo impide que mis muslos se cierren, y estoy atada.

Estoy atada.

El orgasmo me golpea como un látigo, tan repentino que grito. Leo maldice, la retahíla de palabras es hermosa en su voz, y es porque le he apretado. Con fuerza.

Con pánico.

—Bien. —Él fuerza esto a través de los dientes apretados—. Bien. Déjame entrar. Móntalo. Grita si es necesario.

Vuelve a ocurrir. Las olas siguen llegando. Y yo también.

Leo elige este momento para cerrar sus manos alrededor de mis caderas y tomar el resto de mí.

Veo las estrellas. No tenía ni idea que quedara tanto de él, ni de lo que se sentiría al tenerlo asentado dentro de mí. El dolor es tan intenso que se convierte en no-dolor, en algo parecido al placer, en el placer de ser poseída de una manera tan primaria que existe fuera del tiempo. Fuera de Constantine y Morelli y todo lo que nos trajo aquí.

—Eso es. —Me tranquiliza—. Lo hiciste, cariño. Eso es todo de mí. Sí. Llora. Te lo mereces. Lo has hecho muy bien.

El príncipe oscuro se arrastra fuera de mí y me quita todo el aire de los pulmones también.

Su segundo empuje quema tanto como el primero, lo cual no pensé que fuera posible. No pensé en nada en absoluto, claramente. No tiene piedad, aumentando el ritmo hasta que siento que se rompe.

Leo me folla tan fuerte que no puede mantenerse erguido. Una mano fuerte baja cerca de mi cabeza para sujetarla. Ya no hay consideración por mí. Soy un sacrificio. Soy la conquistada. La prisionera atada.

Me hace correrme de nuevo y un ruido feroz se desgarra de él. El sudor brilla donde nuestra piel se toca. Está tan ido que me deja ver esto. No lo siento. No puedo ver nada. Mis ojos me han fallado. Mi mente es la siguiente. Recuerdo que esto es malo, que es sucio, que está mal.

—Ni de coña, cariño. —Leo mete la mano entre mis piernas y acaricia, las yemas de sus dedos arrastrándose a través de un vergonzoso resbalón. Cada palabra es interrumpida por pequeños cortes en su respiración—. No me dejes fuera. Abre. *Abre*. Buena chica.

Todo mi ser se centra en sus dedos, finalmente en mi clítoris, finalmente, Dios, finalmente. Leo se introduce en mí en el momento en que me corro por él de nuevo. Lo que hice antes fue llorar.

Esto es una liberación.

Me folla hasta el final de su propio orgasmo. Estoy a punto de perder la cabeza, de perderme a mí misma, cuando se produce un estiramiento y un pulso adicional. El calor de su derrame dentro de mí se alinea con los besos que presiona contra mi columna vertebral. Las vibraciones de su voz se mueven por mi pecho, por mi corazón, pero no puedo decir si son palabras o el sonido puro y sin filtrar del alivio.

Fue violento lo que hicimos. Un movimiento violento y una liberación violenta, y no entiendo lo intenso que es hasta que termina. Leo apoya su mejilla en mi espalda, jadeando.

Se me ocurre que soy un desastre de lágrimas con el semen de Leo dentro de mí. El pensamiento se aleja flotando antes de que pueda aterrizar.

Pasa un tiempo. La conciencia entra y sale como la señal de nuestra vieja televisión por satélite. Leo es pesado, pero se mantiene en pie. Estoy dolorida, pero esto es lo mejor que he sentido en días. Mis sentimientos siguen siendo complicados. Este momento se siente muy, muy simple.

—Me prometiste un baño —le digo.

Leo se retira de mí, y echo de menos su calor en cuanto se va.

—Cumplo mis promesas.

—En la biblioteca. Dijiste que podíamos venir aquí y bañarnos.

—¿Me estás escuchando, cariño, o te he jodido la habilidad?— Ahora está al lado de la cama, liberándome. Leo vuelve a colocar algo bajo la cama y se echa el cuero al hombro. Me empujo hacia arriba.

—Lo hiciste por ahora. —Ya he olvidado el principio de la pregunta.

Me muevo para apartar las piernas del lado de la cama y en su lugar caigo sobre el edredón. Leo se burla.

—Constantines indefensos. —Se agacha y me levanta en sus brazos.

Me pesa la cabeza, así que la apoyo en su hombro.

—No puedes hacer esto —le regaño de camino a su baño absurdamente grande—. Te vas a hacer daño.

Se detiene ante su vestidor y tira el cuero dentro.

—Es un poco tarde para estar preocupada por si me hago daño.

Me cuesta mucho concentrarme en otra cosa que no sean los latidos de su corazón y el calor de su piel.

—Que duela más, quería decir.

—Me dolería más por ti. —Leo se sienta en la repisa de su bañera y abre el agua. Me abraza con tanta facilidad. Tiene que estar causándole dolor. Tiene que ser una tensión en su herida. Quiero decírselo. Realmente quiero. Es solo que no puedo levantar la cabeza de su hombro.

Es solo que no quiero hacerlo.

El agua corre y Leo me deja descansar en su regazo. Me alisa el cabello y me pasa los dedos por la mejilla.

—Todavía estoy un poco enfadada contigo —admito.

Espera un momento, con los hombros tensos. Pero cuando no digo nada más, se vuelven a relajar.

—Estate enojada conmigo mañana. Estoy ocupado cumpliendo una promesa.



CAPÍTULO TRECE

Leo

Haley se despierta lentamente a la mañana siguiente, parpadeando a la luz, con una leve confusión en su rostro. Me recibe. He estado sentado en el borde de la cama.

—Hola —dice, con una sombra de cautela en sus ojos azules. No me cabe duda que aún está decidiendo si me odia. No soy tan ingenuo como para pensar que un poco de bondage ligero lo resolverá—. ¿Cuánto tiempo llevas levantado?

Me he duchado y vestido, aunque no sin un nuevo dolor en la herida de bala. Un nuevo dolor me despertó temprano. Era lo suficientemente insistente como para no poder volver a dormirme. El sexo de anoche probablemente debería haber sido más suave. Más lento. Pero a la mierda con eso.

—Un par de horas.

Arruga la frente y levanta el edredón. No me importaría ver su cara así, con las mejillas rosadas por el sueño, todos los días del resto de mi vida.

—¿Pasa algo?

—Eva va a venir. Pensé que querrías vestirte.

Haley frunce los labios. Esta es la parte de la pelea que no ha sido vencida por el sexo. Puedo ver en sus ojos que está analizando los pros y los contras de retirarse a su habitación.

—Tienes dos opciones. —Se asoma por encima de la manta—. Puedes bajar y unirte conmigo, o puedes quedarte arriba un día más. Si eliges el piso de arriba, te quedarás en esta habitación. La habitación de invitados ya está cerrada.

—Mi ropa...

—Está en mi armario. —Hice que trajeran sus cosas a la puerta después de que Haley se durmiera anoche y las llevé yo mismo al armario—. Todo lo del tocador del baño también ha sido trasladado.

—¿Me dejarías quedarme aquí todo el día?

—¿Sola? No. Subiré para asegurarme de que comes. —Ya la había atragantado con su propio postre, en el suelo de mi comedor. Verla sonrojarse y tener arcadas me puso tan duro que creo que me dejó una huella permanente en el cerebro—. No tengo miedo de ponerte de rodillas, cariño. Cueste lo que cueste.

Haley se sonroja, con las mejillas de color rosa intenso.

Tal vez lo haga sin importar lo que ella elija.

—Bajaré. —Ella extiende sus manos sobre el edredón en su pecho, como si eso fuera a evitar que la expusiera.

Ahora no. Las cosas que quiero hacerle llevarían más tiempo del que tenemos.

—Bien. Desayunaremos en el comedor en veinte minutos.

No ahogo a Haley con frambuesas en la mesa del desayuno, aunque me apetece mucho cada vez que se lleva una a los labios. A la luz de la mañana, con el cabello mojado recogido en un moño bajo, está diferente a como estaba anoche. En cierto modo, era de esperar. Le he follado el culo hasta las lágrimas. En otro sentido, me asusta. Su cuidadosa conversación mientras comemos me hace pensar que está vacilando.

Un paso en la dirección equivocada y me mirará con hielo en los ojos y una curvatura de disgusto en los labios. Mi pecho ya se siente magullado y roto. Varias veces, un instinto salvaje se convierte en una roca mellada en mi garganta. *Díselo*. Soy técnicamente capaz de ser honesto sobre cómo podría ser un golpe mortal si ella sisea que me odia una vez más.

Me pregunto si Haley lo sabe. Deja el tenedor al final del desayuno y me escudriña.

—¿Se supone que hoy tengo que estar en algún sitio en concreto?

—Hay té esperando en el estudio. Tengo algunas reuniones antes del almuerzo.

Sus ojos se iluminan. A Haley le encanta el estudio. Claro que sí, lo diseñé para que fuera cómodo. De todas las habitaciones de esta casa, es la que más he pensado. Está en el ala izquierda porque es más probable que la gente gire a la derecha cuando entra en el vestíbulo. Las estanterías albergan una considerada colección de libros. Hice que

Eva probara treinta sofás distintos antes de mandar hacer los muebles a medida.

—Voy a leer, entonces —dice con una suave exhalación, como si hubiera estado esperando toda su vida un día como éste.

Amargo, con nubes que atraviesan el sol de invierno. Es el día ideal para pasar junto al fuego, acurrucado con un libro y una manta.

En la puerta del comedor, se gira hacia el estudio. Sus rápidos pasos la llevan lejos. Pero luego se detiene y se vuelve.

—¿Comida?

Dios. Si esta chica, con esta esperanza en sus ojos, decide odiarme, será mi perdición.

—Iré a buscarte cuando sea la hora.

Ella sonríe. La cautela sigue ahí. La indecisión. Pero es una sonrisa de verdad. Una que devuelvo a pesar del nerviosismo que no me deja en paz.

Haley se aleja primero y mi teléfono zumba en mi bolsillo. Será el aviso de seguridad de que Eva está llegando.

Estoy en el vestíbulo cuando uno de los guardias abre una de las puertas dobles y Eva entra como si la hubiera traído una brisa fuerte. No está sola.

—¡Leo! —Daphne cruza el vestíbulo con la barbilla temblorosa y solo tengo tiempo de trazar un plan -tendré que agacharme para que no intente abrazarme por la cintura- antes de que esté allí. Sus brazos se cierran alrededor de mi cuello en un apretado abrazo. Una capa de frío se adhiere a la lana de su abrigo. Debe de hacer mucho frío fuera

si está tan congelada habiendo caminado solo desde el auto hasta el vestíbulo—. ¿Estás bien? Dime, ¿estás bien?

Eva está ocupada alisándose el cabello y desabrochándose el abrigo.

—Te dije que estaba bien. —Se encuentra con mis ojos por encima del hombro de Daphne, preguntando silenciosamente. *¿Estás bien?*

—Estoy más que bien. —Esta no es toda la verdad. El dolor de la herida aún no se ha convertido en un ruido de fondo—. No lo estaré si me asfixias hasta la muerte.

Daphne aprieta más fuerte, con los brazos temblando, y luego me suelta. Pone las manos en las caderas y me mira a la cara.

—No puedes ir así al hospital sin decírmelo, Leo. Es una mierda.

—Te habría mandado un mensaje, pero estaba inconsciente durante el trayecto.

Gerard sale de un pasillo lateral y toma el abrigo de Eva. Ella le dice algo que no oigo y asiente ante su respuesta.

—Hola, Gerard —dice Daphne.

Le tiende la mano para tomar su abrigo y espera mientras se lo quita.

—Hola, Daphne.

—Gerard —dice ella con dulzura—. Si vuelven a disparar a Leo y yo soy la última en enterarme, te haré responsable personalmente.

Es la primera amenaza que escucho de la boca de Daphne. Por las cejas levantadas de Eva, lo mismo para ella.

Eva y yo estallamos en carcajadas al mismo tiempo.

Duele la risa. Los puntos están casi disueltos, pero hay un extraño tirón en ese lugar. Lo ignoro. Porque también se siente bien. Como una vieja puerta que por fin se abre.

Gerard no se ríe.

—Entendido, Daphne.

Daphne mira a Eva y luego a mí. Hago lo posible por contener el resto de mi risa. Es una tarea imposible.

—Son lo peor.

Le paso el brazo por los hombros y la arropo a mi lado.

—Lo siento. Es que no eres un demonio Morelli aterrador. Eres demasiado dulce para las amenazas.

—Quizá no lo sea. —Daphne apoya su cabeza contra mí, y mi corazón se retuerce. No dejé que Eva la llamara hasta que llegó la hora de salir del hospital. No quería asustarla—. ¿Alguna vez has pensado en eso? Soy lo suficientemente mayor como para dar algunos codazos.

Puede que tenga veintitrés años y se haya graduado en la universidad, pero una parte de mí siempre la verá como la niña de once años que volvía a casa llorando del colegio. Daphne creció en la Mansión Morelli igual que yo, así que llegó con los ojos secos. Fue una suerte que yo saliera por casualidad. Por aquel entonces tenía veinte años, pero seguía viviendo en la mansión, intentando que Eden, Daphne y Lizzy tuvieran más tiempo para crecer. Para entonces ya había convencido a mi padre que venir por ellas era más problemático

de lo que valía. Así que estaba asistiendo a la universidad y buscando casa, pero la expresión en la cara de Daphne canceló todos mis planes.

Mi hermana esperó hasta estar dentro de su dormitorio, lo más lejos posible de la puerta, antes de echarse a llorar y contarme lo que le había dicho aquel cabroncete de su clase. El cuello de su jersey del uniforme azul marino estaba estirado por los tirones que había dado. Daphne era dulce entonces. Igual que ahora. Me hizo prometer que no le causaría ningún daño físico. Lo que hice fue peor. Ese gilipollas probablemente aún me esté buscando por encima del hombro, pero nunca volvió a joderla.

En fin. Relajo la mandíbula y le froto el hombro. Daphne puede ser intimidante si quiere. No la detendré. Pero he intentado darle una opción en el asunto.

—Ve a husmear entre las cosas de Leo —le dice Eva—. Tenemos cosas que discutir.

Daphne vuelve a dejar caer su cabeza contra mi brazo y gime.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta que soy una adulta?

—Es una conversación privada, hermana mía. Puedes venir a sentarte en nuestra revisión de seguridad cuando hayamos terminado.

—Ugh. Bien. —Daphne nunca ha sido de las que miran los informes y hacen llamadas. Se pone de puntillas para besar mi mejilla y se va—. Estaré en el estudio —dice por encima del hombro.

Tengo un momento de incertidumbre al respecto: Haley está en el estudio y las dos hablarán.

—Leo. —Me quedo mirando a Daphne. No hay nada que hacer sobre cualquier conversación que tenga con Haley—. ¿Tu oficina?

—Sí.

Gerard se encuentra con nosotros en el camino con una Coca-Cola Light para Eva y un café para mí. Se va antes de que pueda decirle que vuelva para la revisión. La chimenea crepita en mi despacho cuando Eva y yo entramos.

Se quita los zapatos y toma uno de los sillones junto al fuego, doblando una pierna debajo de ella mientras se sienta. Dejo el café sobre mi escritorio y me siento frente a ella. Eva comprueba que la puerta está cerrada y da un largo suspiro.

—¿Cómo estás realmente?

—Estoy muy bien.

Eva entrecierra los ojos.

—Parece que te duele.

—Es una herida de bala, Eva. Por supuesto que duele. —No le digo que el dolor se redujo a casi nada hasta esta mañana, y que no es lo mismo que antes. No voy a decírselo. Ella insistirá en una visita de seguimiento y yo no voy a ser el gilipollas que se sorprende continuamente cuando recibir un disparo no es como un paseo por el parque.

—¿Tienes fiebre?

—Qué curioso. Nunca me dijiste que habías estudiado medicina.

Eva me fulmina con la mirada.

—Sí. Tienes. Fiebre.

—No.

Sus hombros se relajan y toma otro sorbo de su Coca-Cola Light.

—Es hora de hablar de Haley. —Todo mi cuerpo se prepara para la batalla, los abdominales se tensan, los brazos duelen. Eva levanta una ceja—. Jesús, Leo. Cálmate.

Es difícil pero no imposible hacer una imitación pasable de relajación. No puedo tumbarme en la silla. Solo puedo apoyarme en un codo y apoyar la cabeza en el puño.

—Adelante. Háblame de Haley.

—Mándala a casa. —Eva sacude la lata. No hace eso a menos que esté nerviosa—. Ella es una Constantine. Ella pertenece a su familia.

—No voy a hacer eso.

—¿Cuánto tiempo vas a dejar que se quede? —La preocupación real ha aparecido en sus ojos—. ¿Hay una línea de tiempo?

—Nunca la dejaré ir.

—Leo ¿*Dejarás*?

Pongo los ojos en blanco.

—He hecho cosas peores que mantener a un Constantine a salvo.

—¿Es eso lo que estás haciendo?

—Sí.

—¿Para siempre?

No suelo enfadarme con Eva, pero las preguntas han provocado un brote de irritación. Mi corazón late, aunque no hay razón para estar en alerta. Este lugar está lleno de seguridad. No hay ninguna amenaza inminente aquí. Pero con Haley fuera de mi vista, no puedo estar tranquilo. Especialmente no con Eva sentada allí con su Coca-Cola Light y su tono razonable, diciéndome que destroce mi vida desde las costuras.

—Nunca voy a dejarla ir. Nunca. —Eva deja escapar un suspiro y me mira fijamente—. Si estás esperando que te dé una respuesta diferente, no lo hagas. Es una pérdida de tiempo.

—Te has enamorado de ella —dice suavemente—. ¿No es así?

No digo nada. No me molesto en ocultar mi rostro.

Eva se ríe, un breve estallido de incredulidad. Sus ojos se centran en algún punto detrás de mí y me pregunto si está viendo el hospital bajo una luz diferente. Me dije que eran los analgésicos.

Pero no es así.

—No hay... —Eva despliega las piernas del sillón y se apoya en él. Parpadea hacia el techo y, cuando vuelve a mirarme, su expresión es mortalmente seria—. No hay final feliz para ustedes dos. Lo sabes, ¿verdad? Caroline nunca te dejará cabalgar hacia el atardecer con Haley.

—Eso no depende de Caroline.

Mi hermana se pasa la mano libre por la cara.

—Gerard dijo que le hiciste un gran daño.

Por supuesto que lo hizo. Gerard vio a Caroline irse después de que yo terminara con ella, y es él quien fue a ver a Eva el día que me dispararon. Él es el que la hizo quedarse en casa mientras organizaban la seguridad necesaria para venir al hospital.

—Sí, bueno. Ella hizo un poco lo suyo.

—Va a venir a por ti. —La cara de Eva palidece—. Ella tiene una excusa. Tiene a su sobrina prisionera. El resto del mundo no sabe lo que hizo. Pensarían que está justificado que te mate.

Es mi turno de reírme de ella. Tan fuerte que duele. Tan fuerte que mis ojos arden.

—Eva, soy la Bestia de Bishop's Landing. El resto del mundo ya sabe que ella estaría matando a un monstruo.



CAPÍTULO CATORCE

Haley

Estoy a solo un capítulo de distancia cuando siento los ojos sobre mí.

—Hola, Daphne.

Me saluda desde la puerta del estudio.

—Hola. No quería interrumpir. Puedo encontrar otro lugar para esperar si prefieres estar sola.

—De ninguna manera. Ven a sentarte.

Daphne se deja caer en el sofá y suspira.

—Leo y Eva están teniendo una conversación privada. Es una mierda, en mi opinión. Los dos guardan todo tipo de secretos y todos los demás tienen que esperar para saber algo.

—Dijo que se reunirían esta mañana, pero si te hace sentir mejor, tampoco me dijo de qué iban a hablar.

Ella tira una manta del respaldo del sofá y se la arropa.

—Lo hace.

Cierro mi libro y lo dejo reposar sobre mi regazo.

—Pero en realidad no.

La hermana pequeña de Leo se muerde el labio como si estuviera sopesando si cambiar de tema.

En el silencio, se agolpan los pensamientos egoístas. Podría pedirle que hiciera algo por mí. Podría pedirle que enviara un mensaje a mi padre y a Cash para hacerles saber que estoy bien. Cash dijo que no le parecía buena idea llamar, así que no lo he hecho. Un mensaje de texto es demasiado arriesgado. Pero Daphne está relativamente desconectada, creo. No tendrían su número.

Pero... no. Daphne tiene mi edad, y hasta donde puedo decir, no está envuelta en esto como yo. Como lo está Leo. Ponerla en el medio no ayudará en nada y, además, ella lo adora como un héroe. Preguntarle a ella significaría explicarle toda la situación. Hay una razón por la que Eva y Leo la enviaron aquí. Me pregunto si es para protegerla de la realidad.

Decirle que estoy aquí en contra de mi voluntad rompería su ilusión de héroe como una bola de nieve barata.

—No me dijo que estaba en el hospital —dice finalmente Daphne—. Eva no me lo dijo hasta el día antes que tuviera que irse. Podría haber muerto y yo no me habría enterado.

Mi corazón se acelera. Quiero decirle que habría sido mejor no saberlo, pero no sería cierto. No puedo decirle que sería mejor que lo hubiera visto. Cada vez que mi mente divaga, siempre acaba en su despacho, en el suelo con él. La alternativa es imaginarle muriendo solo. Todo es terrible.

—Sé que fue un Constantine quien lo hizo. —Daphne hace un ovillo con las manos en las mantas—. Una persona pagada por los Constantine, quiero decir.

—Sí —Todavía puedo ver la mano de Ronan en la pistola—. Lo era.

Daphne mira hacia la chimenea, la luz viva en su piel. Leo estaba de pie a la luz del fuego cuando Ronan apretó el gatillo. Es hermoso siempre, pero el cálido resplandor lo ama. Lo amaba mientras su sangre cubría mi ropa y su cuerpo buscaba una salida al dolor. Lo amó mientras moría.

Enrollar las manos alrededor del libro me da algo a lo que aferrarme. Daphne me mira de nuevo. Me mira de arriba abajo. Me recuerda a Eva.

—Eres una Constantine.

Asiento con la cabeza.

—Tampoco me lo dijo. Solo dijo que te llamabas Haley. Pero es obvio, ¿no? Tienes el aspecto de un Constantine.

—Eso es todo lo que tengo. No soy de la parte de la familia con dinero. —Una punzada en el pecho, al pensar en nuestra casa con su revestimiento deteriorado y las marcas de quemaduras en el techo de los experimentos de mi padre y las pequeñas habitaciones, cada una más pequeña que el armario de Leo.

—¿Por qué todos lo odian tanto? —la pregunta de Daphne no contiene veneno. No es una puñalada. Ella quiere saber.

—Yo no lo odio —lo digo sin pensar. Solo sé que es verdad cuando las palabras salen de mi boca—. Y... no sé nada del resto de mis familiares. —*Familia* parece una palabra demasiado íntima para lo que Caroline y sus hijos son para mí, mi padre y Cash—. Es complicado.

La expresión de Daphne se mantiene curiosa y abierta.

—¿Complicado cómo?

—Creo que a veces el odio es realmente una tapadera del miedo.

—No da tanto miedo —resopla ella, desviando los ojos hacia el techo.

Cuando vuelve a mirar a los míos, una de las comisuras de su boca está curvada hacia arriba.

Soy la primera en romper a reír y en dejar caer el libro. Daphne se ríe de mí y eso me hace estallar de nuevo. Me duelen los abdominales, pero no puedo parar. Finalmente me quedo mirando la chimenea y pienso en plagas y accidentes de tráfico evitables. Funciona a medias.

En el sofá, Daphne se limpia los ojos.

—Bien, bien, bien. Sé que es aterrador. Cree que no lo sé, pero lo sé. Todo el mundo en Bishop's Landing lo sabe. Pero eso no es todo lo que hay en él. —Me mira a los ojos—. ¿Lo sabes?

—Lo sé.

Ella frunce los labios.

—¿Cuál es tu problema, entonces? ¿Sigue siendo complicado?

Eso es lo que le dije cuando me preguntó por qué estaba aquí. La primera vez que conocí a Daphne fue en esta habitación, y fue una completa sorpresa. No solo porque estaba en la casa de Leo como si fuera un hogar confortable y no el castillo de un príncipe vicioso, sino también porque era amable. Iba en contra de todo lo que creía saber sobre los Morelli. Resulta que Daphne no es la única Morelli capaz de ser amable. Eva podría haberme echado del hospital, pero no lo hizo. Y Leo...

Leo no tenía que dejarme ir a casa. Ni siquiera una vez. Habíamos firmado un contrato. Podría haberme mantenido con él.

Y si hubiera hecho eso, si se hubiera guardado la noticia de que mi padre había desaparecido, podría no haberse reunido con Caroline. Si no se hubiera reunido con Caroline, podría no haberla herido.

—Sí. —Daphne espera demasiado tiempo una respuesta mientras yo me pierdo en mi propia cabeza. Es inútil pensar en lo que habría pasado o en lo que podría haber pasado, porque lo único que importa es lo que pasó y lo que está pasando—. Ahora es más complicado, creo.

Daphne asiente, y mi pecho se aprieta. No quiero tener que mentirle si me pregunta por qué es más complicado. No quiero tener que decirle la verdad.

—Eva dijo que estabas aquí con él.

Mis pulmones se bloquean y me cuesta respirar.

—Por favor, no... —La miro a los ojos—. No puedo hablar de lo que pasó.

Nadie, aparte de un paramédico en la ambulancia, me ha presionado para que dé detalles sobre ese día. La idea de repetirlos en voz alta me pone enferma. No hay forma de describir la cantidad de sangre que había, y lo rápido que Leo se ahogaba en ella. Fui tan jodidamente inútil en ese momento. Ni siquiera se me ocurrió presionar la herida. Fue, de lejos, lo más horrible que me ha pasado nunca. No el hecho de haber presenciado un tiroteo. El hecho de que era inútil.

Y ahora estoy sentada aquí, diciéndole a Daphne tonterías sobre el odio y el miedo como si no le hubiera dicho a Leo que lo odiaba en su cara. Me llamó su prisionera, pero eso no es todo lo que soy. Como todo lo demás, es más complicado que eso. Él sabía que lo sería.

Lo que Timothy dijo en la cocina me viene a la memoria repentinamente. La vida de Leo ha sido hacer la cosas que la gente odia hacer. Timothy lo llamó un juego que no podía ganar. Timothy, el bastardo Morelli que vive en la casa de Leo y al que Leo no ha mencionado nunca, ni una sola vez, porque Timothy no quiere saber nada de la familia. Si tuviera que apostar dinero ahora mismo, apostaría a que Leo no le ha hablado a nadie de él. Ni siquiera a Eva.

Caroline lo puso en otra situación imposible. Ella ha estado haciendo eso desde que él tenía catorce años. Leo no podía pedir ayuda a sus padres porque habría sido mostrar debilidad. Casi lo mata. Cree que ahora no puede dejarme salir de casa porque Caroline podría hacerme daño. O peor, podría matarme. O peor aún...

—No tienes que decírmelo. —Daphne parece afectada. Se levanta a medias del sofá y me doy cuenta de que estoy inclinada hacia

delante en mi silla, con los dos brazos bloqueados sobre el estómago, apenas respirando.

—Lo siento. —Me pongo de pie y camino frente a la chimenea. Así mis pulmones tienen más espacio. No están tan constreñidos. El fuego está demasiado caliente, así que lo dejo para ir hacia las ventanas y miro hacia los terrenos. El sol se ha abierto paso entre las nubes y ha convertido la nieve en diamantes. Otra línea de las nubes entra rápidamente por un lado. La luz no durará.

—No, lo siento. —Daphne aparece a mi lado y me pone una mano en el brazo—. No debería haber dicho nada.

—Claro que quieres saberlo. Es tu hermano.

—Es mi hermano favorito. —Me da una palmadita en el brazo y se apoya en el alféizar, mirando al exterior conmigo—. Pero eso no es... no tengo que saber lo que pasó en la habitación. No es eso lo que quería sugerir.

—Sin embargo, sería razonable. Querer eso. Solo que no tengo las palabras.

—¿Honestamente? —Puedo ver que me mira de reojo—. No creo que haya nada que puedas decir que sea peor que mi imaginación. Pero no intentes demostrar que me equivoco. Lo digo en serio.

Se me escapa una risa, liberando parte de la aplastante presión de recordar.

—Trato.

—Solo iba a decir que me alegro de que estés aquí.

Me vuelvo para mirarla porque es muy extraño oírla decir eso.

—¿Lo estás?

—Sí —dice seriamente—. Se interpuso entre nosotros y el peligro muchas veces. Había días en que me levantaba y me llevaba a mi habitación. Tenía un reproductor de CD rosa y un montón de discos, y me decía que me pusiera los auriculares y que no saliera hasta que hubiera escuchado todas las canciones. Así que... —Daphne se lleva un nudillo a los ojos y respira profundamente—. Así que no se merecía pasar por eso solo. Me alegro de que alguien estuviera allí. Me alegro de que fueras tú.

—¿Pero por qué? —Yo, una Constantine. Yo, de la familia que le causó tanto dolor en primer lugar.

Daphne se encoge de hombros.

—Él te quería aquí. Leo no deja que entre nadie que no quiera. —Estira los brazos por encima de la cabeza y se pasa ambas manos por el cabello—. Después de esta conversación creo que estamos legalmente obligadas a ser amigas.

Me hace reír.

—¿Quieres que seamos amigas?

—Lo dices como si estuvieras muy sorprendida. ¿Tienes tu teléfono?

—De hecho, lo tengo. —Lo saco del bolsillo.

—Bien, guarda mi número. Mi nombre se escribe D-A-P-H-N-E y ya sabes cómo se escribe Morelli. —Daphne estira el cuello para asegurarse de que pongo su número correctamente y luego exige el mío.

—Haley. —Sus pulgares golpean la pantalla—. Solo voy a poner la C.

—Probablemente sea un buen plan.

—No, un buen plan es si prometes enviarme un mensaje de texto.

—Lo haré —prometo—. ¿Sobre qué?

—Si pasa algo, obviamente. Si Leo y Eva van a esconder cosas, entonces necesitamos un equipo propio. Pero también puedes enviarme un mensaje sobre cualquier cosa, si alguna vez te sientes sola. O si quieres comprar uno de mis cuadros.

Me hace reír.

—Por supuesto que quiero tener uno de tus originales. Estoy un poco corta de dinero.

—Simplemente roba la tarjeta de crédito de Leo —dice Daphne con un guiño.



CAPÍTULO QUINCE

Leo

Eva y Daphne se quedan a almorzar. Haley viene conmigo a despedirlas, y tengo planes sobre cómo pasar el tiempo entre el almuerzo y la cena hasta que me vuelvo hacia ella y la atrapo bostezando. Parece que está a punto de frotarse los ojos.

—Arriba —le digo.

Haley parpadea.

—¿Para qué?

—Una siesta.

—No duermo la siesta. —*Siesta* se convierte en un segundo bostezo y Haley se sonroja. Jodidamente. Adorable. Que esta mujer se sonroje al ser atrapada en una mentira tan simple y dulce me da ganas de besarla hasta que caiga de rodillas en el vestíbulo y luego aprovechar al máximo su boca, a la mierda la seguridad—. No sé por qué estoy tan cansada.

Podría decirle lo mismo, pero no lo hago. No tengo la costumbre de compartir ese tipo de información. No desde hace mucho tiempo.

Podría ser un alivio, admitirlo ante Haley, que un extraño cansancio pesa sobre mis párpados.

En cambio, sostengo su mirada hasta que se sonroja con un rojo más intenso. Hasta que puedo ver el recuerdo de anoche en sus ojos.

—Dos horas. —No me importa si duerme siestas de tres o de cuatro, mientras eso cure su anhelo de dormir—. Te enviaré tu ropa para la cena.

La luz en sus ojos baila.

—¿Vamos a algún lado?

—Espero que estés presentable en mi comedor.

Ella se ríe un poco, y odio el pequeño borde de incertidumbre en su voz. Odio la presión nerviosa que se acumula en mi pecho. Nos entendimos anoche, pero es diferente a la luz del día. Diluye el aire de la habitación.

—Dos horas —repito, y Haley asiente. Sus ojos se deslizan por mi mejilla y bajan a las manos en mis bolsillos. Sus grandes ojos azules vuelven a los míos y mi corazón se detiene. Ella me ha mirado así antes. En la biblioteca. *Una última mirada a tu cosa favorita*, le dije, y sus ojos se quedaron en mí durante tanto tiempo que mi piel se iluminó con una sensación susurrante, una brisa sobre la carne caliente. Ese sentimiento se quedó conmigo hasta que la despedí y salí a un viento amargo.

Contengo la respiración.

Haley aparta la mirada de mi cara y retrocede medio paso, luego otro, y entonces el aire en mi casa es el mismo viento helado. Sube las

escaleras con un bostezo. En el escalón superior, mira hacia atrás por encima del hombro. No puedo leer lo que hay en su rostro.

¿Una invitación?

La seguiría a la cama ahora mismo si me lo pidiera.

Doy tres pasos hacia la escalera y me detengo.

Una última mirada a tu cosa favorita.

El libro.

Me follé a Haley por primera vez frente a una primera edición de Jane Eyre. Ese libro me vio hacerla sangrar y llorar. Sus páginas estaban abiertas para uno de mis primeros orgasmos en años que no me recordaba a Caroline. Era como si Haley la hubiera reemplazado en mi memoria, la hubiera borrado con sangre y sacrificio.

Entonces, ¿dónde diablos está ese libro?

Hice una llamada esa noche. Desperté a la gente mientras mi corazón se paralizaba y jadeaba por enviar a Haley lejos. Incluso si nunca la volviera a ver, el libro lo haría. Sería de ella. Ya debería haber sido mío, para dárselo a ella.

Mi teléfono está en mi mano antes de girar en la dirección opuesta, hacia mi oficina. La persona con la que hablé esa noche era un asistente en la División de Libros Raros. Tengo un correo electrónico de confirmación de la conversación. Su número suena tres veces antes de que conteste.

Corto su saludo a mitad de la oración de camino a mi oficina.

—Leo Morelli. Quiero una actualización de mi compra.

—Señor Morelli. —No hay pájaros en el árbol fuera de mi ventana—. Déjame poner al Señor Bowman al teléfono.

He trabajado con el Señor Bowman antes. No pasan ni diez segundos antes de que esté en la línea.

—Leo.

—Espero que su asistente no haya cometido un error.

—No lo hizo. —Una respiración—. Quería decirte personalmente que había otro comprador para la pieza por la que habías preguntado.

—No, no lo había.

—Un comprador anterior.

Meto la mano libre en el bolsillo para no romper la ventana. Dejar que me corte. No me importa.

—Si lo vendiste, te juro por Cristo…

—Retuve la pieza. —El tono de Jeff es tan nivelado que la decepción enfermiza se enfría un poco—. Su pedido llegó solo unas horas antes que el tuyo. Pensé que era extraño que no lo hubieras sabido, así que le dije que había una retención en la compra.

—Aún lo tienes.

—Sí. —Él baraja algunos papeles en el fondo. Jeff tiene más que decir y no quiere decirlo—. Todas las solicitudes están fechadas y archivadas. Tenemos disposiciones en la política para pujar por un artículo, pero…

—Superaré su oferta.

—Él ha dejado en claro que no hay un límite superior.

Que mierda. Haley tenía lágrimas en los ojos cuando miró ese libro, y me burlé de ella por llorar por eso. Estoy seguro como el infierno que no voy a llorar, pero una furia aullante se ha abierto en la boca de mi estómago. Nadie me supera. Nadie me quita el control así.

—Envíame su número.

—Estoy feliz de negociar una resolución, Leo, si prefieres…

—El número, Jeff. Que esté en mi pantalla cuando termine esta oración, o te doy mi palabra de que te haré a ti y a todo tu personal una visita que… —Una vibración sutil anuncia un mensaje de texto—. Gracias.

—Esperaré los resultados de su conversación. —Nunca he tenido motivos para amenazar a Jeff antes. Nunca tuve que usar la máscara Morelli en mis visitas a la biblioteca. Una disculpa se me clava en la garganta—. El nombre del comprador es Hades. Tengo su primer nombre aquí, si me espera…

Termino la llamada y marco el número que espera en la pantalla. Suena, y suena, y finalmente una voz áspera responde, dando un nombre que no es el que estoy buscando. Las palabras que salen de mi boca no se registran. Es una serie de amenazas y demandas, mi lengua materna, y desgasta al extraño. Estoy empapado de adrenalina y algo que debe ser pánico. Se siente como rabia.

Hay una larga pausa.

Y luego…

—Es extremadamente inusual que una persona convenza a mi jefe de seguridad de desobedecer órdenes. Tienes mi atención, por el

momento. —La voz al otro lado de la línea es una placa de hielo brillante. Suave, frío e inquebrantable. Como nada que haya escuchado antes. Así es como los Constantine desearían sonar.

No dejo que el escalofrío resultante se infiltre en mi voz. Esa gélida calma no es suficiente para apagar el fuego humano que soy actualmente.

—Deberías contratar a un hombre que no se deje influir tan fácilmente.

—Por suerte para ti, él es el único en mi casa que puede arriesgarse a sugerir que me levante de la cama para una llamada telefónica.

Ya no veo el patio afuera.

—Lamento haberte despertado.

Una risa baja y oscura.

—No estaba durmiendo. Ahora dime el nombre del implacable hijo de puta que hizo llorar a mi esposa.

Los celos me atraviesan al escuchar *esposa.*

—Leo Morelli.

—Ya sabes que mi nombre es Hades, si estás llamando a este número. Hazlo rápido, Leo. ¿Qué no podía esperar una hora?

—Hay una pieza que ambos reclamamos en la Biblioteca Pública de Nueva York. Una copia de la primera edición de Jane Eyre. Única en su colección. —Mi mano se cierra en un puño en mi bolsillo. Nunca he querido poseer nada tanto como quiero esto. Mi necesidad está tan

envuelta en mi necesidad de Haley que mi columna se siente en llamas. El dolor se extiende a lo largo de los nervios y rueda alrededor de mis costillas—. Se supone que es mío. Preferiría resolver esto de una manera civilizada, pero estoy dispuesto a asesinar a todos los hijos de puta que se interpongan entre nosotros dos y algo más, si ese es el costo.

No puedo respirar cuando termino de hablar. Estoy en la parte superior de la rueda, mi dolor ha alcanzado su punto máximo de una manera violenta y apresurada. Mi herida de bala late junto con ella.

Un silencio pensativo dura unos latidos más.

—¿Cuánto tiempo te ha mantenido despierto por la noche?

—¿El libro? —Descubro que estoy agarrando el alféizar de la ventana, con los nudillos blancos.

—El dolor.

Mi cuerpo se congela tan abruptamente, tan completamente, que mi corazón se olvida de latir. Nadie, *nadie*, ha sido tan contundente. Y por el puto teléfono.

—No sé de qué estás hablando.

Hades se burla.

—No seas tímido. Puedo oírlo en tu voz.

—Cómo. —Si hay una forma de ocultarlo, tengo que saberlo.

—Nosotros dos nos conocemos. —No se refiere a él y a mí. Se refiere a él y al dolor.

Nunca sabré lo que me posee para decirle a este imbécil la verdad.

—Dieciocho años.

—Es constante, ¿verdad?

—Sí. —Mi agarre en mi teléfono es tan fuerte que la carcasa se dobla. No le he dicho a nadie que la diferencia entre los lugares de la rueda se está reduciendo. Que el dolor menor es cada vez más doloroso.

—Y es particularmente difícil mientras hablamos.

—Sí. —Quiero mantener la boca cerrada, pero me escucho decir—. El daño a los nervios sigue empeorando. Tengo mis dudas sobre que sea compatible con la vida.

—Ya veo. —Durante el silencio lucho contra las ganas de preguntarle si resolvió esto. Si hay una salida que no sea la muerte. No lo tengo en mí para escuchar la respuesta—. Este libro. ¿Significa algo para ella?

¿Cómo lo *sabe*?

—Ella lloró al verlo.

—Mi Perséfone llora de alegría por libros como tu…

—Haley —suplico. Ya no sé quién soy.

—Como tu Haley. Elegí algunos de ellos en nuestra última visita a la biblioteca, no hace mucho. Puedo elegir otro. No echará de menos a Jane Eyre.

Entonces vuelve a mí. El guardia, Eugene, diciéndome que habían tenido otros visitantes. Describió a la esposa de este hombre como una pequeña luna que nunca se apartó de su lado.

—Eres el imbécil con los ojos extraños.

La risa de Hades es como un soplo de viento sobre una montaña nevada.

—Estoy herido. También tengo otras características, como ser un terror despiadado. —Tiene el tenor de una broma. No estoy seguro de que lo sea—. Para el futuro, debes saber que solo mis hermanos amenazan con matarme sin consecuencias fatales. Lo dejaré pasar, pero solo porque me recuerdas a esos bastardos insufribles. También le informaré al Sr. Bowman que ya no estoy interesado en tu libro.

—Gracias. —Se siente extraño en mi boca. Tan extraño como la discusión casual que acabo de tener con un perfecto desconocido sobre el secreto que he estado guardando durante más de la mitad de mi vida—. Lamento… haber molestado a tu esposa.

—Entre tú y yo, ella estaba llorando antes de nuestra conversación. Ahora ha tenido que esperar su recompensa. No me interrumpas de nuevo.

La llamada se corta, y vuelvo a mis sentidos para encontrar mis dedos enroscados en mi propio cabello, mi cabeza inclinada hacia atrás para poder mirar el techo de mi oficina. Me siento más ligero y pesado al mismo tiempo. Me acomodo en el sillón junto al fuego y parpadeo ante las llamas.

Un minuto después, recibo otro mensaje. Es de Jeff. El libro de Haley estará aquí al atardecer.



CAPÍTULO DIECISÉIS

Haley

La caja está al final de la cama de Leo cuando me despierto. Negra, decorada con una cinta de color blanco crema que se siente demasiado agradable como para tirarla. Una vez que está en un lugar seguro en la mesita de noche, me armo de valor para abrir la caja.

Mis mejillas se calientan cuando deslizo la parte superior gruesa y fría del resto. El hecho de que él no esté aquí, el hecho de que envió ropa, el hecho de que me dejó caer en su propia cama para dormir una siesta, me siento…

Tímida.

En el interior hay una capa de papel de seda del color de la cinta. Contengo la respiración. Dejo que la palma de mi mano descanse sobre las sábanas. Al igual que la caja, las capas son suaves y perfectas. Cualquier cosa podría estar debajo. Podría ser lencería, pequeños trozos de encaje destinados a exponerme a él. Podría ser un conjunto de la misma ropa cómoda que he estado usando desde que llegamos a casa, desde que llegamos a la casa de Leo. O podría ser algo más. Mi pulso se acelera en mi garganta. No porque tenga miedo

de una u otra opción, sino porque todas ellas contienen sus propias posibilidades.

Sería propio de Leo hacerme sentarme remilgadamente durante la cena con mis pezones visibles. También sería propio de él vestirme con ropas sencillas y hacerme sentar frente a él con sus hermosas prendas, aquí en su castillo.

Levanto el papel.

Leo se ha ido por la puerta número tres.

Anidado en el papel con su marco negro hay un vestido rosa grisáceo. Se siente como pétalos, suave y sedoso, y en el momento en que lo saco de la caja se despliega hasta el suelo. Se me escapa un grito ahogado y reviso la puerta, aún cerrada. No me atrevía a soñar con vestidos como este mientras crecía. Mis vestidos para los eventos Constantine oficiales eran prestados y defectuosos y nunca fueron míos.

Este fue hecho para mí. Fue sacado de un sueño. Una capa casi translúcida de encaje roza el rosa. Todo es brillante, diáfano y femenino. Apenas puedo volver a dejarlo.

Pero tengo que hacerlo, porque Leo quiere verme usándolo.

Y debido a que ha elegido algo tan exuberante y elegante, me imagino que quiere hacer cosas sucias que terminan en súplicas y lágrimas mientras está en mi cuerpo. Mi cara arde.

La señora Page es la única que entra mientras me arreglo. Cuando llega, ya he encontrado la ropa interior a juego en la caja. Ella trae

zapatos. El ama de llaves está en silencio mientras me cierra el vestido. Capto su mirada en el espejo.

—Hermoso —dice ella—. Estará complacido.

Eso espero. Y estoy nerviosa. Nerviosa por la conversación que podríamos tener mientras llevo puesto este vestido. Nerviosa por la conversación que quizás no tengamos.

Bajar la escalera requiere toda mi concentración. Lo último que quiero es tropezar y caer. Honestamente, nada sería más vergonzoso. Así que no veo a Leo esperando en el fondo hasta que casi estoy allí.

Espera con las manos en los bolsillos, la luz de los apliques de la pared titilando en las oscuras profundidades de sus ojos. Nunca había visto un esmoquin tan perfectamente ajustado al cuerpo de un hombre. Estoy celosa de la forma en que toca su piel. Es un príncipe, se ponga lo que se ponga, pero el negro sobre el negro de su camisa y chaqueta me deja sin aliento.

Una comisura de su boca se levanta. Si no tuviera la baranda en un agarre mortal y el dobladillo de mi vestido levantado una pulgada, me llevaría una mano al corazón. Devastador. Él es devastador. De tantas maneras.

Leo me tiende una mano.

—Baja, cariño. A menos que prefieras quedarte ahí toda la noche.

Oh. He dejado de moverme. Y hay testigos. El equipo de seguridad habitual está en el vestíbulo, todos mirando hacia delante con expresiones neutrales, pero puedo sentir su atención en mí. Sobre nosotros.

Suelto la barandilla y tomo su mano. Me guía por los últimos escalones y coloca mi mano en su brazo. Junto a él, es imposible sentirse algo más que pequeña. Y a salvo, a pesar de mí misma. Leo se inclina hacia abajo, su aliento rozando el borde de mi oreja, y murmura:

—Luces impresionante. Los está matando no mirarte.

—¿Quieres que lo hagan? —Mantengo mi voz baja mientras nos guía fuera del vestíbulo hacia el comedor.

La mirada de Leo es una quemadura rápida sobre mi piel.

—No. No estoy de humor para una pelea.

Doblamos la esquina hacia el comedor, y esta vez, me las arreglo para sofocar mi jadeo. No puedo ser la mujer que anda jadeando por todo. Es solo… la habitación. La *habitación*. Siempre es hermosa, pero ahora se ha transformado.

Nuestra mesa junto a la ventana es una obra maestra oscura realzada con crema y acentuada con rosas del color de mi vestido. Están esparcidas sobre la mesa en una constelación floral, y todo está iluminado por velas. Velas en el alféizar de la ventana y soportes en las paredes. La única luz regular brilla suavemente en el centro del arreglo en el alféizar, realzando la luz de las velas.

—¿Te gusta? —La pregunta atrae mis ojos hacia su rostro y mi corazón late con fuerza. Todo el tiempo que he estado mirando las decoraciones, él me ha estado mirando a mí.

—Es… —Pongo mi mano en mi pecho—. Es encantador. Es más que encantador. Me encanta.

Me trajo aquí para una cena a la luz de las velas antes, pero esto es completamente diferente. No hay sarcasmo en su elegancia cuando saca la silla para mí.

El mareo se está instalando en mí.

Porque es aplastantemente guapo. Porque esto se siente especial y separado. Porque hay una pesadez entre nosotros: el peso de las cosas que hemos dicho y las que no.

Leo me mira desde su asiento y toma aire. Él tampoco sabe qué decir. Esto hace que la habitación se sienta como si estuviera inclinada en un ángulo desconocido.

—¿Leíste algo bueno esta mañana?

—Realmente no. No porque no lo intentara. Solo había leído un capítulo cuando entró Daphne, y luego estuvimos hablando. ¿Cómo estuvo tu reunión con Eva?

—Bien —responde. No suena como la verdad completa, pero estoy abrumada por la incomodidad y no presiono. Este hombre me ha quitado toda virginidad. Yo quería que lo hiciera. Pero ahora mismo estamos en una primera cita muy complicada.

Caminamos de puntillas a través del plato de ensalada que son ensaladas en miniatura. Leo me dice que no le gusta la ensalada y yo le digo que a mí tampoco. Dice que se lo dirá a los chefs. Le pregunto qué prefiere como entrada y dice que le gustan los panecillos recién horneados con mantequilla. Es difícil ser así con él. Cada pregunta superficial se vuelve más y más pesada. Me estoy quedando sin ideas. Falta un semestre para obtener mi título universitario y todavía no puedo mantener una conversación decente.

Llega el plato de sopa.

Es una calabaza moscada sedosa, delicadamente especiada. El primer bocado cae con una explosión de sabor invernal, y le echo un vistazo a Leo para ver si a él también le gusta.

Su cuchara se cierne sobre su tazón por unos momentos. Luego lo vuelve a bajar, con el ceño fruncido.

—¿Que duele?

Leo mueve sus ojos hacia los míos.

—Nada.

—Mentiroso. Dime. —La incomodidad comienza a desaparecer y tomo mi primera respiración completa de la noche.

Él suelta un suspiro.

—Es doloroso. Levantar la cuchara. —Espero—. Se siente diferente hoy.

La herida de bala.

—No pensaré menos de ti si te saltas la sopa.

Sus ojos brillan y la intensidad inunda la habitación, mi cuerpo.

—Quiero la sopa. Es mi jodida sopa favorita. —Leo suelta la cuchara, su otra mano subiendo para frotarse la frente, y ahí está, en la superficie: el costo de recibir un disparo. De recuperarse. De sentir dolor—. No puedo hacer esto.

Dejo mi propia cuchara, con el corazón acelerado.

—Si quieres volver arriba…

—No puedo dejar que pienses que obtengo algún placer en esto.

—¿En la cena?

—En mantenerte cautiva.

Mi corazón golpea en mis costillas dolorosamente. No tengo palabras. Leo sí.

—Me arrepiento de ello. Mantenerte aquí. Me arrepiento de la forma en que te lo dije. Pensé… —Apoya la mano sobre la mesa, un puño que se abre y se cierra—. Sabía que me odiarías. —La voz de Leo se rompe en *odiarías*. Debería levantarme e ir hacia él. No parece posible. Mis piernas se sienten inútiles y tambaleantes, incluso sentada—. Sabía que me odiarías por eso y pensé que sería más fácil si hacía que sucediera antes.

Mi boca está seca como una hoja caída.

—¿Lo fue?

—Joder no. Es una tortura. —Esto, de un hombre que ya sufre tanto, roba lo que queda de mi aliento—. Tienes todo el derecho a despreciarme. —Me pican las palmas con el recuerdo culpable de empujarlo, lastimarlo—. Me lo merezco. Pero no lo quiero. —Cierra los ojos, un segundo, tal vez dos, y estoy congelada en mi asiento. Cuando abre los ojos, le brillan de dolor. Mucho. Tan profundo que me aturde—. Soy un bastardo malvado y egoísta, Haley, y no quiero que me odies.

No puedo hablar

—Pero viviré con eso. —Sus ojos brillan, y veo cómo paga por decir esto. La moneda es el dolor—. Viviré contigo odiándome.

Porque esta tortura no es nada comparado con cómo me sentiría si te pasara algo. No podría vivir conmigo mismo si tú… Si fueras herida. No podría soportarlo. Todo menos eso.

Yo. Soy la que puede romperlo. Perderme es la línea que no cruzará porque lo destrozaría. Y él piensa que es egoísta por eso, después de todo.

—Leo…

—Lo desharía —dice esto apresuradamente, como si las palabras finalmente fueran demasiado para guardarlas—. Si hubiera sabido que vengarme de Caroline te pondría en peligro, no lo habría hecho. Lo desharía ahora mismo si pudiera.

—No, por favor. Por favor, no te arrepientas de eso. —Nunca me he considerado una persona sedienta de sangre, pero ahora mismo lo soy—. Lo que Caroline te hizo fue… —Asqueroso. Me enferma pensar en eso, y tal vez soy una cobarde por siempre sacarlo de mi mente—. Ella es un monstruo. Nunca te culparé por hacer lo que tenías que hacer.

Leo mira hacia la mesa, su pecho palpitante, y por un momento vertiginoso creo que voy a ver cómo se derrumba por completo. Cuando vuelve a mirar hacia arriba, la tristeza desnuda en sus ojos envuelve mis pulmones y los aplasta.

—No era lo que tenía que hacer.

—Está bien si lo fue. Yo hubiera querido hacer lo mismo.

—No. —Una sonrisa fantasmal se dibuja en su rostro y desaparece—. No obtuve ninguna satisfacción de ello. No sentí como

si algo hubiera sido… arreglado. Esperé tanto tiempo para la venganza. Tanto. Más de la mitad de mi vida. Estaba seguro de que cuando lo consiguiera, cuando la obligara a sufrir tanto como yo, llenaría este… este vacío. —Se lleva una mano al estómago y juro que yo también puedo sentirlo. Una oscuridad amarga y vacía—. Pero no fue así. —Las palabras se le escapan, sin aliento y agonizante—. Y ahora creo que nada lo hará nunca. Esto es solo lo que soy.

—Eso no es cierto.

—Lo que es cierto…—Deja escapar un gran suspiro—. Lo que es cierto es que no te invité a cenar para arruinarlo pidiendo lástima.

Leo toma su cuchara en su mano y maldice por lo bajo, su rostro oscurecido por el esfuerzo de mantenerse bajo control. Lo inclina hacia el tazón y comienza a levantarlo. Antes de que pueda, su brazo se pone rígido y tembloroso.

Una respiración superficial. Me recuerda cuando lo apuñalaron, cuando su dolor era fuerte y él sostuvo mi mano en la parte de atrás de su cuello y no me soltó.

La cuchara cae de su mano al tazón, y la sopa salpica, aterrizando en la parte delantera de su camisa.



CAPÍTULO DIECISIETE

Haley

Mi corazón se rompe por él, tan claramente que hay un *chasquido* audible.

Espero que oculte su rostro. Espero que se levante de la mesa y se vaya. Que se encierre en su dormitorio y cierre la puerta. Pero Leo me mira a los ojos con una expresión tan indefensa que me sorprende. El agotamiento y la desesperación oscurecen el oro de sus ojos. Su siguiente aliento es un suspiro. Su próximo aliento dice *No me queda nada*.

Lo *veo.*

Todo de él. Este es el verdadero Leo. El que está debajo de su espectáculo exterior de poder y control. El que está debajo de la ira que maneja como un arma. Es una elección consciente y dolorosa para él abrirse a mí de esta manera. El riesgo debe sentirse inimaginable.

Porque eso es lo que pasa con los Constantine y los Morelli y cualquiera que se mueva en un mundo de dinero y reputación. Es especialmente cierto para Leo, comenzando en la infancia. La ilusión

debe ser protegida a toda costa. Revelar que eres una persona como todos los demás es exponerte a ti mismo.

Leo no es una ilusión.

Está roto y a veces es cruel, pero es real.

Él podría ser mío, si lo dejara.

Me levanto de mi asiento, tomando la servilleta de tela conmigo, y me acerco a él.

Leo empuja su silla hacia atrás. No me pongo de rodillas entre las suyas. Con sus ojos oscuros siguiendo cada movimiento, me acomodo en su regazo. Mi corazón nunca ha latido tan fuerte.

Esto va más allá de todo lo que hemos hecho. Cualquier conversación que hayamos tenido.

Leo pone su brazo bueno alrededor de mi cintura, y entonces lo siento.

Sus manos están temblando.

Toco la sopa de su camisa, pero ya está desapareciendo. La mandíbula de Leo se mueve cuando levanta la mano de la mesa y la pone sobre la mía. Mi garganta se cierra, doliendo por su mano temblorosa. Podría haber intentado ocultármelo. Podría haber fingido que no estaba pasando, que no es más que una bestia enojada, pero tomó el riesgo final y me mostró, abiertamente, que es humano. Que tiene el corazón roto. Que no sabe qué hacer.

¿Por quién más ha hecho esto? Eva, porque no tenía otra opción.

Pero no así.

Aprieta mi mano sobre la servilleta una vez, luego dos veces, con los ojos todavía en la mesa. El temblor disminuye. Es un esfuerzo increíble detenerlo. Pero cuando lo tiene casi bajo control, deslizo mi mano de debajo de la suya y dejo caer la servilleta sobre la mesa. Porque necesito mirarlo a los ojos para hacer esto.

Leo no se resiste cuando pongo mi mano debajo de su barbilla e inclino su rostro hacia el mío. Sus ojos negros y dorados brillan con resignación y esperanza. *Sé que me odias*, dice su expresión. *Por favor no lo hagas.*

—Tal vez debería odiarte por todo lo que has hecho, pero no lo hago. —Los hombros de Leo se hunden y su brazo se aprieta alrededor de mi cintura—. No puedo. Lo dije para lastimarte, y porque pensé… pensé que no podías ser lastimado.

Una sonrisa irónica aparece en su rostro, pero luego se desvanece.

—Había pensado que casi morir te habría demostrado que no soy invencible. Tengo terribles debilidades.

—Eso no es debilidad. —Todas las cosas que he aprendido sobre él se reorganizan en la imagen completa de su miedo—. Pasar frente a una bala por otra persona no es una debilidad.

—Mi familia no estaría de acuerdo.

—Tu padre no estaría de acuerdo. Eva no apareció en el hospital con los ojos rojos e hinchados porque pensara que eras débil. Siempre has sido el fuerte y estoy segura de que ella estaba aterrorizada de que te matara.

Él traga.

—Pensaba que lo hizo.

Soy lo peor. Soy la bastarda egoísta de la habitación, porque todo este tiempo me he centrado en cómo me fue en esa habitación.

—Esperaba que no recordaras la mayor parte.

—Lo recuerdo todo. —*Todo* es más que el tiroteo. Más que Ronan. Más que Caroline. Todo—. Lo dejé entrar porque sabía que sería mejor si finalmente estaba muerto.

—No.

Se encoge de hombros.

—Estaba seguro. Hay disposiciones en mi testamento para enviar mi dinero a donde debe ir. Y… —Leo vuelve a respirar hondo y me duele el corazón, me duele de verdad, y hay tanta honestidad en su voz que voy a llorar—. Pensaba que no te volvería a ver. Morir parecía preferible a eso.

Un parpadeo y las lágrimas se derraman por mis mejillas.

—Pero entonces entraste en esa habitación… —Sus ojos se mueven sobre mis lágrimas, mis labios—. Incluso entonces pensé que sería mejor morir si eso significaba que Ronan te dejaría vivir. Al menos entonces estarías segura de que estabas… —Leo toma mi mano y aparta la mirada, y me trago un sollozo—. Al menos si me vieras morir, sabrías que estabas a salvo de mí.

—No quería estar a salvo de ti. Quería estar contigo, sin importar lo que hiciera Ronan. —Los sollozos reprimidos se mueven a través de mí en un escalofrío, y Leo me mira a los ojos.

Levanta la mano -deliberadamente, sé que duele-, y me aparta el cabello de la cara.

—Lo sé. Lo vi en tu cara, después de que él… —Su mandíbula se mueve—. Después. Cuánto miedo tenías y cuánto te esforzabas por ocultarlo. Así que traté de no morir. Desde Caroline, pensé que le daría la bienvenida a la muerte, pero ese no fue el caso. Quería quedarme contigo más que nada. Y no pude. Luego, descubrí que viví… —Una sonrisa se dibuja en su rostro y se desvanece—. Ya he hecho lo suficiente para perseguirte por el resto de tu vida. Y sabía que tendría que hacerlo de nuevo. Lo siento —susurra.

—Yo no. —Me seco las lágrimas con el dorso de la mano, furiosa con sus padres, Caroline y el mundo—. No me arrepiento de nada de eso. Excepto que alguna vez pensaras que estaría mejor sin ti. Nunca me vuelvas a decir eso. —Nuevas lágrimas pican en mis ojos—. Eres un imbécil mezquino y exigente que nunca se rinde ni un segundo, y también eres el hombre más valiente y desinteresado que he conocido.

Pasa su palma por mi espalda.

—Cuidado. Podrías engañarte a ti misma pensando que soy una buena persona.

Me burlo de él. No puedo evitarlo.

—No quiero que seas bueno. Una buena persona nunca sería tan sucia en la cama. Eres jodidamente depravado, Leo.

Su boca se convierte en una sonrisa que es tan oscura y llena de promesas que todo mi rostro se calienta.

—Pero a tu coño le encanta.

—A mí también me encanta.

Todo lo que se necesita es una mano en mi cabello, y no importa que yo esté arriba, que viniera aquí para calmarlo. Es él el que tiene todo el poder. Lo ha tenido todo este tiempo. El calor corre por mi columna y entre mis piernas al reconocerlo. Entonces me besa dulce, profundo y suave, y usa ese momento para apartar la falda de mi vestido. Leo desliza una mano debajo de la tela, las yemas de sus dedos presionando mi carne desnuda, probando hasta que llega a mi cadera desnuda.

Rompe el beso tirando de mi cabello. Su control es absoluto. También lo es su agarre. Leo me sostiene en el lugar, lo suficientemente cerca como para besarme de nuevo, mientras explora debajo de la falda en busca de confirmación. El oro de sus ojos se enciende cuando las yemas de sus dedos encuentran la suave humedad que ha estado buscando.

—Y tú me llamas a mí sucio. —Chasquea la lengua—. ¿Las bragas que envié no eran lo suficientemente buenas para ti?

Él abre más mis muslos, y empuja sus dedos dentro de mí, en el espacio entre un latido y otro.

—Pensé que te gustaría más de esta manera.

—Y así es. —La expresión de Leo es juguetonamente solemne, pero lo que me llena los pulmones de aire no es la yema de su pulgar contra mi clítoris. Es la emoción cruda en sus ojos. Es un hábito para él mantener sus muros en alto, mantenerse encerrado detrás de su ira y su poder, pero los mantiene bajos conscientemente. Por mí—. Pero sabes lo que esto significa, ¿verdad, cariño?

—¿Que me vas a follar?

—Que hay que pagar un precio por venir a cenar sin prendas de vestir.

No puedo concentrarme, no con él follándome lentamente con los dedos debajo del vestido, no con su pulgar provocándome.

—Dime qué es. Lo pagaré.

—Trabajarás este dulce y húmedo coño sobre mi polla. Y no me harás esperar.

El aire que nos rodea estalla en llamas calientes, o tal vez es solo mi piel. Me levanto de su regazo y él pone ambas manos en los brazos de su silla. Podría ser un príncipe, un rey, pero me deja ver la necesidad desnuda en su rostro. No se molesta en ponerse su máscara de ira e indiferencia mientras trabajo en su cinturón y sus pantalones hasta que su polla salta, gruesa y dura.

Enrollo la falda de mi vestido en mis puños y estoy a punto de subirme encima de él cuando Leo me detiene con una mano entre mis piernas. Desliza su toque a través de mis pliegues, sus ojos en donde los dedos se encuentran con la carne, y luego vuelve su mirada a la mía. Así es como me hace montar a horcajadas sobre él, su mano en ese lugar caliente todo el tiempo. Encajo mis rodillas al lado de sus fuertes muslos en la silla y me acerco a él. Leo usa dos dedos para abrirme. No puedo obtener suficiente aire y, al mismo tiempo, nunca he tomado una respiración tan profunda en toda mi vida como cuando él pone una mano en mi cadera y me guía hacia abajo para encontrarlo.

Hundirse en su longitud centímetro a centímetro se siente tan nuevo como la primera vez. El estiramiento es tan intenso como lo fue en la biblioteca, pero no hay dolor, solo un lento desmoronamiento del aterrorizado nudo que se formó alrededor de mi corazón el día que le dispararon. Se hizo más y más apretado después de que llegáramos a casa.

Todo ese miedo, toda esa esperanza, y él, fue la solución todo el tiempo.

—Joder, cariño. Sigue sosteniendo tu vestido para que pueda ver. —Mi mano tiembla alrededor de la tela. Leo observa mientras tomo el resto de él y me siento completamente contra sus caderas. Se estremece, placer oscuro en sus ojos, manos apretando mis caderas—. Buena chica. Ahora suéltalo. Quiero tus manos sobre mí.

Alcanzo sus hombros y me encuentro incapaz de detenerme. Quiero piel, quiero pulso. Acaricio los lados de su cuello y paso mis dedos por debajo del cuello de su camisa. Deslizo las yemas de mis pulgares sobre sus pómulos. Sus labios. Su mandíbula. Debe sentir cuánto necesito esto, porque me ayuda, tomando el ritmo descoordinado de mis caderas y haciéndolo firme bajo sus palmas.

Tocarlo con mis manos no es suficiente. Necesito que lo sepa, necesito decirle cómo me siento. Persigo mis caricias con besos. *Por favor, quédate conmigo*, le suplico a la curva a un lado de su mandíbula con un beso rozado. *Por favor, nunca te vayas*, le suplico a su labio inferior. *Por favor*, le pido a su lengua, besándolo tan fuerte como él me besa a mí. *Sé mío.*

Leo envuelve una mano alrededor de mi nuca y me atrapa en el lugar para que pueda devolverme el beso. Es un reclamo, su beso, pero no ha terminado cuando se retira. No. No ha terminado. Me baja el escote del vestido, me quita el sostén que hay debajo y juega con mi pezón hasta que se eleva contra el aire más fresco del comedor.

Luego se inclina hacia adelante y muerde.

Ha dejado otras marcas con sus dientes.

Estas son diferentes.

Leo hace que duela, hace que pique, y yo aprieto su polla en un intento salvaje de escapar del dolor. O para aumentarlo. No puedo dejar de pulsar a su alrededor, no puedo, no puedo, no puedo, y él hace un ruido contra mi piel que es una oración brutal. Responde a la mía. *No me iré*, dice ese sonido, *porque nunca dejaré lo que me pertenece, y tú eres mía.*

Me abruma. Me deshace. Quería mantener mi maquillaje agradable para él, no quería ser un desastre, pero una nueva ola de lágrimas brota de mí. Leo lame las marcas que hizo y me abraza más cerca para que pueda montarlo y llorar al mismo tiempo. Entierro mi cara en el hombro de su chaqueta y él pasa su mano por mi nuca y me folla de vuelta.

—Córrete para mí así —murmura en mi oído, y sí, sí. Esto significa tanto para él como para mí. El puro sentimiento en su voz me empuja al borde de un jadeante y sollozante orgasmo y él maldice en voz baja en mi oído y se corre también. Hay tanto de él, tanto calor, y me sostiene con fuerza contra él mientras su polla se sacude dentro de mí.

Me derrumbo contra él mientras recupera el aliento, pero Leo no ha terminado conmigo. Maniobra una mano debajo de mi falda y encuentra mi clítoris con su pulgar.

—No —digo en su cuello—. No puedo tomar más.

—Pero yo no puedo tomar lo suficiente —dice—. Necesito sentirlo, cariño.

Entonces no tengo más remedio que correrme de nuevo mientras él todavía está duro, todavía dentro. Estoy pegajosa con él, escondida debajo de mi vestido.

Me da tiempo para bajar, luego me levanta de su hombro y me seca la cara con la servilleta. Pone mi vestido en su lugar. Leo me ayuda a ponerme de pie y me acompaña alrededor de la mesa como un verdadero caballero. Desliza mi silla para mí, pero dudo, mirándolo por encima del hombro.

—Tu semen va a cubrir todo mi vestido.

Él sonríe, una cosa hermosa y aguda.

—Bien.

Me siento.

Es solo cuando está de vuelta en su asiento que examino la habitación y mi corazón da un puñetazo sobresaltado.

—Leo, la puerta ha estado abierta todo este tiempo.

Levanta las cejas, fingiendo sorpresa.

—Solo podemos esperar que nadie lo haya visto.

Es tan cortés de una manera tan sucia que me río, lo que, por supuesto, pone más de él en mi vestido. No me importa en absoluto.

La cena son tres platos más, elegantes y deliciosos y nada comparado con él. Es hermoso a la luz de las velas y oscuramente divertido mientras nos guía a través de la conversación hasta que me emborracho con el sonido de su voz. Me mira comer un pastel de chocolate en miniatura para el postre con gran atención. Una criada viene a recoger los platos y me preparo para el largo camino de regreso a su dormitorio.

En lugar de eso, Gerard entra con una delgada caja negra en sus manos. Se lo da a Leo sin decir una palabra, y luego vuelve a desaparecer.

—Para ti. —Leo me ofrece la caja. Él apoya sus antebrazos en la mesa tan pronto como está en mis manos, pero se recupera y se sienta derecho. Como si no quisiera que supiera lo emocionado que está de que yo tenga esto.

—Ya me has dado mucho esta noche. —Paso la cinta por las yemas de mis dedos. El vestido. La cena. La verdad.

—Sería imposible darte más de lo que mereces. Ábrelo —dice.

Desato la cinta rosa -hace juego con mi vestido- y pongo la caja sobre la mesa para quitar la tapa. Una capa de papel de seda color crema. No sé qué esperar. Joyas, o…

No son joyas.

Es una copia de Jane Eyre. Una vieja. Y si no lo supiera mejor, si no supiera que es imposible, pensaría…

—Es el de la biblioteca. —La voz de Leo es suave y orgullosa. Levanto la vista y lo atrapo con una sonrisa silenciosamente satisfecha—. Un recuerdo. No es nada.

No puedo dejar de mirarlo. No me atrevo a inclinarme hacia delante, porque mis lágrimas caerán sobre el libro. No me atrevo a tocarlo.

—Lo eres todo —le digo.

Sacude la mano señalando que no tiene importancia. Luego se levanta de su silla y se acerca a la mía.

—Estoy en desacuerdo. Podemos discutirlo arriba, en el baño.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Haley

Leo convierte la limpieza en algo tan sucio que siempre soñaré con ello. Sus dedos. Su boca. Un paño limpio y seco entre mis dientes y pequeñas olas chapoteando en los lados de la tina profunda.

Me quiere en esa bañera, luego en la ducha, y cuando Leo me seca con la toalla y me lleva de vuelta al dormitorio, estoy delirando de placer y de la expresión abierta y decidida de su rostro.

Estoy tan cansada, siguiéndolo a la cama. Dolorida como lo estuve después de la biblioteca. Dolorida como lo estaba después de su cama.

Podría quedarme dormida de pie.

Hasta que veo al hombre.

Me llama la atención un movimiento en el pasillo. No solo un movimiento: un contorno a través de la puerta. Leo la dejó abierta cuando entramos. Me estaba besando, sus manos en puños en mi cabello, y cerrar esa puerta no parecía una prioridad.

Lo hace ahora cuando la curva de un hombro se mueve más allá del marco. Un traje oscuro. Sombrío, excepto por el brillo de sus ojos.

Me congelo, deteniéndome tan rápido que mi mano se separa de la de Leo, mi corazón en mi garganta. Se vuelve, sus ojos buscando los míos.

—Cariño, ¿qué…?

—Hay alguien en el pasillo.

Toma mi mano de nuevo y me atrae lentamente. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Leo cruza ambos brazos a mi alrededor y besa la parte superior de mi cabeza.

—Es uno de los guardias. Revisan el piso de arriba una vez cada dos horas.

Cierto. *Cierto.* Porque estamos nadando en guardias. Ahogándonos en guardias. Hay tanta seguridad que Leo ordenó a la mayoría de ellos que se mantuvieran fuera de la vista. Me siento ridícula, tan nerviosa… y culpable.

—Chris —llama hacia la puerta.

Un momento después reaparece la sombra.

—Señor Morelli.

—Deja que Haley te vea.

Se inclina hacia la luz y se convierte en un hombre de cabello castaño con hombros musculosos y una expresión seria en su rostro. Él me saluda. Le devuelvo el saludo.

—¿Algo más? —pregunta.

—Cierra la puerta.

Me permito apoyarme en el pecho de Leo durante otro minuto. Se siente como tiempo robado, como si se fuera a dejar ir en cualquier momento y convertirse en el Leo que conocí en una calle oscura, pero no lo hace.

—¿Cómo supiste su nombre?

—Rotan turnos cada pocos días. Memoricé los nombres y las horas de todos los que patrullan este piso. —Para que supiera el nombre de cualquiera que pasara por allí la noche en que me llevó desnuda a su dormitorio. Leo inclina mi cara hacia la suya, diversión en sus ojos—. Siguen estrictos acuerdos de confidencialidad. Nada sale de esta casa.

Pero irme no es lo que está en mi mente cuando me lleva a la cama, y tampoco es lo que está en mi mente cuando me dobla contra él y deja que su brazo cuelgue sobre mi cintura. No es lo que me hace ignorar la sensación de que solo está acostado aquí para que pueda dormirme, que no planea descansar.

Leo me despierta a la mañana siguiente con lentos movimientos por mi columna. Puedo olerlo, limpio y fresco de la ducha.

—¿Por qué siempre te levantas tan temprano? —Mi pregunta va principalmente a la almohada.

Traza un camino a través de mi espalda baja.

—No soy muy bueno durmiendo hasta tarde.

Abro un ojo.

—Pero si todavía es temprano. Muy temprano.

—Son casi las nueve.

—Eso cuenta. —Sigue tocándome, y si va a hacer eso, entonces honestamente no me levantaré de la cama. Excepto… hay algo que necesito preguntarle. El sueño desaparece de mi cabeza a medida que mi pulso se acelera.

Me doy la vuelta sobre mi espalda y lo enfrento.

—Quiero pedirte algo y probablemente sea más de lo que puedes dar.

—Imposible. —Leo extiende una palma sobre la manta que cubre mi estómago. Él es tan cálido. Piscinas de calor debajo de la manta—. Dime.

Aparto el miedo antes de que sea demasiado, que diga que no porque las cosas siguen igual fuera de los muros de esta casa. Los Constantine y los Morelli están en la garganta del otro. Caroline podría estar planeando cualquier cosa, haciendo cualquier cosa. Por eso tengo que preguntar.

—¿Crees… que sería…? —No es el comienzo más prometedor—. Me preguntaba si mi papá y Cash podrían quedarse aquí. —Leo mantiene sus ojos en mi rostro y su mano cálida sobre la manta, sobre mi piel. Su mirada es brillante esta mañana. ¿Cómo, si se levanta tan temprano?—. Tenemos a toda esta gente aquí para protegernos, y están ahí fuera con… —Un nudo de miedo culpable presiona mi garganta y me lo trago—. Están ahí afuera sin nada.

Leo se inclina, desliza sus manos alrededor de mi cara y besa mi frente. Un beso ardiente y marcado. Luego se levanta, ajustando el puño de su camisa.

—Si están de acuerdo, tengo el espacio.

—Tienes que decirme si sería más peligroso —le digo a toda prisa—. Si tener demasiados de nosotros aquí haría más difícil para ti estar a salvo.

La comisura de su boca se levanta.

—Dudo que el número de Constantine con los que estoy involucrado cambie mucho. Uno es todo lo que se necesita. —Sus ojos recorren mi cuerpo y las curvas que forma la manta contra mi piel—. Búscame cuando bajes.

—¿Para que pueda decirte sus respuestas?

—Para que pueda mirarte.

Leo camina hacia la puerta, y no puedo soportarlo, no puedo soportar verlo irse.

—¿Eso es todo? ¿Solo quieres mirar?

Gira la cabeza, con una amplia y oscura sonrisa.

—No cariño. No lo es.

Mi piel zumba con esta nueva realidad mientras me visto, arreglo mi cabello y me pongo un poco de maquillaje. Toda mi ropa ahora vive en el vestidor de Leo. No ha sido explícito sobre lo que significa que lo haya reorganizado así. Lo que somos no parece caber en palabras. Tengo prohibido salir de su casa. Eso no ha cambiado. Pero no quiero insultarlo más. Elijo unos leggins y un top en color crema. Tal vez eso es lo más jodido, que no estoy enojada.

Quiero estar aquí. Lo quiero tanto que me nubló la mente. En la neblina del hospital, había decidido que solo poniéndome en el camino de Caroline haría que las cosas fueran seguras para nosotros. Ahora lo sé mejor. Lo que tenemos que hacer es permanecer fuera de su vista por ahora. Todos nosotros, incluida mi familia.

Mi teléfono me espera en la mesita de noche. Lo llevo a la sala de estar de Leo junto a las grandes ventanas que dan al camino de entrada y me acomodo en la silla donde le rogué que me dejara ir. Es un poco extraño, la ubicación de su dormitorio. Con todos sus secretos y su intensa necesidad de privacidad, habría pensado que querría espacio en la parte trasera de la casa. Las ventanas aquí obviamente están tratadas para que nadie pueda ver desde afuera, pero aun así me siento expuesta.

El número de Cash espera en mi pantalla. Lo marco con el corazón en la garganta. No hemos hablado desde el hospital.

La llamada se conecta con un ruido torpe, como si hubiera dejado caer el teléfono.

—¿Hales?

—Hola. —Me levanto de la silla y camino hacia la ventana ¿Por qué pensé que podría sentarme para esto?—. Hola, Cash ¿Está todo bien? Siento no haber llamado.

Un latido.

—Todo está bien aquí. —Mentira. Esto no puede ser más que una mentira. Suena estresado y cansado, e incluso si Caroline no ha enviado a nadie a la casa, Cash estará esperando a que lleguen—. Dime que estás bien.

—Estoy más que bien. —Deslizo una mano a lo largo del alféizar de la ventana—. Estoy… muy a salvo. Estoy en un lugar realmente seguro, Cash. De eso es de lo que quería hablar contigo.

—No… —Su suspiro es desgastado, pesado—. ¿Querías hablarme sobre el lugar en el que estás?

—Quería invitarte a quedarte aquí. Tú y papá. No creo que sea seguro ahí afuera. —Abajo en el camino de entrada, un par de guardias sale del enorme garaje. Cambian de lugar con otra pareja que cruza desde la casa—. Caroline podría… —Las palabras se niegan a salir. Ella podría cazarlos. Lastimarlos. Secuestrarlos. Hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. Una imagen de mi padre y Cash atados y amordazados, el nuevo sicario de Caroline cerniéndose sobre ellos, hace que se me salten las lágrimas—. Ella es peligrosa —digo finalmente—. Donde estoy es extremadamente seguro. El lugar más seguro en el que podrías estar.

—Con él. —Plano. No es realmente una pregunta.

—Sí. Pero te lo prometo, él no es como la gente lo hizo parecer. Él me mantiene a salvo y me ofreció que vinieran aquí también. Hay sitio de sobra y…

—Júralo. Ese idiota vive en un maldito castillo.

Hay veneno en el tono de Cash, y algo más también. Celos. Me duele el corazón por mi hermano. Después de que nuestra madre muriera, se le metió en la cabeza que, si papá hubiera tenido más dinero, si hubiera sido más como los otros Constantine, podría haberle salvado la vida. Mi hermana mayor, Petra, se volvió retraída y

silenciosa. Yo estaba lívida y destructiva. Y Cash… Cash podría haber muerto de envidia afligida.

—Es cierto. Tiene una casa enorme y mucho dinero, y eso es lo que necesitamos ahora. Eso es lo que todos necesitamos. Para estar a salvo de Caroline.

—No.

No esperaba una negativa tan contundente y me hace retroceder.

—Cash…

—No podemos confiar en un Morelli. —Su disgusto es una bofetada—. Ya estás con él. Ya estás marcada por los Constantine. ¿Y quieres que vayamos a vivir a su casa? Maldita sea, Haley, ¿qué te pasa?

—Él no es…

—No me vengas con tonterías sobre cómo él no es lo que creo que es. Leo Morelli es exactamente lo que creo que es. Un psicópata Morelli que probablemente solo te protege porque firmaste un trato enfermizo con él y quiere más.

Mi cara está caliente con el odio de Cash. Cree que soy sucia por quedarme con Leo, dañada por hacer lo que tenía que hacer para evitar que papá perdiera el trabajo de su vida. No puedo imaginar lo que diría si supiera que me gusta. Que lo quiero. El suelo se inclina y me apoyo contra el alféizar de la ventana. No soy sucia. No es asqueroso querer a Leo como lo hago. No está mal. No está mal como Cash lo hace sonar.

—Querías que me quedara aquí. —Suspiro en el teléfono—. No puedes odiarme por eso.

—Hales, yo… joder. —Puedo verlo ahora, una mano en su cabello, tirando de él con fuerza—. No te odio. Lo odio. Por hacerte confiar en él. No puedes confiar en esa gente. Lo sabes. Solo lo volverán en tu contra.

—¿Y qué hay de los Constantine? ¿Puedes confiar en ellos?

Silencio.

—No, no puedes —respondo por él—. Caroline viene a por todos nosotros. —Nada de lo que diga convencerá a Cash de que Leo no es un monstruo. Era el papel que tenía que desempeñar para mantenerse con vida, y a todos los demás que ama. Cash no puede entender eso. Nunca lo hará. Bien podríamos haber crecido en otro planeta—. Ojalá vinieras. Obviamente no puedo obligarte. Pero si cambias de opinión…

Cash suspira de nuevo.

—Si cambias de opinión, ya sabes a dónde ir. Ya sabes a dónde fui.

—¿Lo sé?

—Sí. Has estado aquí. Diles a los guardias en la puerta que eres mi familia. También tendrás que decirles una palabra clave. *Rosa caída*. Te dejarán entrar.

Él no dice nada.

—¿Me has oído?

—Te he oído. Ir a la puerta y decirles *rosa caída*.

—Oye.

—¿Qué?

—Te amo, Cash.

—Yo también te amo, Hales.

—¿Lo pensarás?

—Papá todavía está dormido. Estuvo despierto hasta tarde anoche trabajando en su tienda, pero cuando esté despierto, hablaré con él. Eso sí, no te hagas ilusiones. Ninguno de nosotros quiere tener nada que ver con los Morelli.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Haley

Menos de una hora después, irrumpo en la oficina de Leo sin llamar.

—No vendrán. —Gerard gira en su asiento, preocupación en sus ojos, pero es la mirada de Leo sobre la mía lo que me detiene. Están trabajando. Están haciendo cosas—. Lo lamento. Esperaré en el estudio. Cuando termines…

—Hemos terminado. —Leo voltea un cuaderno cerrado y se pone en pie—. ¿Verdad?

—Por supuesto —dice Gerard suavemente—. Tendré más información para esta noche. —Se levanta y se aleja de Leo, con el ceño fruncido. Una arruga de preocupación se alinea en su frente. ¿Preocupado por qué? Un nuevo pánico se pliega sobre el que ya hacía latir mi corazón. ¿Los planes de Leo? ¿Caroline? ¿Qué?

—Ven aquí.

Me acerco a él cuando la puerta se cierra detrás de nosotros. Se apoya en la superficie resistente de su escritorio. Hermoso. Poderoso.

Todo lo que quiero. En el momento en que estoy a su alcance, pone ambas manos a los lados de mi cara. El calor se enciende en mi piel.

—¿De qué diablos estás hablando, cariño?

—Mi papá. Mi hermano. —Tan cerca de Leo, es difícil pensar—. No van a venir. Recibí el mensaje de Cash. No se quedarán aquí con nosotros.

—¿No confían en la Bestia de Bishop's Landing?

—No. —Mi barbilla tiembla. Dios ¿Por qué? ¿Puedo tener una conversación sin llorar?—. No confían. Y tampoco creo que ellos confíen en mí.

—Eres la Constantine más inocente que jamás haya existido. —Leo pasa las yemas de sus pulgares sobre mis pómulos, dos marcas calientes—. Son unos tontos por no confiar en ti.

—Creo que eso ya no es cierto. —Engancho mis manos sobre sus muñecas. No puedo ser inocente. No si se siente tan bien tocarlo. No si ya estoy mojada por estar parada en la misma habitación—. No me siento inocente.

—Todavía lloras por mí. —Un tirón en la comisura de su boca. Podría inclinarme sobre el escritorio ahora mismo. O su regazo. O…—Cuando todas tus lágrimas se sequen, entonces decidiré si estás corrompida. ¿Les diste tiempo?

—Les di una contraseña —admito—. Tal vez no debería haber hecho eso.

La comisura de su boca se levanta.

—Yo habría hecho lo mismo. Susúrramela y se la diré a Gerard.

Me levanto de puntillas. Presiono mi cuerpo a lo largo del suyo. Rozo un beso a un lado de su cuello, justo por encima del cuello de su camisa. Leo se estremece.

—Es *rosa caída.*

Sus manos permanecen gentiles en mi cara, pero Leo frunce el ceño.

—Te follaría para quitarte la preocupación ahora mismo, pero tendrá que esperar.

—¿Por qué?

—Necesitas aire. Vamos a dar un paseo. —Leo va a la puerta, la abre y llama—. Gerard. Abrigos. Nos vamos. —Lo miro hasta que él mira hacia atrás—. ¿Qué?

—¿Un paseo?

Sus ojos son tan brillantes. Se ve sobreexcitado. Es extraño en él.

—Esto es una propiedad, cariño. Tengo tierras. ¿De qué sirve si nunca las vemos?

Gerard aparece detrás de él, nuestros abrigos sobre su brazo y un ceño más profundo en su rostro. Leo toma el mío rosa y me lo mantiene abierto mientras le dice a Gerard la contraseña. Podría usar este abrigo con el vestido que Leo me dio para la cena.

—No puedo creer que esto fuera de Eva.

Él resopla.

—No era de Eva. Nunca la he visto vestir de rosa.

Leo se está abrochando los botones de su hermoso abrigo negro. Algo sobre el movimiento se ve mal, pero no puedo precisar por qué.

—Ella me lo prestó.

Sus ojos se encuentran con los míos y mi corazón salta ante el oro brillante en todo ese marrón oscuro.

Te garantizo personalmente que fue una mentira piadosa de su parte.

—¿Por qué mentiría?

—Para que no tuviera que decirte que te compré un abrigo rosa.

Mi cara debe ser de un rosa tan intenso como la tela.

—Me has comprado un montón de cosas rosas.

—Eva es de la opinión de que estoy loco por hacerlo.

—¿Por comprar ropa rosa?

—Sentir cosas por una Constantine.

Escucharlo decir eso es como escuchar el sonido de una campana. La alegría reverbera a través de mi pecho.

Termina de abrochar el último botón. Debí haberle preguntado si su herida de bala le dolía demasiado para esto, pero el momento se fue. Un silencioso Gerard nos entrega sombreros y guantes. Negro para Leo, blanco para mí. Leo me tiende los guantes, uno a la vez, y me ayuda a ponérmelos sin una pizca de sarcasmo. Las botas son lo último. Los míos son un ajuste lujosamente perfecto. Leo ha pensado en todo.

Me lleva a través de la casa hasta un pasillo en la parte de atrás con baldosas de piedra y candelabros colocados en nichos. Es lo opuesto al vestíbulo, con su papel oscuro y su perfección reluciente. Todavía impecable, pero las paredes son más brillantes y todo el espacio brilla con el sol de invierno. Abre la puerta. Por un momento Leo se perfila en oro. Entonces él está afuera, haciéndome señas para que vaya.

Mi primera bocanada de aire fresco me despierta. El segundo ahuyenta toda la culpa y la duda de la llamada telefónica con Cash. La nieve cruje bajo nuestros pies. Una nube se enrosca sobre el sol, atenuando la luz, pero sigue asomándose una y otra vez mientras los copos de nieve errantes caen en espiral sobre nosotros.

—Hace más calor de lo que pensaba —anuncio a Leo, que camina a mi lado con largas zancadas. Está más relajado aquí. Ambos lo estamos.

—Es por eso por lo que quería salir. —Mantiene sus ojos en la amplia extensión de nieve y la línea de árboles mientras lo dice. Luego me mira y sonríe—. Y ver tus mejillas así.

La nieve es profunda pero compacta bajo nuestros pies, con una capa de pelusa. Leo deja escapar un largo suspiro. En unos minutos estamos a mitad de camino a través del amplio césped. Poco después estamos en el borde del bosque. Leo se detiene.

—Escucha.

El canto de los pájaros. Se están llamando unos a otros, todos los pájaros del bosque. Cantando en los árboles. El viento susurra entre las ramas y juega con las puntas de mi cabello. Leo se mueve a mi

lado y… oh. Está de pie con las manos enguantadas en los bolsillos, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

Mi propio cuerpo se queda quieto en presencia de esa paz. Las lágrimas se alinean en mis ojos. Sin embargo… no hay un sollozo desgarrador luchando por salir. No sé si creo en los milagros, pero este parece uno. Una sensación brillante se expande para llenar mis costillas, mi corazón. Es la misma que sentí cuando miré en su oficina ese día. Miré más allá de Ronan, hacia donde Leo inclinó la cabeza y rezó.

Nunca le he preguntado por qué rezaba.

Los pocos centímetros de distancia entre nosotros son demasiados. Doy un paso hacia él, planeando rozarlo solo para sentir que está allí. Leo se mueve en el último segundo y me rodea con el brazo.

Me acurruca contra su costado.

Es como un horno, arrojando tanto calor. No es un día frío, pero su cuerpo sólido ahuyenta el frío invernal. Apoyo la cabeza contra él y también cierro los ojos. Sin el susurro de las hojas, los cantos de los pájaros son notas cristalinas, llenando el cielo.

Es como una catedral.

Es una catedral

La piel de gallina se expande por la parte de atrás de mi cuello. Todo el mundo sabe que los Morelli son católicos, pero si alguna vez he pensado en ello, ha sido en abstracto. Otro dato irrelevante sobre ellos.

No es abstracto, o irrelevante.

Habría conformado la estructura de la infancia de Leo. Viajes a la iglesia todos los domingos, donde verían y sobre todo *serían* vistos. Timothy mencionó a un sacerdote la noche que fui a la cocina. Era más que eso. El cura. Las oraciones. Dices cualquier cosa suficientes veces, y se convierte en verdad.

Habría tenido un ritmo. Tuvimos uno, creciendo. Papá dando lo mejor de sí y perdiéndose en su trabajo. Los tres apresurándonos para poner las cosas en orden y, a veces, literalmente apagando incendios. Amor, incluso en los peores momentos, como cuando murió mi mamá.

Habría sido diferente para Leo. Una cara pública para la iglesia. Violencia en el hogar. Ciclos interminables de esconderse y fingir. Todo ello en un contexto de dinero y poder.

Estas cosas lo hacían vulnerable a Caroline.

Cree que irá al infierno, ¿sabes?

Leo se culpa a sí mismo.

Debe hacerlo. Respiro el aire fresco y me siento con esa angustia. Las cosas en las que crees desde el principio se quedan. Creía que mi papá me amaba y que podríamos tener problemas, pero el dinero no lo era todo.

Leo creía que solo la ira podía protegerlo de un monstruo. Mi estómago da vueltas. El afecto era un delito castigable en la casa Morelli. Y la única vez que lo buscó fuera de su familia, fue a Caroline.

Leo no la mantuvo en secreto solo porque comenzaría una guerra.

La mantuvo en secreto porque Caroline es su pecado más grande y mortal. Habría sido un pecado quererla. Corresponderle. Y hubiera sido un pecado dejar que ella lo lastimara, sin importar que no hubiera sido su culpa.

Debe haber sido como estar frente a una bala, para decirme todas esas cosas en la cena. Sostener su propio corazón en sus manos y ofrecerlo.

—Aquí duele menos —dice Leo—. El dolor es el mismo, pero duele menos recordar.

—Puedo ver por qué. —No es suficiente, pero es todo lo que se me ocurre decir. Él me jala más cerca.

Por un momento creo que podría decir más. Todo el bosque parece estar anticipando. El viento contiene el aliento. Dos pájaros se cantan el uno al otro, sus canciones elevándose con entusiasmo.

—Hay algo más que quiero mostrarte. Podemos volver a través de los árboles.

Por *volver a través de los árboles*, Leo quiere decir seguir un rastro, obviamente mantenido por el personal de mantenimiento. Solo unos pocos palos caídos decoran la nieve.

—Hay otros giros —dice mientras seguimos una curva que nos envía hacia la casa—. Pero no queremos llegar demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

Leo no responde. Salimos a la nieve, todas las huellas de los guardias llevadas por la brisa, y nos dirigimos a la mansión.

—¿Para qué llegaríamos tarde?

Esta vez, llamo su atención. El brillo en sus ojos hace que la preocupación me pinche el estómago.

—¿Tarde?

—Dijiste que no queríamos llegar demasiado tarde.

Frunce el ceño en la comisura de su boca, pero simplemente niega con la cabeza.

—No sé.

Su casa surge de la nieve. Un castillo brillante. Eso es lo que es. No es exactamente en una colina, más bien en una pendiente suave, pero el efecto es el mismo. Es una casa hermosa en cualquier época del año, pero puedo imaginar cómo se vería en el verano. Piedras pálidas contra hierba verde y exuberante. Podrías hacer un picnic aquí y sentirte como la realeza.

Entramos por la puerta por la que salimos y Leo cruza el pasillo. La siguiente puerta da al patio.

Es una elegante puerta arqueada con vitrales, y tan pronto como Leo la toca, no puedo creer que nunca la haya visto antes. No puedo creer que nunca la haya buscado. No se supone que las puertas sean tan intrincadas o impresionantes. Podrían ser joyas, ese vidrio. Joyas invaluables. Mis ojos cuelgan en los colores. Son lo suficientemente brillantes como para hacer llorar a una persona.

No a mí. No voy a llorar por una puerta. Pero volveré más tarde, cuando tenga más tiempo para mirarla.

Una nube cubre el sol cuando salimos al patio.

Lo he visto, por supuesto. He mirado aquí cien veces desde las ventanas de arriba, y en el estudio, y en todas partes. Pero nunca lo he observado realmente.

—Esto es… —Es demasiado hermoso para la tierra. Empujo el brazo de Leo con el codo—. No puedo creer que no me hayas traído aquí antes.

—No me lo pediste. —Señala hacia la derecha—. Empieza por ahí. Te encontraré en el otro lado.

¿Cómo? ¿Cómo es que nunca me di cuenta de que hay un camino de adoquines con un puente sobre un estanque que conduce a un manzano? Leo no me sigue, y pronto no puedo verlo en absoluto. El espacio es más grande de lo que pensé que era. La *casa* es más grande de lo que pensaba. Hago un círculo lento en el puente sobre el estanque. Más árboles que deben florecer en primavera, sus raíces cubiertas de nieve. Jardines elevados con parterres rodeados de la misma cantera que el puente. En verano sería brillante, cálido y lleno de color. Ahora, en su estado de reposo, es un blanco simple y relajante.

Sigo el camino hacia el manzano y paso de largo. Leo no me trajo aquí antes porque es como el bosque para él. Paso las puntas de los dedos de mis nuevos guantes blancos a través de la fina capa de nieve en el borde de una fuente. El silencio aquí es como el momento después de que Leo cierra la puerta de su dormitorio detrás de nosotros y deja afuera al resto del mundo.

Viene aquí solo. Estos pocos minutos separados de él son para que yo lo vea de esa manera. Así que no me apresuro. Me tomo mi

tiempo. Es difícil. Quiero correr a toda velocidad por todo este lugar y arrojarme a sus brazos.

El árbol más grande del patio aparece a la vista. Este es al que da vista la oficina de Leo.

Ahí está, sentado en un banco cerca del tronco.

Me detengo en seco ante la vista. Mi corazón intenta salir de mi pecho como un cisne para llegar a él, pero no puedo moverme y no me atrevo a respirar.

Las fuertes manos de Leo están ahuecadas frente a él. Brazos apoyados a sus costados.

Y en sus palmas, revoloteando y cantando suaves trinos, saltan dos pajaritos.

Mis ojos pican al ver a esos pájaros confiando en él. En las ramas del árbol, un petirrojo observa la escena y canta como un arroyo balbuceante.

Leo me mira con una sonrisa vacilante. Contengo la respiración y me acerco un paso, luego otro. Este momento podría estallar como una burbuja. Romperse como un jarrón de cristal. No lo voy a arruinar. Bien podría estar de pie dentro de su corazón.

—Quería mostrarte esto —dice en voz baja. Me siento a su lado. Despacio. Con cuidado—. La llamada sobre Ronan me hizo darme cuenta. —Leo levanta la cabeza y mira hacia afuera, con ojos distantes—. Si hubieras estado conmigo, te lo hubiera mostrado. No pensé que regresarías a tiempo.

—¿Cómo…? —¿Cómo sobreviviste esperándolo?—. ¿Cómo consigues que vengan a ti?

—Alpiste —dice. *Obviamente*, dice su tono, pero tiene un borde de tristeza. Seriedad. La sonrisa que juega en las comisuras de su boca se desvanece. Las cejas de Leo se arrugan. Puedo sentir el calor de su cuerpo a centímetros de distancia—. Y paciencia.

Nadie lo describiría jamás como un hombre paciente. Toda esa gente estaría equivocada.

Su enfoque vuelve a caer a los pájaros en sus manos.

—No tengo mucho tiempo.

No está bien, la forma en que lo dice.

—¿Te estás enfriando?

—Antes de que llegue aquí.

Mi cuerpo se congela.

—¿Quién, Leo?

Gira la cabeza, me mira a los ojos y se sobresalta. Los pájaros saltan nerviosos de una mano a otra.

—No deberías estar aquí. No deberías estar aquí, Haley.

Leo no dice mi nombre así.

Pongo una mano en su brazo, mi pulso acelerándose.

—Hemos estado caminando. He estado contigo. —Por primera vez desde que entramos en el patio, examino el techo en busca de guardias. No puedo ver a ninguno de ellos—. ¿Está pasando algo?

Leo se levanta tan bruscamente que asusta a los pájaros. Se dispersan lejos de él. Incluso el petirrojo alza el vuelo. Se aleja dos pasos del banco y me estoy levantando para encontrarme con él cuando se vuelve hacia mí.

—Duele más de lo que podrías soportar.

—Leo…

Él pone ambas manos en su pecho.

—No puedo estar aquí.

No sé qué está pasando. No sé de qué está hablando. Si él no puede estar aquí, ninguno de nosotros debería estar aquí.

La primera vez que vi a Leo, pensé que era hermoso. Y pensé que era aterrador. Habría huido de él, pero mi espalda estaba contra una pared. No había lugar al que ir.

Ahora tengo miedo *por* él.

Sus ojos se han vuelto muy grandes y brillantes y no sé qué hacer.

Cierro la distancia entre nosotros con una confianza que no siento. Está mirando por encima de mi cabeza, hacia su oficina. Me quito los dos guantes y los dejo caer, luego alcanzo su rostro.

—Leo, yo… —Mis manos se apartan de su piel y un latido después se registra el calor.

Su piel está tan caliente que mi cuerpo la confundió con una estufa. Pongo una mano en su frente. La parte de atrás de su cuello. Jesús, ¿cómo me perdí esto? Se ha sentido caliente todo el día. Demasiado caliente.

—Tenemos que entrar —le digo—. Estás bien. Deberíamos entrar para que puedas sentarte.

—No. —Leo retrocede—. No. No lo haré. Es demasiado tarde. Él estará aquí pronto.

—Por favor. —Le extiendo una mano y él la mira con vaga sospecha—. No viene nadie a la casa. ¿Y si…? —Oh, Dios, ¿qué digo?—. ¿Y si entramos y llamamos a Eva? —Tengo que llamarla. Le prometí que llamaría si pasaba algo. Esto cuenta.

—Es demasiado tarde. —Sus palabras se vuelven borrosas al final y los cabellos en la parte de atrás de mi cuello se sienten como agujas diminutas—. Ella ya ha vuelto de la escuela.

—No hay escuela. —Estoy tratando de sonar confiable, no frenética. No creo que esté funcionando—. Ya no estás en la escuela. Tú o Eva.

Leo me mira a los ojos. Sus pupilas están dilatadas por el miedo, la resignación y una profunda y aplastante confusión.

—Te hará daño si te ve. Él te matará.

—¿A quién te refieres? —Es la lucha de mi vida, mantener mi voz tranquila—. Si te refieres a Ronan…

—La casa de mi padre —dice, y puedo notar que cada palabra le cuesta. Cada palabra duele—. Corre.

Da medio paso, como si fuera a sacarme de aquí, *a hacerme* correr.

Y entonces Leo se derrumba en la nieve fresca y limpia.



CAPÍTULO VEINTE

Haley

Llego a él antes de que caiga de cara al suelo cubierto de nieve.

Apenas.

Estoy de rodillas a tiempo para enganchar mis brazos debajo de los suyos. Es un abrazo desesperado, desequilibrado y sin gracia, pero es todo lo que tengo.

La cabeza de Leo cae hacia adelante y el calor de su mejilla abrasa la mía.

—Oh, no —susurro, el pánico formando una línea apretada alrededor de mi garganta. Un frío amargo se filtra a través de mis leggins. La nieve. Estamos en la nieve. No puede ser bueno para él estar tan cerca del suelo—. Oh no.

Ronan le disparó frente al fuego de su chimenea. Zarcillos de calor rozaron mi rostro junto con las lágrimas que caían. Ahora Leo es el fuego. Su cuerpo está tan caliente a través del abrigo que el calor atraviesa las capas de mi ropa. El sudor se acumula en mi cuello. No puedo recordar en qué bolsillo está mi teléfono. No sé si puedo

alcanzarlo sin dejarlo caer. Una presión se acumula en mis oídos. Estaba sola la última vez, esperando esa sirena. Inútil y esperando mientras la sangre empapaba mi ropa, más caliente que el aire que nos rodeaba, más caliente que mi piel…

Unas grandes manos se posan sobre los hombros de Leo y un puro y enfermizo terror me aplasta el estómago.

Pero no es Ronan, ni la pesadilla del padre de Leo. Es Gerard. Es el primero en llegar. Su contrapresión toma algo del peso de Leo. Es demasiado puro músculo para que yo lo mantenga erguido. Gerard se acerca y gira la cabeza de Leo con una suave palmadita.

—Vamos. —Utiliza un tono firme y serio—. Es hora de entrar.

Más trajes oscuros aparecen a nuestro alrededor. Me quedo donde estoy, tratando de controlar mi respiración.

—Lo ayudaremos a ponerse de pie —dice Gerard, su voz lejana en comparación con el calor y el pánico—. Solo los brazos. Nada toca su espalda.

Ninguno de ellos discute, y luego lo alejan de mí.

No puedo dejarlo ir.

Sé que tengo que dejarlo ir. Lo sé. Es solo que puedo sentir los húmedos rieles de metal de la camilla arrancándose de mis manos y puedo sentir el dolor en mi garganta agudizándose y alguien bloqueando mi camino con ambas manos levantadas, diciendo *solo familia*.

—Haley. —Levanto la barbilla y me encuentro con los ojos de Gerard—. Lo llevaremos adentro. Solo adentro. No ejerzamos más presión sobre su cuerpo de la necesaria.

Mis brazos tiemblan por el esfuerzo de soltarlo. Gerard pone una mano debajo de mi codo y me ayuda a levantarme mientras los demás llevan a Leo adentro. No veo cómo lo hacen, o si está caminando. Estoy mirando hacia la nieve.

Lo segundo probablemente me mataría.

Sentado en el borde de su bañera, con los hombros tensos y la mandíbula apretada. Había hecho una broma morbosa sobre morir de una infección en la sangre. Leo había sido apuñalado en el proceso de matar a tres hombres que me habían arrastrado a un callejón, y yo estaba aterrorizada y tratando de no mostrarlo, y él todavía estaba sangrando.

Pensé que los Morelli tenían sangre invencible.

No la tienen.

Todavía puedo sentir las palabras en mi boca. Todavía escucho la forma en que me respondió. Un muro se había derrumbado en ese momento. Me habló de la mujer mayor. Me estaba hablando de Caroline y de cómo había estado al borde de la muerte por lo que ella hizo.

Y ahora…

Está ocurriendo otra vez.

—Señorita Constantine.

Me está pasando de nuevo y no sé cómo detenerlo. No sé cómo hacer que el pasado permanezca muerto. Nunca había sentido una fiebre tan alta y eso que he sentido mucha fiebre. Cuando Cash era pequeño, venía a buscarnos a Petra y a mí primero cuando estaba enfermo. La fiebre de Leo tenía un calor mortal. Zarcillos helados de brisa invernal rozan mis nudillos.

—Haley.

La mano de Gerard baja y gira mi cabeza, como lo hizo con Leo, solo que los ojos de Leo apenas se abrieron. Estaban vidriosos y desenfocados y era horrible. Es horrible ver eso en la cara de Leo. Él lo ve todo. Su enfoque nítido es lo que lo hace tan peligroso e impresionante. Una vez que te ha visto, no se puede olvidar cómo es.

—¿Qué?

—Desmorónate ahora, si es necesario. No podrás hacerlo una vez que estés con él.

—Lo sé. Lo sé.

El hombre que confundí con un mayordomo me mira con una concentración letal que me recuerda a Leo.

—Si te rompes ahí, es posible que no entienda por qué. Podría pensar que le tienes miedo. O que tienes miedo de que alguien venga por el pasillo.

—Estaré bien. —No. No lo estaré. El miedo se filtra a través de las puntas de mis botas como nieve derretida. No puedo hacer esto, pero lo haré por Leo. Cualquier cosa por él. Abro la boca para describir el terror ácido y agitado que corre por mis venas, pero no sale nada.

—Yo estaba allí —dice Gerard—. La primera vez que esto sucedió.

Meto las manos en los bolsillos.

—¿Lo estabas?

—Trabajaba para Bryant en ese entonces. Los dos eran demasiado jóvenes para lidiar con eso, pero Eva estaba decidida. Leo parecía que no iba a lograrlo. Pero ahí estaba ella, poniendo dinero en manos de la gente para callarlos. Solo uno de ellos iba a hablar.

Las historias tienen una forma. Un principio. Un medio. Un final. Mi cerebro se aferra a lo que Gerard está diciendo ahora. Mantiene mi pánico a raya. Aparto la vergüenza de que yo, Haley Constantine, una persona con casi un título en literatura, no pude reunir el mío.

—¿Qué pasó?

—Llegué a él antes de que pudiera llamar a Bryant o Sarah. Se fue a la mañana siguiente y no volvió.

—Pero… —Falta una pieza—. Si sabías. Y algo le hubiera pasado a Leo. ¿No te habrían hecho responsable?

—Oh sí. El personal me habría señalado con el dedo. Bryant estuvo fuera de la ciudad esa semana, pero me envió a la casa para vigilar. Hubiera sido hombre muerto.

—Entonces, ¿cómo evitaste enloquecer?

—No era una opción.

No. No lo habría sido.

—Está ahí solo. —Doy un paso atrás hacia la casa. Leo no está realmente solo. Está allí con un grupo de guardaespaldas con trajes idénticos, lo que podría ser peor—. No tengo tiempo para esto.

—Ese es el espíritu —dice Gerard. O creo que lo dice. Ya me estoy apresurando hacia la casa, y no me detengo a preguntar.

Lo han subido en ascensor, me dice Gerard. A su dormitorio. Me quito las botas y el abrigo de camino al vestíbulo. Subo corriendo las escaleras. Corro a la habitación de Leo. Cuatro guardaespaldas bloquean mi paso y los aparto a codazos, esos hombres grandes en sus trajes.

Un paso adentro, y es obvio por qué hay tantos de ellos.

Leo está de pie, todavía con sus botas y abrigo. Mira de un hombre a otro, con temor en las líneas fijas de su rostro. No reconoce a ninguno de ellos.

No tengo mucho tiempo hasta que vuelva a caer, así que canalizo un ángel. Un santo. Alguien con paz infinita.

—Hola. —No hay lugar para la vacilación, ninguna, en mi camino hacia él—. Oye. Sentémonos.

Él no me mira. La mirada de Leo está fija en alguien en la puerta. Su respiración se acelera, demasiado superficial, demasiado rápida.

Toco su manga, su brazo, y me vuelvo para ver a quién está mirando.

Gerard. Quien tiene su teléfono afuera y presionado contra su oído. Él llamará a Eva. Ella sabrá qué hacer. La certeza se instala. No habrá una ambulancia esta vez, por cien razones diferentes.

—Él trabaja para ti ahora —le digo a Leo.

Lentamente, lentamente, gira la cabeza. Sus ojos se deslizan por mi cara, inestables y buscando, como si no supiera dónde mirar.

—Cariño. —Suena como el comienzo de una oración. El comienzo de una pregunta—. No te vayas —susurra.

—No iré a ninguna parte.

Ignorando el miedo persistente de que no seré suficiente para él, que no soy suficiente en este momento, tomo a Leo del brazo y lo acompaño a la cama.

Él va conmigo, y hay un cambio audible en la habitación. Todos sueltan el aliento. No iría con ellos, esa es la razón.

Solo conmigo.

Así que tengo que ser suficiente.

Leo se sienta en el borde de la cama y empiezo a desabrochar los botones de su abrigo. Lo deslizo de sus hombros. Su camisa de vestir a continuación. Cada capa que quito deja más calor de su piel en el espacio entre nosotros. Es una fiebre mala. Es realmente malo.

—Voy a quitarte la camisa ahora.

Mira más allá de mí, con los ojos vidriosos.

—Vale.

La paso sobre su cabeza, protegiéndolo de todos estos guardias con mi cuerpo.

—Te tengo —le digo, y esta vez pongo toda la convicción que he tenido en las palabras—. Vas a estar bien.

Gerard tiene que ayudarme a meterlo en la cama, pero una vez que está allí, Leo envuelve sus brazos alrededor de una almohada. Cierra los ojos y se duerme.

Su respiración es tan ligera que apenas puedo oírla.

—Eva está en camino —dice Gerard mientras me entrega una toalla mojada en agua fría.

Leo no se mueve cuando lo coloco en su nuca. Cubro su espalda con otra. Están calientes al tacto casi de inmediato.

El mundo se encoge.

Los árboles del bosque se pliegan como muñecos de papel. El amplio césped en pendiente desaparece en una densa niebla que se agolpa en las ventanas. Las habitaciones colapsan. El castillo de piedra y madera se cierra solo hasta que no queda nada más que el dormitorio de Leo.

Nada más que la cama de Leo.

Nada más que su cuerpo alto y fuerte extendido sobre el colchón.

Nada más que su fiebre, que quema y quema y quema.

* * *

La cama de Leo es demasiado pequeña para el pánico, o incluso para el miedo. Definitivamente no hay lugar para sentirse inadecuada. Para dudar. Internet sugiere un baño tibio. Gran consejo, si la persona se puede mover. Leo no puede.

Así que. Sin baño. Solo toallas. Las paso bajo agua fría en su baño una y otra vez. En algún momento me acostumbro a las cicatrices y dejo de contener la respiración cuando levanto una toalla o la dejo. Él no siente nada. O al menos no reacciona. Espero que sea lo primero.

Gerard es el único que entra o sale durante mucho tiempo. No oigo nada de lo que dice por teléfono. Todo lo que me alcanza es su tono preocupado. Hacerle cualquier pregunta está más allá de mí.

Sobre todo, porque una creencia ha entrado de puntillas y se ha instalado en el centro de mi mente. Dice que, si presto atención, si presto mucha atención, Leo no morirá. Me concentro en cada subida y bajada de sus hombros. Cada respiración demasiado superficial. Estoy a punto de empezar a contar cuando la puerta del dormitorio se abre de golpe.

Mi corazón late. ¿Es así cuando se interrumpe un servicio de la iglesia? Están demasiado cerca, hablando demasiado alto. Eva se inclina a un lado y una mujer que no reconozco se empuja entre nosotros. También hay un hombre en bata que está del otro lado. No hay espacio.

—Basta. —Estoy en medio de reemplazar la toalla en el cuello de Leo. No he terminado.

Nadie me escucha.

—*Basta*.

Eva le está recitando información. Su cumpleaños. Un antibiótico que algún médico le recomendó. Cosas que no he tenido tiempo de saber. Cosas que debería saber, pero he estado aquí con estas toallas y su fiebre.

La mujer que no es Eva le quita la toalla de la espalda a Leo.

Mi paciencia se rompe. La siento romperse como una costilla, liberando algo de presión reprimida en mi pecho.

Y algo de violencia reprimida.

Me pongo de pie y empujo a la mujer con su abrigo gris, lo suficientemente fuerte como para enviarla contra Eva. Para hacer que ambas retrocedan.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —Me siento lo suficientemente grande como para detenerlos. Lo suficientemente enojada. Sueno asombrada en mi ira. Sin aliento y desconcertada—. No puedes simplemente hacer eso. ¿Sabes lo que podrías haber hecho?

Eva levanta una mano, el gesto cauteloso, como si no quisiera cabrearme. Demasiado tarde.

—Yo… —Sus ojos me escanean. Sobre mis manos, apoyada en el borde de la cama. Me he puesto entre estas personas y Leo. Hay otros dos, además del hombre de uniforme. Un equipo, ¿para llevarlo?—. Lo lamento. Debería habértelo dicho. Esta es la Doctora Jain.

Debo parecer fuera de mí. Debe parecer que tengo un ataque de nervios. Pero la Doctora Jain me mira fijamente a los ojos mientras la miro.

Buscando pruebas. Pruebas de que es buena. Que no lo lastimará. Y no puedo decidir, porque ahora lo sé mejor. Las personas hermosas pueden ser monstruos, pueden ser asesinos, pueden estar en llamas con lealtad y amor en el centro. Los médicos con expresiones

tranquilas, con las manos cuidadosamente dobladas frente a ellos, podrían estar preparados para hacer cualquier cosa.

No puedo parar. La Doctora Jain tiene ojos amables y el ceño fruncido, y la mirada medio abierta de una persona que ha viajado con prisa, pero está acostumbrada a esas prisas. Acostumbrada a emergencias. No soy la primera persona que la empuja, no lo creo. No soy la primera persona que le pregunta qué diablos cree que está haciendo.

—¿Confías en ella? —Le hago la pregunta a Eva, pero no le quito los ojos de encima a la médica.

—Sí. —Eva lo dice en serio. Lo hace.

La Doctora Jain pone una mano en su pecho.

—Mi nombre es Carina. ¿Cuál es el tuyo?

—Haley. —Es de mala educación ser tan monótona al respecto. No tengo la voluntad de preocuparme. Solo un bajo instinto empapado de adrenalina para proteger a Leo. De todos.

—Haley, no puedo ayudar a Leo a menos que pueda examinarlo. ¿Tengo tu permiso para hacer eso?

Mi corazón late a través de mi piel. Por todo mi cuerpo. Pero su pregunta suaviza la sensación cortante de estar lista para pelear. Abro las manos que se han convertido en puños y me alejo el cabello de la cara. Raspo la poca dignidad que queda del suelo.

—Bien.

Eva y la doctora Jain se acercan de nuevo. Despacio. Reverentemente. Entienden dónde están ahora. No tengo que ser un ángel vengador que venga a herir a dos intrusos en una catedral.

—Llámenme Carina —anuncia a la habitación, pero principalmente, creo, a Eva y a mí. Hace una pausa para quitarse el abrigo. Eva lo dobla en sus brazos como si llevara una estola de sacerdote.

Con el equipo de Carina acurrucado a su alrededor, no hay suficiente espacio para que tome mi lugar habitual. Una persona más tranquila podría pararse en el borde exterior del círculo, pero yo no estoy tranquila. Estoy haciendo una impresión de calma. Agarro una toalla seca de una pila que hice antes. Voy al otro lado de la cama. Me subo. Me acomodo al lado de Leo y cubro su espalda con la toalla.

El examen es su propio ritual murmurado en el altar de la cama de Leo. Carina habla en voz baja a su equipo. No vuelve a mover la toalla. Lo hago cuando ella me lo pide. Cuando termina, deja caer su estetoscopio en su bolso.

—Tendremos que ser bastante agresivos con los antibióticos si hay alguna esperanza de evitar los cuidados intensivos.

—¿No te lo vas a llevar? —La pregunta es demasiado ruidosa, demasiado desesperada.

—No. Los riesgos de trasladarlo superan los beneficios, y creo que tenemos un margen de tiempo antes de que sea necesario. Mi equipo y yo supervisaremos la primera ronda ahora, si das tu consentimiento.

Es Eva quien tiene poder notarial. Mi opinión no importa en absoluto. Pero las dos -todos ellos-, me miran.

—Por supuesto.

Eva lo confirma asintiendo y luego me mira a los ojos.

—Démosles un poco de espacio para respirar.

Dudo.

—Una inyección —explica Carina—. Supervisaremos para ver si hay alguna reacción adversa. Veremos si podemos controlar la fiebre. Por supuesto, eres bienvenida a quedarte.

Me tomaré este descanso. Pero solo porque mis manos están temblando con lo que probablemente sea un alivio retrasado. Salgo de la cama y sigo a Eva por el pasillo hasta la habitación de invitados. Se deja caer al borde de la cama y yo me dejo caer en la silla junto a la ventana.

—Perdiste tu control allí —comenta Eva.

Me duelen los hombros de mover toallas, de acurrucarme sobre él, de todo. Me duele la cabeza. Me duele el corazón.

—Lo amo. —La verdad es todo lo que queda—. Estoy enamorada de él.

La descripción más dolorosamente inadecuada de lo que siento por Leo. *Enamorada de él* es un eufemismo ridículo. Mis mejillas arden por lo mucho que esas palabras no le hacen justicia, este sentimiento, este amor que se eleva y golpea. No puedo respirar sin él. No quiero respirar sin él. Y él solo está al final del pasillo.

Sus cejas se levantan, pero es una sorpresa de corta duración. Lo más impactante es probablemente escuchar a una Constantine decirlo.

—Sabes que eso implicaría una guerra total.

Me estremezco, porque no está exagerando.

—Winston no dejaría que eso sucediera —digo, pensando en mi primo—. Él es el que dirige Halcyon. Lo entenderá.

Eva se encoge de hombros.

—¿Podrá? Leo casi mata a su madre. —Su mirada va más allá de mí, por la ventana, pero después de un latido vuelve a posarse en mí, toda oscura y ardiente y Morelli—. Y ella nunca descansará. Nunca te dejará estar con tu padre y tu hermano.

Mi corazón cae al suelo y estalla.

—Tendrás que elegir —dice Eva. Suavemente. Casualmente. Como si elegir entre mi familia y Leo no fuera el fin del mundo.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Haley

Leo se despierta tres horas después de que los antibióticos hayan hecho efecto. Estoy sentada en el borde de la cama, tomando una toalla caliente y reemplazándola por una fría. Sus ojos se abren de golpe y sé al instante que no sabe dónde está.

—Me estoy quemando —jadea—. En vidrio hirviendo. Por favor. —Su desesperación convierte mi corazón en vidrio hirviendo.

—Shh. —Presiono una toalla fría en su frente y sus ojos se agrandan, su cuerpo se relaja contra la cama con alivio—. No te preocupes. Todo está bien.

La fiebre no baja. Eva toma a Carina y su equipo y los coloca en algunas de las habitaciones de huéspedes. Hay demasiados de ellos, ya que no voy a dejar que me mantengan alejada. Es pasada la medianoche cuando Eva pone una mano en mi hombro.

—Me sentaré con él mientras duermes —ofrece. Frota el lugar donde mis hombros se han apretado—. No quiero decir que debas irte. Solo que me sentaré aquí.

Me acuesto junto a Leo, pero su respiración me sigue en mis sueños. El sonido sigue perdiéndose en otros ruidos: el canto de los pájaros, el borboteo de una fuente, las páginas de un libro arrugándose bajo una mano. Cada vez que no puedo escucharlo, me despierto de golpe. Eva se desliza por la alfombra con un flujo interminable de toallas.

Un amanecer gris se cuela por las ventanas. Eva duerme en una silla a los pies de la cama, con la cabeza enterrada entre los brazos. Carina entra, luciendo fresca y bien descansada.

—Podríamos llegar a un punto en el que la fiebre se vuelva inútil. —El silencio se traga sus palabras.

—¿Pero está ayudando ahora?

—Es una batalla. —Saca una jeringa de su bolsillo, le frota el brazo con una gasa con alcohol y empuja la aguja a través de la piel. Él no se mueve—. Ya veremos.

—¿Por qué hay cuatro de ustedes?

—En caso de que entre en estado crítico y tengamos que brindar apoyo continuo en el camino al departamento de emergencias.

A media mañana Leo se levanta de la cama sin previo aviso. Eva está durmiendo la siesta en la habitación de invitados, así que solo yo lo veo. Leo se ve casi normal mientras camina por el pasillo hacia su baño. Le doy tres minutos antes de seguirlo.

Dejó el fregadero abierto, su cepillo de dientes abandonado junto al mostrador y está sentado en la bañera con los ojos cerrados. Subo

detrás de él y le toco la cara. Su piel está ardiendo. Un infierno. Leo abre los ojos.

—Apágalo —suplica.

No hay forma de sacarlo y volverlo a meter, así que bloqueo el grifo con mi cuerpo y abro el agua. Tibio. Eso es lo que dice internet. El agua tibia se siente como un baño de hielo para mí, pero Leo deja escapar un suspiro tembloroso y vuelve a cerrar los ojos. Equilibro un brazo alrededor de la parte superior de sus hombros para mantenerlo erguido.

A veces el amor es frío.

Me quedo con él en el agua durante mucho tiempo, la ropa mojada se nos pega a los dos. De vez en cuando, su brazo se aprieta alrededor de mi cintura y me acerca más.

El baño baja la fiebre, pero no la termina. Leo vuelve en sí lo suficiente como para salir de la bañera y secarse con una toalla. Huele a jabón y detergente para la ropa, como a sábanas recién sacadas de la secadora. Caliente ya. Le encuentro ropa limpia en su armario. Sin camiseta para cuando vuelva a subir la fiebre.

Eva está esperando con sopa en una taza de viaje cuando regresamos. Leo lo bebe sentado al borde de la cama. Luego encuentra su almohada y se duerme.

Lo quiero de vuelta.

Lo deseo tanto que me siento como un fantasma, arrastrándome por el aire como una tormenta de hielo. Elegiría pelear con él todos los días antes de este silencio. Toda esa intensidad y angustia. Todo ello.

Está la tranquilidad, cuando duerme y duerme, durante la mayor parte de la noche y el día siguiente.

Y entonces.

En medio de la noche, durante un largo tramo de oscuridad total. Estoy medio dormida. Casi dormida completamente. Demasiado cansada para mover otra toalla. Solo necesito un minuto para cerrar los ojos. Luego volveré, lo prometo.

Algo empuja la cama.

Leo empuja la cama. Se ha empujado hacia arriba sobre sus codos.

—No.

Lo alcanzo, su brazo, su hombro.

—Leo.

Mi toque lo envía saltando de la cama, poniéndose de pie.

—No. *No*. —Su voz se eleva, y no puedo ver su rostro, solo su silueta, sombra sobre sombra—. No me toques. No te acerques más.

—No lo haré. —Estoy congelada en el borde de la cama, hasta donde llegué cuando traté de seguirlo—. No me moveré —le prometo, pero no hay forma de demostrarlo excepto quedándome quieta. Mi corazón sube hasta mi garganta.

—No toques a ninguno de ellos, bastardo enfermo — gruñe, pero luego toma una gran y dolorosa respiración—. Cristo. Por favor. No. Ahora no, hijo de puta, ahora no. —Está gritando roncamente al final. La puerta se abre de golpe, dejando entrar la luz del pasillo, y Eva entra corriendo—. No puedo —dice—. No puedo, no puedo.

Se supone que no debo flaquear. No se supone que muestre nada más que paz y calma.

—Estás en tu casa. —Eva se pone directamente frente a él y le agarra los lados de la cara. No digo una maldita cosa. Contengo la respiración para no sollozar—. Esta es tu habitación. Es Haley, Leo, ella es la única aquí.

—No puedo. —Su voz se quiebra—. No puedo quedarme aquí.

—Saldremos a caminar. —Eva engancha su brazo con el de él—. Ves. No está lejos. Unos pocos pasos. Aquí está la puerta. —No hay puerta. No sé de qué está hablando—. Ya cruzamos. Se fue. Se acabó. Mira. Aquí está Haley.

Leo parpadea, mirándome, y todo su cuerpo libera una tensión violenta. Se inclina sobre mí. Apoya las manos sobre el colchón a ambos lados. Se pone de rodillas.

Pone su cabeza en mi regazo y se estira a mi alrededor. Se aferra. Derretirá mi ropa en mi piel, tiene mucha fiebre. Escalofríos se mueven a través de él como pequeños terremotos, sacudiendo su columna, haciendo que sus dientes entrechoquen.

Eva se pasa las manos por el cabello y maldice por lo bajo.

—¿Qué fue eso? —le pregunto, acariciando el cabello de Leo.

—Una pesadilla. —Suena segura, pero creo que fue peor. Creo que fue un recuerdo. La fiebre lo convirtió en una alucinación. Creo que esta fiebre no puede ayudar, y nada de lo que haga la médica la bajará. Ni todas las toallas del mundo lo harán.

—Te amo —le susurro, y trazo el borde de su oreja, el costado de su mejilla, cualquier lugar que pueda tocar sin lastimarlo, sin molestarlo. Él no responde. No sé si me escucha—. Perdón.

Perdón por la herida de bala y los latigazos y el terror antes de eso. Perdón por todo. Perdón por no haber llegado a tiempo para detener nada de esto. Perdón por no haber sabido estar con él, por ser demasiado joven, por llegar aquí tan pronto como pude.

Perdón por esta noche.

Él no puede tranquilizarse. Le digo que vuelva a meterse en la cama, pero sigue sentado. Sigue mirando hacia la puerta. Sigue murmurando que no puede quedarse.

—No viene nadie —le digo—. No hay nadie en casa, excepto Eva y yo. Estás bien. —Yo y Eva y Gerard y la doctora y su equipo y cien guardaespaldas. Cada respiración se equilibra justo en el borde. Un movimiento en falso, y Leo…

No sé qué hará. Solo sé que no querrá que la gente lo vea. Que podría liberar una parte de él que no puede mantener encerrada cuando está así.

Cuando está enfermo y cansado y tal vez muriendo.

—Solo hay una cosa más que intentar —dice Carina. Los detalles no se quedan en mi cerebro. Otra serie de inyecciones, y si esto no funciona, tendremos que moverlo.

Y lo haré. Iré. Incluso si eso significa exponernos al mundo exterior y todas sus amenazas. Es diferente, ir de casa al hospital. La

puerta principal de Leo cerrándose detrás de nosotros se sintió como una garantía. Irse sería como la ruleta rusa.

Cuarenta minutos después de los últimos antibióticos, lo que sea que ella le haya dado, mi hombro se acalambra en medio de ponerle una toalla fría en la espalda. De alguna manera, me da calambres hasta la base de la columna.

—¿Estás bien? —pregunta Eva. Ha estado paseando a los pies de la cama, esperando para entrar si es necesario.

—Solo voy a… —Esta es la madre de todos los calambres. Me quita el aliento y me pongo de pie como una anciana, enderezando mi columna vértebra a vértebra—. Iré a caminar. —No quiero que me vea encorvada y haciendo una mueca. Leo está inquieto sobre la almohada. Odio dejarlo. Simplemente no puedo respirar.

En el pasillo doy un paso cuidadoso tras otro. El nudo en mi hombro se aprieta como el que rodea mi corazón. Ese es por Leo, y nunca lo soltará. El que está en mi hombro cede un poco cuando llego al extremo opuesto del pasillo. La habitación de invitados en la que me estaba quedando es la de Eva por ahora. La lámpara que dejó encendida muestra la pila de sus cosas en la silla y el delgado pliegue de las sábanas sobre la cama. Apenas ha dormido.

Me doy la vuelta

Este calambre tiene que terminar para cuando regrese a la puerta. No voy a ser dejada de lado por una rabieta muscular.

Es un leve dolor cuando llego a la puerta de Leo y miro adentro.

Él está despierto. Sentado en el borde de la cama. Eva está de rodillas junto a él, con el cuerpo apoyado contra su costado para mantenerlo erguido. La lámpara de la mesita quema.

—No dejes que lo vea —dice Leo—. Eva. Por favor. —Es miserable.

—Nadie lo va a ver —promete.

—No —dice—. No, no. —Y luego vomita en un cuenco que ella sostiene en su regazo.

Cualquier instinto de alejarse, de mirar hacia otro lado, se ha ido. A la mierda *la familia solamente.* El calambre en mi hombro empuja el músculo de nuevo. Lo ignoro y subo al otro lado de Leo. Está atormentado por escalofríos ahora, sus ojos desenfocados.

Me alcanza de todos modos.

Un brazo alrededor de mi cintura. Se aferra mientras está enfermo otra vez. Eva le da palmaditas en la nuca.

—Está bien —dice ella, una y otra vez.

Es el tramo de tiempo más largo.

La fiebre de Leo aumenta. Sacude su cuerpo y pone gotas de sudor en su rostro. Quiere cepillarse los dientes. Quiere un trago de agua. Hace ambas cosas, pero es como ver a una persona ceder a una corriente y hundirse. Un minuto está ahí. Al siguiente es tragado por las olas.

O llamas.

Eva quiere mantenerlo sentado en caso de que vuelva a sentirse mal, así que lo hacemos. Carina se sienta en la habitación, consulta la hora, hace planes con su equipo. Sé lo que dirá. Que todos los antibióticos y Tylenol que podía darle no fueron suficientes para mantenerlo a salvo aquí.

La fiebre alcanza su punto máximo.

Espero que este sea el pico. Nunca lo había sentido tan caliente y no creo que pueda estar más caliente. No escucho el número que lee Carina en el termómetro. No quiero saber.

Y ahora mismo, aquí con él, no importa. Lo retendré hasta que ella diga que es hora de irse. Dejaré que se apoye en mí hasta que alguien nos separe. No lo voy a dejar.

Aunque él me deje.

Lo último de mi pánico y miedo se marchita ante esa certeza. Estaré aquí. Lo amaré. Hasta el crudo final. Más allá de eso.

¿Qué más importa?

Nada.

Lo abrazo y lo abrazo, dándole las respuestas que pide. No te estás quemando. No hay vidrio hirviendo. Tu padre no está aquí.

Leo dice cada vez menos, temblando más, y cierro los ojos y espero el anuncio de que esto ha terminado, que lo hemos intentado, pero es hora de irnos. Es hora de darse prisa. No hay prisa ahora. Solo hay el mantenerlo cerca de mí, todas sus fuerzas sacudidas por la fiebre. Me duelen los brazos por el trabajo. Antes se me caen los brazos que soltar a Leo.

La sala está ocupada, pero el bullicio parece apartado de nosotros, lejos de nosotros. El temblor de Leo disminuye. No sé qué significa. Me niego a pensar si se está muriendo, si este es el final. Estoy tan consciente de él. Cada movimiento. Cada respiración. El resto de la habitación se desvanece. Se desvanece de nuevo.

Eva hace pregunta tras pregunta, y la médica responde, y todos se preparan para la inevitable escena. Será violento. Tendrán que convencerlo. Obligarlo. Él no querrá irse. No querré soltarlo de mis brazos.

Abro la boca para decirlo, para advertirles, pero…

Algo es diferente.

Tengo frío.

No mucho. No me estoy congelando.

A temperatura del ambiente, creo.

Ay, Dios mío.

No me atrevo a tener esperanza. Ni siquiera me atrevo a moverme. Por favor, déjalo estar bien. Por favor, que esto no signifique lo peor. Estoy atrapada entre los latidos de mi corazón, esperando.

Leo toma una respiración larga y lenta.

Es la primera normal que toma en horas. Días.

—Oh —respiro, la esperanza revoloteando como las páginas de un libro nuevo. Compruebo la parte de atrás de su cuello con mi

mano. Su frente. Sus mejillas. Incluso me arriesgo a pasarle una mano por la espalda.

Sus brazos, que han descansado flojamente alrededor de mi cintura durante una eternidad, se aprietan. Roza sus palmas sobre mi espalda. Se aclara la garganta.

—Cariño.

Si no estuviera sentada ya, me caería. Caería al suelo sin siquiera intentar detenerme.

—Hola.

—¿Qué? —dice, su voz áspera y cansada y oh, no, oh, no, yo soy la que se va al infierno. Solo billete de ida. Porque el sonido de esa voz…— ¿Qué mierda? —Leo pregunta.

Lo que se me escapa empieza entonces como una risa. Cuando llega a mis labios es un sollozo. Pero entonces la alegría y el alivio se unen en el último segundo y no me importa cómo suene. O que todos en la habitación están mirando. Que Eva está agarrando el brazo de la médica con tanta fuerza que sus nudillos han perdido el color.

Leo levanta la cabeza para mirarme, y el alivio que había sido un suave sol de primavera se convierte en un jardín en plena floración. Un alboroto de rosas. Los pétalos explotan y se adhieren a los tallos verdes. Ninguno cae, ni se marchita, ni muere.

Sus ojos están despejados.

Están *despejados.*

Los tonos más profundos y oscuros de marrón cortados con oro. Es medianoche, pero están claros como el amanecer, como la nieve recién caída.

Se lo he dicho cien veces esta noche con la esperanza de que decirlo lo hiciera realidad. Que creer en él vencería las leyes de la biología y la medicina. Lo he dicho como una oración y como una profecía.

—Estás bien —le digo.

Esta vez, es verdad.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Haley

El término técnico para el nivel de bienestar de Leo es *aún no está fuera de peligro*. Eso es lo que dice Carina, después de confirmar que, de hecho, no iremos corriendo al hospital. El color de las mejillas de Leo se ha atenuado hasta convertirse en una calidez sonrosada e informal y no en el furioso ardor de una fiebre.

No puedo dejar de tocarlo para asegurarme de que esa maldita fiebre se mantenga a raya. Cada minuto al principio. Luego cada cinco. Carina lo molesta hasta que él se frota los ojos con una mano y la echa de la habitación.

—Vuelve por la mañana. O la tarde. Después.

Todos se van. Eva la última. Ella viene a pararse al lado de la cama y cruza los brazos sobre su vientre.

—¿Me dirás? —ella le pregunta.

—Sí —dice—. Ve a dormir.

Ella se va sin otra palabra.

Estamos solos.

El mundo no tenía tanto aire antes, ¿verdad? No puedo tener suficiente de eso. Respirar, quiero decir. Tal vez fueron mis pulmones los que se contrajeron mientras estaba enfermo.

Leo se pone de pie y estira los brazos sobre su cabeza. Mi cuerpo se tensa por si se cae. Por si pierde el control sobre la realidad. Pero simplemente se da la vuelta y me ofrece su mano.

—Pensé que querrías dormir. —Pongo mi mano en la suya y dejo que me ayude a levantarme de la cama. Esta pequeña cosa, este acto infinitesimalmente pequeño, deja mis rodillas sin huesos y débiles.

—Así es. —Me mira de pies a cabeza. Ahora son sus ojos los que arden, arrastrándose palpablemente sobre mí—. Estoy jodidamente exhausto. —Sus ojeras son del color de los moretones. Las mías son probablemente peores—. Primero lo primero.

Me lleva a su enorme baño, despojado de todo excepto de tres toallas. Ambos nos detenemos en el lavabo y luego pasamos a su ducha. Me veo en el espejo en el camino.

¡Ay!

Y la forma en que dijo *Estoy jodidamente exhausto…*

Yo también sentí eso. Más con cada segundo que pasa. Debería estar corriendo delante de él para ayudarlo. Mis pies no quieren cooperar. Me quedo allí mientras Leo abre la ducha y se quita la poca ropa que llevaba puesta. Luego vuelve por mí. Leo toma mi rostro entre sus grandes manos. Podría llorar por lo firmes que son. *Lloro.*

—No vamos a hablar de eso esta noche. —Se inclina y me besa, con sabor a menta y nieve fresca—. Mañana, si quieres, pero por ahora vamos a ducharnos y acostarnos.

Aprieto mis labios y trato de parpadear para quitarme las lágrimas. Leo limpia las de mis mejillas. Me ayuda a quitarme la ropa.

Nos sumergimos juntos en el agua y el resto del mundo se disuelve. Hay un futuro cercano en el que lo abordo en agua caliente. Donde me folla contra la pared de esta ducha con abandono animal.

En el presente…

Solo hay un alivio suave y cálido. El torrente de agua sobre la piel. Gotas de diamantes pegadas al cabello de Leo. Sus manos en mi cuello. Sus labios sobre los míos. Otra vez otra vez. Una y otra vez. Son besos jodidamente agotados. Son besos jodidamente vivos. *Aquí estoy*, dice cada uno. *Aquí estoy.*

—Te quedaste —murmura contra mi cuello mientras inclino mi cabeza hacia atrás para enjuagar el champú de mi cabello—. Pensé que podrías ir tras ellos.

—¿Quién?

—Tu familia. Pensé que podrías elegir eso. —La sugerencia de que podría elegir dejarlo duele, pero también me tranquiliza. Leo nunca me va a dejar salir sola de aquí. Eventualmente podría ceder y dejarme ir, pero estará conmigo cuando lo haga—. Dame una cosa.

—¿Una cosa? —Una risa levanta mi pecho, pero no llega al aire—. Cualquier cosa.

—No los elijas esta noche.

Levanta la cabeza para ver que mi respuesta es un beso. Él sabe, entonces. Sabe que esa posibilidad existe. Que tendré que hacer algo por mi familia. Puedo saborearlo en él. Esperanza. Miedo.

—No habrá decisiones esta noche —estoy de acuerdo.

Quiero besarlo para siempre, estar con él en la ducha para siempre, pero mis piernas están cansadas. Mi corazón está cansado de reprimir toda esa preocupación. Y no debería presionarse a sí mismo. Me recojo el cabello en un moño sin cepillar y lo sigo hasta el armario. Me entrega unas bragas, una camiseta sin mangas y una de sus camisas, luego se viste con otra camiseta negra y calzoncillos bóxer que resaltan los músculos de sus piernas.

—Estoy aquí arriba. —El borde irritable del tono de Leo me sobresalta, pero hay risa en sus ojos. Dios mío, lo extrañaba.

—No es justo que te veas así —contraataco mientras regresamos a su cama. Está tendida con sábanas limpias, las almohadas esponjosas y reorganizadas.

—No me culpes, cariño. No puedo evitar que el hecho de verme te moje.

Estoy a medio camino de la cama, pero me doy la vuelta y pongo una mano sobre su boca. Sus ojos oscuros bailan sobre mi mano.

—No digas ese tipo de cosas —le advierto—. No, Leo.

Aparta mi mano de sus labios.

—Tú empezaste. Para ser una Constantine inocente, pareces tener muchos problemas para apartar los ojos de mi…

Lo beso de nuevo. Con fuerza. Se ríe, el sonido retumbando a través de mi garganta, y podría llorar de nuevo. Está siendo él mismo. Demostrando que está realmente aquí. Que tal vez no esté fuera de peligro, como dice Carina, pero se dirige hacia allí. Necesito enviarle una canasta de regalo. Cientos de canastas. Una nota de disculpa escrita a mano por empujarla.

Leo apaga las luces y se acuesta a mi lado. Se relaja sobre su estómago. Esta vez, de cara a mí. La luz de las estrellas se refleja en la nieve, brillando a través de las ventanas para que pueda verlo. Un parpadeo, y me está alcanzando, su mano posándose en mi cara. Un pulgar roza mi pómulo. Las puntas de sus dedos se encuentran con el cabello mojado.

—Ahí. No te muevas, cariño. Quédate cómo estás.

No me movería ni por un millón de dólares. Dos millones. Infinitos.

—¿Por qué?

—Quiero mirarte mientras me duermo.

Es en parte advertencia, en parte disculpa. Leo se queda dormido en cuestión de segundos, su mano todavía en mi cara. Su respiración se mantiene uniforme. Su piel se mantiene fresca.

Y yo…

Me quedo despierta.

Espero dormirme poco después que él. Resulta que estar jodidamente exhausta no contrarresta estar completamente conectada.

Es como la prisa después de quedarse despierto toda la noche para estudiar por un examen final. Mis ojos arden. No puedo cerrarlos.

Un libro ayudará.

Después de un rato meto la mano de Leo debajo de la almohada y salgo de la cama. Tomo mi teléfono de la mesita de noche -no lo he revisado en días-, y voy a su biblioteca personal por las ventanas delanteras. Cada músculo duele. Pensaría que la ducha lo habría curado, pero no.

Una sonrisa se curva en mis labios. Apuesto a que Leo podría curar eso. Sé que lo hará, una vez que esté realmente bien.

Mi copia especial de Jane Eyre espera en la mesa junto a las estanterías, todavía en su caja negra. Lo levanto con cuidado y lo coloco en mi regazo. Este tesoro no permanecerá detrás de un cristal por el resto de su existencia. Voy a leerlo. Esta copia, mi copia de Leo, será leída por mí.

Sí. Esto es lo que necesito. Unos pocos minutos con un viejo amigo.

Las palabras en la página son tan reconfortantes y familiares que me pierdo el primer mensaje de texto.

El segundo.

El tercero.

El cuarto vuelve a iluminar la pantalla.

—Estamos a mitad de la noche —le digo al teléfono—. ¿Quién…?

Mi hermano. Ese es quien. Al ver su nombre en la pantalla, en los mensajes en mayúsculas, no lo creo. Solo marco. Mi pulso golpea a un lado de mi cuello. Apenas logro meter a Jane Eyre en su caja con mi teléfono aplastado contra mi hombro.

—Hales —dice Cash, y me levanto de la silla, me pongo de pie, el corazón se me sube a la garganta. Su voz está mal.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien? No, no lo estás. Dime qué pasó.

Un ruido sordo, algo que no puedo ubicar.

—Vine, vine para quedarme contigo. Vinimos aquí pero no nos dejan entrar. ¿Saldrás y les dirás? Por favor.

Otro estallido de alivio hace que mis piernas cedan. Me caigo en la silla.

—Por supuesto que lo haré. Ay, Dios mío. Por supuesto que lo haré. Estoy tan contenta de que estés aquí. ¿Estás en la puerta?

Un respiro como pausa.

—Un poco afuera. No querían que bloqueara el camino de entrada.

—Vale. Estaré allí lo más rápido que pueda. Solo quédate donde estás. Diles que voy.

Cuelgo a Cash. El silencio de la casa de Leo me presiona. Después de toda la intensidad de mantenerlo con vida, la calma se ha asentado. Carina volvió a sus habitaciones de invitados. Sin duda, Eva está durmiendo al final del pasillo. Y Leo…

Leo duerme en su cama, las sábanas subidas hasta la cintura. Cada respiración profunda devuelve el mundo a donde pertenece. Por la mañana, todo volverá a estar completo y bien.

Me inclino y beso su mejilla.

—Volveré enseguida. —Y luego, porque mi corazón está lleno de él—. Te amo. No tienes que decirlo de vuelta.

El pasillo fuera de la habitación de Leo está en silencio. Me pongo los leggins que saqué del armario de camino a la habitación y me pongo el abrigo encima. No… calcetines. No me puse calcetines.

Está bien. Solo estaré afuera para caminar por el camino de entrada, y luego Cash y mi papá pueden llevarme de regreso.

Bajo las escaleras y le hago un gesto con la cabeza al guardia en la parte inferior. Él no me cuestiona cuando busco botas en el armario de abrigos de gran tamaño.

Pero en la puerta…

—Señorita Constantine.

—Mi familia está aquí. Voy a recibirlos. Hay alguien esperando en las puertas, ¿verdad?

—Tendré que aclarar esto con el jefe de seguridad del señor Morelli.

No me quedaré tanto tiempo. No con Cash y papá ahí afuera, esperando para entrar.

—Si tiene algún problema con eso, mándalo a buscarme.

Abro la puerta y salgo. Nunca he estado drogada antes, pero apuesto a que esto es lo que se siente. Salir al aire frío y claro en el mejor día de tu vida. Leo vivió. No tuvimos que ir a la ciudad. Cuando me despierte mañana, mi familia estará a salvo. Quizá por fin pueda llamar a Petra y contarle todo lo que ha pasado. Tal vez no. Ella todavía podría preocuparse.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. Mi cabello todavía está mojado por la ducha. Un pequeño descuido, no secarme el cabello. Pero nunca imaginé que esto sucedería. Estoy tan contenta de que esté sucediendo. Levanto la capucha del abrigo. ¿A quién le importa que Leo tenga el camino de entrada más largo del mundo? A mí no. Atesoro el paseo.

Esto es bueno.

Esto es tan, tan bueno.

Sin embargo, nada será mejor que volver a meterse en la cama junto a él. Agarro el ritmo. Si los guardias del bosque están mirando, no dicen nada. Meterse en su cálida cama será el momento más delicioso. Leo se agitará. Abrirá sus ojos. Me alcanzará y me acercará a él, y finalmente dormiré.

No hay guardias en los pilares de piedra, lo cual tiene sentido. Están en el exterior, no en el interior. No los veo a través de la puerta de metal. Eso también tiene sentido, porque Cash dijo que no querían que bloqueara el camino. Saben que voy. Me han dejado la puerta abierta.

Un paso. Otro. Tan cerca.

Oh, faros. Son tan brillantes. Los pilares de piedra de Leo no están decorados con luces. Hace que el camino sea más oscuro. Hace que su casa, por enorme que sea, sea menos llamativa desde la carretera. Me protejo los ojos con la mano. Una sombra se desprende de esa luz, y es…

—¡Cash! —Corro por él. Mi corazón está más ligero que nunca. A salvo. Todos vamos a estar a salvo. Se vuelve hacia mí, mi hermano pequeño alto, y abro los brazos para abrazarlo.

Él se estremece hacia atrás, saliendo de mi alcance. Las manos de Cash están metidas en los bolsillos de su abrigo. Y su cara…

Está enojado.

—Lo lamento. —Leo tiene un gimnasio. Voy a empezar a usarlo para no quedarme sin aliento la próxima vez que tenga que correr tres metros—. Es una especie de caminata desde la casa.

—No lo sientas, Hales, yo… —Cash se estremece de nuevo.

Doy un paso hacia él.

—¿Qué fue eso? ¿Estás herido? —Toco su brazo—. Hay una médica dentro. Suena raro, pero lo prometo, es realmente buena.

Los ojos de Cash van de mi mano en su brazo a mi cara.

—Tengo algunas costillas rotas.

Costillas. Rotas. Por eso suena así. Herido. Gravemente. Todo mi calor feliz estalla como un globo.

—Oh, Cash. Oh, lo siento. —Debería haber insistido. Debería haber ido a la casa y hacerles venir a casa de Leo—. Entremos. Carina, la doctora Jain. Ella sabrá qué hacer.

Él niega con la cabeza.

—No.

—No tienes que verla, pero creo que deberías. No estoy segura de lo que hacen por las costillas rotas, pero ella al menos puede…

—No, Hales. No voy a entrar contigo.

—¿Qué quieres decir? —¿Por qué está aquí solo? El parabrisas se oscurece en comparación con los faros y no puedo ver los asientos delanteros—. ¿Dónde está papa?

—Él no está aquí.

—Cash. —Un viento helado se levanta y atraviesa el abrigo, a través de mi ropa. A través de la camiseta de Leo y mi camiseta sin mangas y los leggins que usé para lo que se suponía que iba a ser un viaje rápido al aire libre—. Dime qué está pasando.

Él está mirando el camino detrás de nosotros. Pensé que solo estaba evitando mis ojos, pero ahora…

Un segundo par de faros ilumina la carretera detrás de Cash, su coche y el asiento del pasajero vacío.

—Dime ahora —exijo—. ¿Necesitas ayuda? ¿Dónde…? —La pregunta me viene a la mente demasiado tarde. ¿Dónde están los guardias? Debería haber dos de ellos junto a los pilares de piedra. Me giro para buscarlos.

Nada.

Nada.

Pero.

En la base del seto, hay sombras desplomadas en lugares donde no deberían estar.

Giro mi cabeza hacia Cash en el mismo momento en que el auto detrás de mí reduce la velocidad. No va a pasar de largo. Lo sé ahora. Por favor, que esto no sea lo que creo que es. Por favor.

—Cash, dime qué ha pasado para poder arreglar esto.

Los ojos de Cash son intensamente azules a la luz de los faros. Esa mirada me muestra todo. Su resignación. Su determinación.

Su culpa.

—Lo siento, Hales.

Neumáticos sobre caucho. Grava suelta que se levanta cuando el auto se detiene. No hay tiempo para correr. Cierro mi mano en su brazo. En algún lugar cerca de la casa, sube un grito. Gerard.

—¿Qué hiciste?

—El hombre de Caroline vino a la casa. Él… —Cash se toca las costillas con cautela, el dolor le quita el aliento—. Le dije dónde estabas. Acepté venir aquí y hacer esto. Y ahora lo he hecho. Lo he hecho. Lo siento. Lo siento.

Se abre la puerta de un coche. Se cierra. Los pasos se acercan. Mi piel se tensa y mi corazón intenta huir.

—¿Por qué?

—Tenía que hacerlo —susurra Cash.

Respiro hondo y grito. Por Leo. Por cualquiera. Cualquiera menos mi propia familia. Me quieren muerta. Incluso mi hermano. Una mano me tapa la boca y un brazo me aplasta la cintura. La persona a quien pertenecen esas manos se ríe en mi oído.

—Ella estará orgullosa de que hayas elegido a la familia correcta.

Él no está hablando conmigo.

Hay un olor. Fuerte y dulce, con un mordisco que me recuerda al quitaesmalte. Me aferro el brazo, la mano. Cash asiente hacia el suelo.

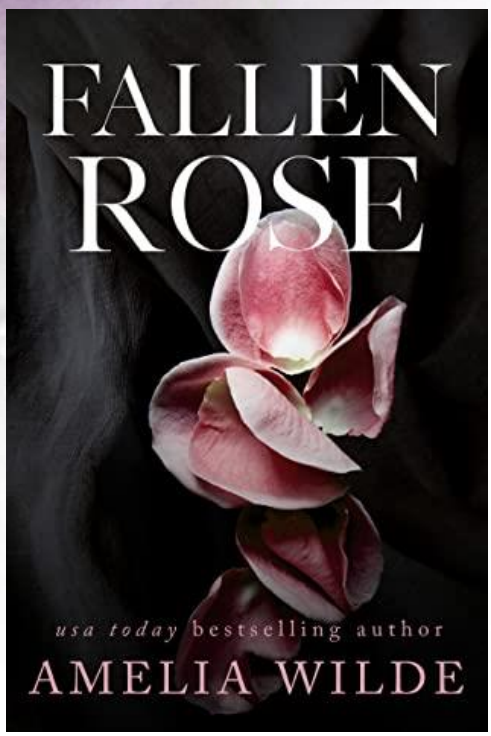
Si puedo aguantar, alguien vendrá por mí.

Un poco más. No está tan lejos de la casa.

Me agarro tan fuerte como puedo. Al aire. A la noche. A Leo, que está tan cerca.

El mundo se oscurece de todos modos.

Próximo Libro



Leo Morelli lo ha perdido todo.

Su seguridad. Su cordura. Pero peor que eso, la mujer que ama. Destruirá Bishop's Landing para recuperarla, incluso si eso significa convertirse en el monstruo que ella teme.

Toda la ciudad sentirá su ira.

Haley Constantine ama a su bestia, pero no puede alejarse de su familia. La necesitan ahora más que nunca. Hará falta algo más que violencia para enfrentarse a estos enemigos. Será necesario el sacrificio.

¿Podrá renunciar al hombre que ama para salvarlo?

BEAUTY

AMELIA WILDE

ESTE LIBRO LLEGA A TI
GRACIAS A



Team_Fairies

Team Fairies

BEAST OF BISHOP'S LANDING # 2

HIDDEN